CONTRA
LA REVOLUCIÓN
FRANCESA
NI LIBERTAD, NI IGUALDAD, NI FRATERNIDAD
Fernando Díaz Villanueva
Alberto Garín
HarperCollins

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

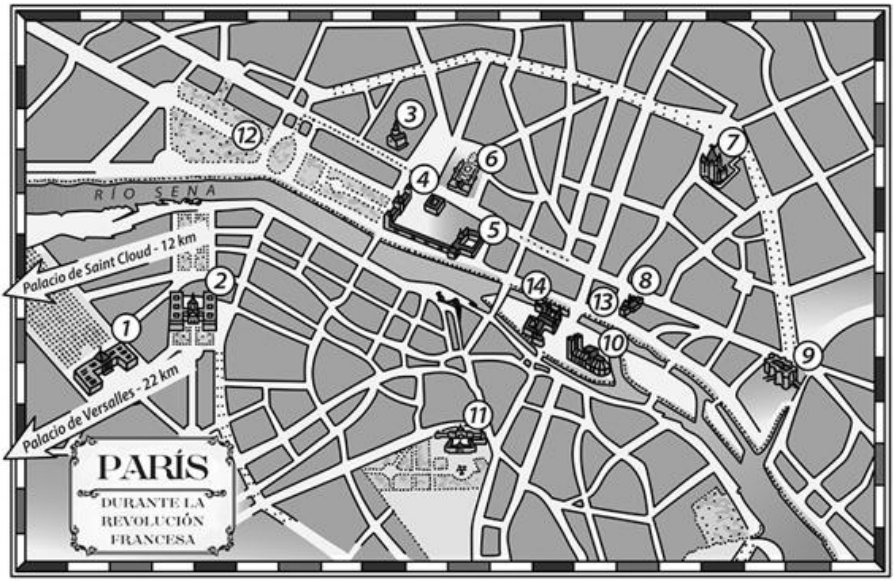
Contra la Revolución Francesa. Ni libertad, ni igualdad, ni fraternidad
© 2024, Fernando Díaz Villanueva
© 2024, Alberto Garín
© 2024, del prólogo «La “gran” Revolución Francesa», Miguel Anxo Bastos Boubeta
© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Diseño de cubierta: Pedro Viejo
Imagen de cubierta: Shutterstock
Maquetación: Safekat, S. L.
Mapa de París: © Javier Rubio Donzé

ISBN: 978-84-1064-026-9

Para Purificación y Mari Tere,
sin cuyo concurso esta conversación
no habría tenido lugar.



1. *La Escuela Militar*
2. *Los Inválidos*
3. *El Club de los Jacobinos*
4. *El Palacio de las Tullerías*
5. *El Palacio del Louvre*
6. *El Palacio Real*
7. *La prisión del Temple*
8. *El Ayuntamiento*
9. *La Bastilla*
10. *La catedral de Notre-Dame*
11. *El Palacio de Luxemburgo*
12. *Los Campos Elíseos*
13. *Place de Grève*
14. *La Conciergerie*

Prólogo
La «gran» Revolución Francesa

Por Miguel Anxo Bastos Boubeta

Lo malo de hacerse viejo y evolucionar hacia posturas libertarias, y en mi caso concurren ambos factores, no acostumbra a ser buena cosa para los mitos históricos. Uno tras otro van cayendo a medida que se van conociendo un poco más detalladamente y al revés se recuperan para la comprensión histórica épocas o eventos históricos universalmente denostados. Los historiadores, muy especialmente los historiadores cortesanos, han escrito muchas veces al dictado del poder político, no solo damnificando la memoria de los enemigos de sus reyes y benefactores y loando loas gestas de los suyos, sino que parecen haber dictaminado que se dieron unos periodos en la historia que marcan para bien o mal la historia. Para estos historiadores hay siglos de oro y siglos de bronce o hierro, eras de luz y eras oscuras, reyes mayores o reyes menores, que coinciden curiosamente con el esplendor o no de los estados. La Edad Media es, por poner un ejemplo, una época oscura, muy especialmente en los siglos que siguen a la caída del Imperio romano, mientras que el Renacimiento es una era de luz después de las tinieblas. Si se analizan con calma se puede constatar que es exactamente al contrario y, como bien dijo hace poco Walter Scheidel en su genial *Scape from Rome,* nada pudo ser mejor para la historia de Roma que su caída y que los siglos llamados oscuros fueron en realidad un tiempo en el que se construyeron las instituciones que hicieron grande a Europa, mientras que el mal llamado Renacimiento, tan denostado por verdaderos liberales como Jacob Burckhardt, sí fueron tiempos verdaderamente oscuros, plagados de guerras religiosas y que vieron el resurgir de crueles prácticas como la esclavitud o la caza de brujas pero que

coincide además con la aparición del estado moderno. No es de extrañar pues que tenga tan buena prensa entre la mayoría de los historiadores cortesanos. Pero nada de ello se percibe en el imaginario popular y sigue siendo necesario un trabajo serio de divulgación cultural para intentar, en la medida de lo posible, combatir tan poderosos mitos.

La «Gran Revolución Francesa», como la denominó hace un siglo Piotr Kropotkin —acérrimo defensor de la misma, pero que como buen anarquista supo ver muy correctamente las derivas estatistas de la Revolución, y de ahí sus comentarios críticos a la expropiación de tierras comunales por parte de los primeros revolucionarios para repartirlas entre los suyos, algo también llevado a cabo en España por los liberales hispanos, grandes admiradores suyos—, es uno de estos periodos de luz en la historia, no en vano deriva de la era de las luces, que necesita ser puesto en cuestión. Su discurrir es uno de los grandes y edulcorados mitos de nuestro tiempo, no en vano porque muchos de los desarrollos del estado moderno tienen su origen inmediato en esta época histórica. A desmitificarla está dedicado este libro que aborda, en un estilo dialogado, los principales tópicos sobre el proceso revolucionario que perduran indelebles en nuestro imaginario colectivo, impregnado de decenios de indoctrinación sobre la sacrosanta revolución. La francesa, a diferencia de la rusa, que ya cuenta con unos cuantos estudios recientes que la sitúan en el lugar que verdaderamente merece, y no precisamente en un podio, no cuenta aún con un canon de libros que usando las modernas técnicas historiográficas o incorporando los conocimientos que aportan las ciencias sociales y económicas nos explique cuáles fueron sus verdaderas consecuencias, más allá del lugar común de que nos trajo las libertades de las que disfrutamos, la igualdad entre las clases y estamentos o la fraternidad del género humano. Las historias de la revolución son en su inmensa mayoría acríticas y defensoras de sus logros, con alguna excepción reciente como el tibio libro de François Furet, *Pensar la Revolución Francesa*, o el más radical *Libro negro de la Revolución Francesa* compilado por Renaud Escande, ocultando sus aspectos más oscuros y discutibles, mientras que este libro, sin manifestar una oposición radical sí que discute uno tras otro los aspectos menos conocidos y por tanto menos favorables de la gran

revolución. Porque incluso los aspectos más indudablemente positivos, como la armonización de los pesos y medidas o la eliminación de los gremios mediante la Ley Le Chapelier no fueron resultado de una decisión deliberada a favor del progreso o la libertad de comercio, sino, respectivamente, para facilitar la recaudación fiscal al poder medir de forma más homogénea la producción y, en el segundo caso, para eliminar poderes intermedios que dificultasen la acción del gobierno, ahora centralizado, aspecto que señalan muy bien los autores.

Sin necesidad de recurrir a viejos reaccionarios, como Taine o Gaxotte, los autores diseccionan los males revolucionarios y creo que encuentran un hilo conductor en el abuso de la razón, ya apuntado por Burke en su momento, que pretende reducir a esquemas racionales todas las pautas del comportamiento social y político. En primer lugar, quieren hacer racional algo que no lo es ni puede serlo: el poder político. Aunque se vista de seda, el poder político es siempre el monopolio de la violencia y, por tanto, algo que responde a impulsos irracionales. Pretender hacerlo más racional técnicamente o incluso recurrir a esquemas geométricos para adaptarlo a los valores ilustrados solo puede servir para que su capacidad de dominio y extorsión sea aún mayor, pero para nada lo hace más moral o justificable. Pero tampoco quiere decir que solo por pretenderlo, incluso usando las furias del terror revolucionario, vaya a conseguirse tal objetivo. Abolir los parlamentos regionales del Antiguo Régimen no es para nada más racional que trocear el país en departamentos de igual tamaño y desprovistos de significado histórico o cultural. Instituir una Convención que opere al dictado de la fuerza de los motines populares tampoco es necesariamente un avance ilustrado en comparación con las instituciones de la monarquía, como no es más irracional esta última que un Directorio de criminales como el amigo del pueblo, Marat, o el incorruptible Robespierre, o un corrupto con fama de moderado, aunque no del todo inocente en la ejecución de crímenes en nombre de la revolución, como Danton, que operaban bajo el benéfico nombre de Comité de Salud Pública. Los tres fueron devorados por la revolución que ellos engendraron.

Decretar el culto al Ser Supremo en la catedral de Notre Dame, un grotesco y fallido intento de crear una religión de estado, al tiempo

que se reprime con dureza a la religión católica puede tener lógica política pero tampoco parece el *summum* de la racionalidad. La política económica del señor Cambon, tesorero de la revolución en sus tiempos más álgidos, también se parece más a lo expresado por Goya en uno de sus cuadros, aquello de que los sueños de la razón producen monstruos, que a una dirección correcta de los problemas económicos que confrontaba la Francia de la época. Porque crear una gigantesca inflación a través del curso forzoso de asignados (deuda respaldada con las tierras incautadas por los revolucionarios) y luego decretar un muy severo control de precios para intentar corregir sus efectos no es precisamente lo más inteligente. Los autores inciden en los costes políticos de la revolución, pero pocos, René Sédillot o Florin Aftalion son excepciones, han incidido en el desastre económico que constituyó la revolución.

En ambos casos, el económico y el político, la Revolución Francesa ha servido de modelo a la hora de elaborar reformas y hacer propuestas de política, y en ambos casos el resultado ha sido desastroso. Solo recordar que las luchas de poder en el seno del partido jacobino fueron replicadas casi exactamente en sus luchas dentro del partido bolchevique. A pesar de ello sigue siendo un modelo a imitar por parte de muchos gobernantes, a ensalzar en los manuales de historia y permanece como un hito del progreso humano en el imaginario de muchas personas cultas de nuestro tiempo. Este libro tira una piedra contra este mito. Aguardemos que estos dos grandes historiadores no paren su obra desmitificadora con este libro y sigan ofreciéndonos muchos más en esta línea.

1

El fin del Antiguo Régimen

Fernando Díaz Villanueva (FDV)
La fecha más conocida de la Revolución Francesa es el 14 de julio de 1789, día de la toma de la Bastilla, hasta el punto de que se ha convertido en el símbolo mismo de la revolución. Cuando se habla de ella o cuando se explica en la escuela, a pesar de que fue un proceso largo, de más de diez años, se suele identificar con un único día de julio de 1789, como si todo se hubiera hecho en esa fecha. No pretendo quitar mérito a la Bastilla. Fue importante, sin duda. De hecho, en la actualidad es el día nacional de la República Francesa. Se celebra un importante desfile en París y se hacen muchas referencias históricas a la Revolución Francesa. Pero la revolución fue mucho más larga, ese día un grupo muy numeroso de insurrectos tomó el castillo parisino de la Bastilla. Sin embargo, la revolución es bastante más, empezó algo antes y terminó mucho después.

Alberto Garín (AG)
Sí, todo el proceso revolucionario es mucho más largo que un día de julio. La ventaja que tenemos con el 14 de julio es que vamos a poder ver en un solo día a buena parte de los protagonistas de este gran proceso. Nos vamos a encontrar a una autoridad real que se opone al cambio, a una nobleza que sí apoya a esa autoridad real, a otro grupo de la nobleza que, con la mayor parte de la burguesía, cree en la transformación política y, sobre todo, a un pueblo aparentemente revolucionario que toma al asalto la Bastilla. De modo que ese 14 de julio, al menos desde el punto de vista del imaginario contemporáneo, ejemplifica muy bien cómo todos los elementos que van a formar parte de ese larguísimo proceso revolucionario que durará más de una década, se reúnen en un mismo lugar y para un mismo propósito.

FDV

En los libros de texto se acostumbra a utilizar otra fecha como comienzo de todo ese proceso: 1787, dos años antes, cuando el rey de Francia, Luis XVI, convocó una reunión de aristócratas conocida como Assemblée des notables (Asamblea de Notables). No fue una convocatoria accidental. Luis XVI no la había convocado en todo su reinado, tampoco su abuelo ni su tatarabuelo. Nadie en Francia se acordaba de que existía esa vieja institución cuya convocatoria quedaba a discreción del monarca.

AG

No fue algo casual, ni un calentón repentino, simplemente no le quedó otro remedio. Luis XVI tenía serios problemas económicos. El tesoro real francés se encontraba sin fondos, algo que no era del todo anormal, pues por lo general estaba vacío debido a que la corte derrochaba mucho dinero y el rey solía meterse en costosas campañas militares. En el pasado, el cardenal Richelieu había dicho que nunca hay que permitir que los enemigos supiesen cuánto dinero quedaba en la caja. Entonces, ante esa falta de fondos y la incapacidad absoluta de reducir gastos, el rey decidió que tenía que incrementar los ingresos del único modo que podía: aumentando los impuestos e inventándose alguna contribución extraordinaria. Pero no todos los pagaban. En la Francia de aquella época la fiscalidad se sostenía sobre el llamado Tercer Estado, pero ya no daba más de sí. Recurrió entonces a los nobles y al alto clero para que aportasen algo.

FDV

En eso tuvo mucho que ver la guerra de Independencia de Estados Unidos, en la que la Francia de Luis XVI participó entusiasta del lado de los revolucionarios de las Trece Colonias. La guerra comenzó en 1776, cuando Luis XVI cumplía su segundo año en el trono, y solo un par de años más tarde franceses y estadounidenses sellaron una alianza por la que Francia reconocía al nuevo estado y se comprometía a enviar a América armas y tropas. El coste fue altísimo. Francia destinó más de mil millones de libras a aquella aventura. Ese dinero salió de las arcas reales obligando al monarca incluso a endeudarse.

AG

Efectivamente, ahí está el origen de los problemas que el tesoro real atraviesa en la década de los 80 del siglo XVIII. La guerra salió bien. Los Estados Unidos se independizaron gracias a la Paz de París de 1783. Gran Bretaña, que era el principal enemigo de Francia, quedó debilitado tal y como pretendían los ministros de Luis XVI, pero a un precio muy elevado. Francia se involucró en la guerra de Independencia de Estados Unidos buscando la venganza por la derrota a la que le habían sometido los ingleses años atrás, en la guerra de los Siete Años, que terminó en 1763. Aquello fue un completo desastre. Luis XV tuvo que desprenderse del virreinato de Nueva Francia (el actual Quebec), de cinco plazas en la India y de varias islas del Caribe. Tienen además que compensar a sus primos españoles que habían ido a la guerra por ellos. Carlos III de España le exigió algo a cambio de ceder Florida a los británicos, ese algo era la Luisiana y su capital, Nueva Orleans, una de las joyas de la Corona francesa en América.

FDV

Los monarcas españoles habían entrado en la guerra de los Siete Años en virtud del tercer pacto de familia, pero no escarmentaron porque ese mismo pacto se renovó con motivo de la guerra de Independencia estadounidense. Francia declaró la guerra a Gran Bretaña en 1778 y España solo unos meses después. Ambos tenían razones. Carlos III tenía también una revancha pendiente. No solo quería recuperar la Florida, sino también la isla de Menorca y Gibraltar, que estaban en manos inglesas desde la guerra de Sucesión. La jugada le salió casi del todo bien porque en París pudo exigir a Jorge III que abandonase Menorca y Florida. El inglés solo accedió a devolver la primera.

AG

Para España, el coste de la guerra de Independencia de Estados Unidos fue sensiblemente menor. No tuvo que desplazar tropas desde Europa. Tan solo tuvieron que apoyar a los independentistas desde Luisiana y retomar Florida. Para entonces el virreinato de Nueva España estaba ya muy bien consolidado y su virrey, Martín de Mayorga, no tuvo más que ponerse en marcha y seguir las órdenes que le llegaban desde Madrid. El gobernador español en Luisiana, Bernardo de Gálvez, que

posteriormente sería virrey de Nueva España, participó personalmente en la guerra. Pero Gálvez ya estaba allí, no hubo que enviarle, lo mismo sucedía con Mayorga, quien, antes de ascender a virrey, había sido capitán general de Guatemala.

FDV
La Corona española de la época, que en las cosas de Europa jugaba un papel secundario, en América contaba con una posición de privilegio. Nada de eso tenía Luis XVI. Hubo de montar una operación anfibia, pero no para cruzar el canal de la Mancha, sino para sortear el océano Atlántico. Tenía que reclutar tropas en Francia, proveerse de armas, cargar los barcos, enviarlos a América y, una vez allí, sostener las operaciones. Todo muy complejo y, especialmente, muy costoso. No fue, además, una guerra breve por lo que el esfuerzo bélico hubo que mantenerlo durante varios años.

AG
Exacto, cuando se firmó la paz en París en septiembre de 1783, faltaban solo cuatro años para que Luis XVI o, mejor dicho, su ministro de Finanzas, el conde Charles Alexandre de Calonne, que es quien hace los números, vea imprescindible solicitar a los nobles que pongan algo de dinero, una especie de impuesto especial de emergencia para salir del apuro. Los aristócratas no estaban completamente exentos de obligaciones fiscales, pero pagaban una cantidad mínima en comparación con el Tercer Estado. La idea que Calonne le transmite al rey es que los nobles deben hacer un pequeño esfuerzo para equilibrar las cuentas y que la real hacienda, que no levanta cabeza desde la guerra en Estados Unidos, recupere el aliento.

FDV
La Asamblea de Notables no se reunía desde el año 1626, es decir, mucho antes de que Luis XIV llegase al trono, desde tiempos de Luis XIII, exactamente, y por motivos similares. En aquel momento, los Valois afrontaban una serie de gastos insostenibles en su guerra contra los Habsburgo y de nuevo el monarca recurrió a los aristócratas.

AG

Luis XIII necesitaba dinero y resolver de una vez el problema con los hugonotes, que se arrastraba desde el siglo anterior.

FDV
Pero ese era un problema enquistado en Francia que no se resolverá del todo hasta el edicto de Fontainebleau en 1685. La tragedia de Luis XIII era que se había metido en guerra con Felipe IV de España y eso salía muy caro. Decidió entonces sentarse con sus pares y pedirles que aflojasen la bolsa.

AG
Si reparamos en este tipo de parlamentos antiguos como las cortes en las Coronas de Castilla o Aragón, se reúnen cuando el rey necesita dinero. El monarca solicita servicios a las cortes dando una serie de razones que luego pueden o no ser aceptadas, pero él se tiene que explicar y exponerse a que no le concedan el servicio. En el caso de la Asamblea de Notables es distinto porque no es propiamente el equivalente a las cortes, que en Francia serían los Estados Generales. La Asamblea de Notables no es más que una suerte de consejo áulico del monarca que integran los grandes de Francia, los mayores propietarios del reino, los que más dinero tienen. A ellos el rey recurre en circunstancias excepcionales y de forma discreta.

FDV
En el siglo XVI fueron tres: 1560, 1583 y 1596, todas en la segunda mitad del siglo porque fue una época especialmente problemática. En tiempos de Luis XIII vuelve a recurrir a ellos en dos ocasiones, 1617 y 1626, porque anda escaso de fondos.

AG
El rey consideraba que los nobles, al ser más cercanos, serían más fáciles de convencer. Pero no solía salirse con la suya porque eran muy celosos de su patrimonio y, si a la Corona le iba mal, ellos también estaban en problemas. Cuando Calonne sugiere a Luis XVI que convoque a la Asamblea de Notables, casi sabe que la partida está perdida de antemano, pero tiene que intentarlo. Los notables, es decir, los aristócratas franceses de tiempos de Luis XVI no nadan en la

abundancia. Tienen unos gastos elevadísimos porque su tren de vida es muy alto y a eso no quieren renunciar para aplacar las cuitas del tesoro real.

FDV
Hemos de entender antes quiénes eran esos notables. Si pasamos a la asamblea principal, que eran los Estados Generales, vemos tres brazos: la nobleza, el clero y el pueblo llano, también conocido como Tercer Estado. Dentro del clero tenemos un alto clero, los príncipes de la Iglesia, obispos, arzobispos, abades, etc., y un clero mayoritario, los párrocos que, en muchos casos, está más cercano al Tercer Estado que a la aristocracia y a sus superiores jerárquicos. A la Asamblea de Notables asisten los aristócratas principales y la nobleza eclesiástica, los cardenales y obispos que, aunque por lo general llevaban una vida propia de un noble, tenían unas fuentes de recaudación muy saneadas. Pero meter la mano ahí era mucho más difícil.

AG
Así es, Calonne sabe a la perfección que la Iglesia sí tiene dinero, pero no quiere renunciar a sus ingresos y, mucho menos, transferírselos a la Corona ya que la Iglesia como institución tiene infinidad de gastos en tanto que sobre ella recae la caridad y en buena medida la educación. La aristocracia laica vive en suntuosos palacios y gasta mucho dinero en boato, pero no tiene intención de dedicar ni una libra a quitar las telarañas del tesoro. El rey les propone entonces acometer una serie de reformas para salir del atolladero, pero la Asamblea se cierra en banda y, ya que la situación es tan grave, sugiere al rey que recurra a los Estados Generales, que no se convocaban desde mucho antes.

FDV
Cuando los notables son llamados, saben perfectamente que la situación de la Corona es mala, pero tampoco son ajenos a que hay un descontento extendido por la sociedad francesa. El malestar estaba a la orden del día, y no solo en el Tercer Estado. El reino había perdido casi todos sus dominios americanos solo veinte años antes y todos habían visto cómo se destinaban grandes cantidades de dinero a garantizar la independencia de una colonia británica remota.

AG
Cierto, pero aquí habría que plantearse hasta qué punto la sociedad francesa tiene conciencia de la pérdida de ese imperio. Hoy nos gusta mucho hablar de estos imperios del Atlántico, pero es que ni siquiera los españoles de la península ibérica son del todo conscientes de las dimensiones de ese imperio americano más allá de la posibilidad a título individual de pasar a las Indias y tratar de prosperar en Nueva España o el Perú. Las gentes de los siglos XVII o XVIII no entendían bien la dimensión que tenía aquello. Cuando termina la guerra de los Siete Años y Luis XV tiene que entregar Nueva Francia a Gran Bretaña y Luisiana a España la mayor parte de los franceses, simples campesinos analfabetos que no salen de su comarca jamás, no entienden lo que eso significa.

FDV
Pero la aristocracia y la burguesía urbana sí que lo sabía. El prestigio del rey quedó en entredicho ante la corte.

AG
Eso es verdad, pero es posible que ni el propio rey fuese consciente de lo que significaba esa pérdida. Lo ve en un mapa, pero no tiene tantos súbditos allí y, con la excepción de las colonias caribeñas que conservaba, no era mucha la riqueza que extraía de lugares como Nueva Francia o Luisiana.

FDV
Algo similar sucede entonces con la guerra de Independencia de Estados Unidos. La mayor parte de los franceses ni siquiera sabía que existían las Trece Colonias y, mucho menos, que sus colonos se querían independizar de Gran Bretaña.

AG
Efectivamente. El francés medio de esa época sufre las consecuencias de esa guerra lejana y costosa, pero no se fija tanto en ella como en los elevados gastos de la corte.

FDV

Desconocen quién es George Washington o Thomas Jefferson, pero saben muy bien quién es María Antonieta, a quien detesta tanto el pueblo llano como los aristócratas de la corte. La conocen como Madame Déficit y en Versalles se refieren a ella, a escondidas, naturalmente, como la «autre chienne» (otra perra), un juego de palabras ya que austriaco en francés se dice «autrichienne». En París circulaban libelos muy populares en los que se acusaba a la reina de ser una esposa infiel, incluso una ninfómana. Esto último no sabemos si era cierto, pero la fama de derrochona que la acompañaba sí que se ajustaba a la realidad. Ahora bien, todas las reinas de la época lo eran. María Antonieta no pertenecía, como la reina de España en aquel entonces, María Luisa de Parma, a una pequeña familia ducal, era hija y hermana de emperadores. Se había criado en los palacios vieneses de Hofburg y Schönbrunn; este último su madre, María Teresa de Habsburgo, lo había ampliado convirtiéndolo en uno de los mejores palacios de Europa. Para ella no existía otro modo de vida, actuaba en piloto automático. Pero en Francia se encontró un ambiente muy hostil, quizá por el hecho de que Austria y Francia llevaban siglos envueltos en disputas dinásticas. En 1785 estalló el célebre escándalo del collar que le hizo mucho daño a ella y, especialmente, a su marido a pesar de que nunca compró el collar. Todo se trató de una estafa y el propio Luis XVI quiso que se supiese que la reina no había tenido nada que ver en ello.

AG

El famoso collar de diamantes lo había fabricado un joyero parisino para Madame du Barry, una de las amantes de Luis XV, pero se quedó sin vender porque el monarca falleció. Se lo intentaron colocar a Carlos III de España, pero estaba viudo y no era mujeriego, así que pensaron que quizá sus más de seiscientos diamantes encandilarían a María Antonieta, aunque tampoco lo quiso adquirir porque le parecía muy caro. A partir de ahí se desarrolló una historia rocambolesca con un cardenal, el de Rohan, que quería congraciarse con la reina, y una estafadora profesional que terminó ante un juez. Pero el problema de aquella Francia no eran las joyas de la reina, sino todo lo que se había gastado en América y las sucesivas deudas que el tesoro había tenido que contraer para financiar la guerra. Lo que la sociedad francesa de

esa época podía ver eran las joyas de la reina y eso les indignaba.

FDV
Vendría a ser parecido a las críticas que se hacen hoy a los políticos cuando se recuerda lo aficionados que son a los vehículos oficiales y el coste que tienen, pero la realidad es que la mayor parte del gasto público se dedica a pensiones.

AG
Correcto, los reyes solían tener estilos de vida muy lujosos, especialmente si su reino era grande y rico como sucedía con el de Francia. El de España poseía también varios palacios en los alrededores de Madrid y no solía escatimar en gastos. El problema que tenían en Versalles era que la caja estaba vacía y el rey no es que tuviese que prescindir de algunos lujos, es que el estado se encontraba al borde de la bancarrota. Eso es lo que le dicen a Luis XVI sus ministros, sugiriéndole la idea de que llame a capítulo a los nobles para que contribuyan, pero no parecen por la labor y se excusan diciéndole que ellos también andan justos.

FDV
En 1789, de hecho, todo el mundo andaba justo porque se habían encadenado un par de malas cosechas.

AG
Y eso provoca un motín del pan. El pueblo descuenta que los reyes gastan en bienes suntuosos, pero no solo el de Francia, saben que los de España, Austria, Nápoles o Prusia hacen lo mismo, pero donde hay escasez de pan en esos momentos es en Francia. El invierno había sido muy frío y se arruinaron cosechas. Eso acrecentó el malestar. Aquellas sociedades preindustriales eran muy frágiles, apenas tenían colchones, bastaba una sola mala cosecha para que el número de hambrientos se disparase. No era la primera vez que sucedía. Los motines del pan son una constante en la Europa del Antiguo Régimen, y es así como comienza todo esto.

FDV

Es decir, que ven razones para salir a protestar a la calle, y culpan al collar de la reina y al gasto desenfrenado de palacio.

AG
Efectivamente. No entienden el origen de los problemas económicos de la Corona porque la guerra en América la mayor parte de ellos la conocen solo de oídas, pero ignoran el gasto inmenso que ha supuesto para el tesoro real. Algo así no lo entienden, aunque sí comprenden a la perfección que la reina, que ya de por sí les cae muy antipática, se ha comprado un collar o que vive rodeada de lujos en Versalles. Esto mismo ya había sucedido antes no solo en París, sino prácticamente en todas las cortes europeas en varias ocasiones. Cuando la gente no tiene con que comer se desespera, surgen los problemas, estallan motines y los ricos temen por su integridad física. Los reyes de Francia lo sabían bien porque siglo y medio antes, en tiempos de Luis XIV, habían decidido salir de París y establecer su residencia a las afueras. La capital era muy levantisca y era mejor tomar algo de distancia.

FDV
Lo mismo que sucede, por ejemplo, en 1766 en Madrid con el motín de Esquilache, que al rey le sorprende en el Palacio de Oriente y se marcha a Aranjuez por si la cosa se pone fea y una turba termina asaltando el palacio. Tenemos, por lo tanto, que ver el levantamiento de julio de 1789 como un motín del pan que se complica con una revuelta de carácter político. Ambos corren en paralelo.

AG
La revuelta de carácter político toma como punto de partida esa Asamblea de Notables de febrero de 1787. De la Asamblea de Notables sale la idea de los Estados Generales. Luis XVI quiere reunir a los Estados Generales para explicarles la maltrecha situación de las finanzas reales y pedirles dinero. Pero se encuentra con que estos quieren ir mucho más lejos, que lo de subir este o aquel impuesto es lo de menos. Ponen sobre la mesa una auténtica transformación del estado francés, pero aquí nuestra obligación es abrir el foco y constatar que esa transformación se venía produciendo desde casi dos siglos antes. Lo que va a suceder es que quienes quieren llevar a cabo

esa transformación observan lo que ocurre en la calle y aprovechan el malestar de la sociedad francesa, en concreto el de las clases humildes parisinas, para utilizarlas como brazo revolucionario para impulsar un proyecto político que, insisto, se remonta no a 1787 con la Asamblea de Notables, ni a 1783 con la Paz de París. Va mucho más atrás, casi dos siglos atrás, cuando se puso en marcha la creación de un estado centralizado eliminando todo tipo de contrapoderes de lo más variado.

FDV
Las que desmontan el Antiguo Régimen son las élites que veremos en los Estados Generales, unas élites que se nutren de los disturbios callejeros y que aprovechan ese ímpetu para ir avanzando en su propia agenda. Los revolucionarios no provocan la revolución, tan solo sirven de apoyo a las élites ilustradas que empujan el proceso desde la Asamblea Nacional.

AG
Pero se suele creer lo contrario. La Ilustración es la etapa final de un proceso que dio comienzo mucho antes. Es en el siglo XVIII cuando se ordenan y concluyen todos los debates políticos que han venido surgiendo desde el siglo XVI. Asuntos tales como cuál debe ser el protagonista político de un territorio o cómo tiene que organizarse ese protagonista político. Vayámonos más atrás, hasta la Edad Media. En el mundo medieval tenemos un monarca que es protagonista político de un territorio. Para sostenerse en el poder necesita apoyarse en otros poderes a los que debe compensar con algo, con autonomía, derechos, privilegios, *etc.* Esos otros poderes son de lo más variado. Van desde los aristócratas hasta los gobiernos municipales pasando por la Iglesia. Cuando aparecen las universidades a partir del siglo XII hay que darles su porción de autonomía, lo mismo sucede con los gremios o con las órdenes de caballería. El rey tiene que estar a bien con todos porque todos refuerzan su autoridad y le reconocen como protagonista político en un territorio. Eso solo puede conseguirlo compartiendo partes del poder con ellos mediante la concesión de derechos. Lo que nos vamos a encontrar a partir del siglo XVI es un debate, que en Francia ejemplifica muy bien un teórico llamado Juan Bodino, que lo que viene a decir es que si se empiezan a eliminar esos contrapoderes

será bueno para el rey. ¿Por qué? Pues porque el rey con tantos contrapesos no puede reinar en condiciones y eso es malo para todos. El rey, en definitiva, debe ir recuperando el poder que sus antepasados fueron cediendo. Ese es el único modo de ser un gobernante ejemplar, cosa que ahora no puede hacer porque hay demasiadas barreras intermedias que no lo permiten. Este debate no solo se libra en Francia, sino en toda Europa occidental.

FDV
A comienzos del siglo XVII nos encontramos con el gran teórico del estado absoluto, que no es otro que Thomas Hobbes, cuya obra sirve de inspiración a Carlos I de Inglaterra, que trata infructuosamente de poner a sus órdenes al parlamento, su principal contrapoder. A Carlos, que es un rey débil de un reino no especialmente poderoso como es la Inglaterra de la primera mitad del XVII, eso le cuesta la cabeza, pero en Francia ese proceso sí que termina teniendo éxito.

AG
Porque en Francia tienen al cardenal Richelieu, que entiende lo que propone Bodino, que ha leído y entendido a Hobbes y, como es lógico, su objetivo principal pasa a ser el fortalecimiento del poder real. No es casual que el último monarca en convocar Estados Generales antes de Luis XVI fuese Luis XIII en 1614, solo unos años antes de que el cardenal entre en el consejo privado del rey. Una vez allí se convierte en el hombre más poderoso de Francia y convence al monarca de que eso de los Estados Generales y las Asambleas de Notables es una pérdida de tiempo, que aquella gente no está a su mismo nivel, que tiene que meter en cintura a los aristócratas e ir concentrando poder. La intención de Richelieu es buena. Considera que el sistema político que han heredado no funciona porque cada vez que el rey quiere sacar adelante cualquier cosa tiene que sortear demasiados obstáculos.

FDV
Richelieu lo sabe bien porque ha estado al otro lado, proviene de una familia aristocrática, los señores de Richelieu, y es obispo desde los veintiún años. De hecho, durante su etapa como obispo de Luçon asiste a los últimos Estados Generales y se opone ferozmente a que la

Iglesia pague impuestos.

AG
Richelieu lo conoce mejor que nadie y cuando pasa a ser el primer ministro sabe dónde hay que ir metiendo la tijera para ir anulando todos esos contrapoderes que pueden coartar la acción del rey. Da comienzo entonces un largo proceso que no termina con él. Cuando muere designa quién le va a suceder, que será otro cardenal, un italiano llamado Mazarino que ejerce de valido de la regente Ana de Austria hasta que Luis XIV toma las riendas del poder personalmente. Luis XIV, que era muy listo, lo entiende a la perfección y continúa donde su preceptor lo había dejado. De modo que según van avanzando los siglos XVII y XVIII van eliminando todos esos contrapesos al poder real.

FDV
Los ilustrados se encuentran con un problema, que el proceso que había puesto en marcha Richelieu un siglo antes era demasiado lento porque lo que iban haciendo era negociar con paciencia y habilidad con cada contrapoder para ir mermando sus competencias sin que eso supusiese una rebelión. Los ilustrados plantean entonces una *tabula rasa*, empezar de cero, crear un nuevo sistema.

AG
Correcto y ahí entran autores como Montesquieu. Lo que ves en Montesquieu es que para evitar el autoritarismo hay que partir el poder en tres: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. Resulta interesante, escuchas la propuesta y parece redonda, suena muy bien, puede ser el camino a seguir: si troceamos el poder, este no se tornará tiránico porque los distintos poderes se contrapesarán. Pero es que el poder ya había estado troceado antes y, cuando Montesquieu aparece, el proceso de concentración de Richelieu ya está muy avanzado. Montesquieu lo sabía porque era un hombre culto que conocía la historia de su país, pero su intención, como buen ilustrado, era hacer *tabula rasa* creando un estado único y luego, dentro de ese estado, crear las distintas parcelas de poder que han de compensarse unas a otras y que, al menos sobre el papel, son independientes y autónomas.

El riesgo es indudable porque si se terminan de suprimir todos los contrapoderes existe la posibilidad de que el gobernante concluya que le gusta, que todo el poder sea para él y que ya no se debe ir más allá.

FDV
El fortalecimiento del poder real, que en resumidas cuentas se trata de eso, había empezado mucho antes de Richelieu. Tenemos el caso de los Reyes Católicos en España, que someten a la nobleza. El caso de Enrique VIII en Inglaterra que impone la reforma religiosa desde arriba y se atreve incluso a romper con Roma sin necesidad de tener a un Martín Lutero para justificarla, le bastó con que el papa no le concediese el divorcio con Catalina de Aragón. O el caso, volviendo a España, de Felipe IV cuando su primer ministro, el conde-duque de Olivares, que es contemporáneo de Richelieu, propone la unión de armas en 1626. Las cortes en la España de los Habsburgo van a ir perdiendo peso y con la nueva dinastía borbónica pasan a ser un mero adorno. Su papel queda reducido a adjudicar servicios a la monarquía y a reconocer al heredero al trono.

AG
Por supuesto que los sucesivos monarcas de los siglos XV, XVI o XVII tratan de acumular la mayor cantidad posible de poder. Encontramos reyes muy resueltos como Fernando el Católico, Felipe II o Enrique VIII. Este último retorció las leyes del reino para salirse con la suya, pero lo hizo con el consentimiento del parlamento. Pudo hacer todo aquello porque fue capaz de aglutinar los intereses adecuados. Un siglo más tarde, Carlos I no lo consiguió y su cabeza rodó por el patíbulo. Carlos I estaba desarrollando una política de concentración de poder muy similar a la de Enrique VIII, pero Enrique supo poner de su lado a esos contrapoderes y convertirlos en sus aliados. Ni Enrique VIII, ni los Reyes Católicos, ni Felipe II decidieron ir a por todo, simplemente no se lo podían permitir. El proceso está ahí, pero es gradual. Felipe II tuvo una mano muy firme, pero no sucedió lo mismo con sus sucesores al siglo siguiente. A Felipe IV se le subleva Cataluña y Portugal porque pretende echar mano de soldados catalanes y portugueses para sus guerras europeas. Al propio Felipe II se le escapa Antonio Pérez y se enfrenta con el Justicia de Aragón que trata de

pararle los pies esgrimiendo los fueros de aquel reino.

Richelieu, que antes de primer ministro del rey ha sido obispo, sabe que eso no se puede hacer por lo contencioso, que tiene que ir poco a poco, de forma gradual y negociando las entregas de poder de los distintos actores de la monarquía. En el caso de la nobleza lo tendrá fácil porque se meterá en infinidad de guerras. ¿Por qué entra en la guerra de los Treinta Años donde, en principio, nada se le ha perdido? Pues porque si pones a los nobles a combatir y salen victoriosos, ellos son los primeros que ganan; ya sea porque agregan nuevos territorios, ya porque consiguen mercedes de la Corona, ya porque adquieren prestigio, nuevos títulos y cercanía con el monarca. Les viene a decir que van a perder tal o cual derecho jurisdiccional sobre cierto territorio, pero a cambio pueden ser nombrados mariscal de Francia. Estos aristócratas empiezan a deberle cosas y no protestan.

FDV
Entonces, la condición necesaria para esta concentración de poder real es una política expansiva y victoriosa. Vale cuando hay tajada para repartir y comprar voluntades, algo que consiguen Richelieu, Mazarino y Luis XIV a costa de los Habsburgo.

AG
Eso es, los ilustrados consideran que es un proceso lento e incierto porque los nobles están dispuestos a entregar privilegios a cambio de otras cosas. Por eso apuestan por ir a algo mucho más radical, a esa *tabula rasa* que, como veremos más adelante, consiguen durante la revolución mediante un ambicioso programa legislativo que va eliminando todas las tradiciones legales que existían previamente. Esas tradiciones legales en unas ocasiones eran nocivas para la sociedad, pero en otras la protegían de los abusos del poderoso.

FDV
Lo que la Ilustración plantea de forma teórica es cómo desmontar el Antiguo Régimen, es decir, todos los contrapoderes, todos los poderes autónomos que giran en torno al rey. Eso es el Antiguo Régimen y eso mismo es lo que los ilustrados quieren quitar de en medio. Y es ahí donde confluye este proceso de concentración de poder central

debidamente replanteado por los ilustrados con la agitación callejera de 1789. Los ilustrados llevan décadas teorizando sobre esta cuestión. Muchos de estos teóricos ni siquiera ven con sus propios ojos la revolución porque han muerto antes. Montesquieu murió en 1755, Rousseau y Voltaire en 1778, D'Alembert en 1783, Diderot en 1784…

AG

Pero el poso ya está ahí fermentando. Estos ilustrados no tenían ningún tipo de conexión con el pueblo llano. O eran aristócratas, caso de Montesquieu, que pertenecía a la nobleza de toga, o estaban muy cerca de ellos como Rousseau, que pasó buena parte de su vida en los salones de la nobleza. Rousseau tuvo un carácter difícil, tenía manía persecutoria, logró que todo el mundo se pusiese en contra de él. Llegó a tener relación con David Hume. En un momento dado se exilió en Inglaterra, donde Hume le soportó un par de años para enviarle luego de vuelta a casa. En Inglaterra ya habían hecho la revolución de 1688, que reforzó al parlamento. Cuando Hume se puso a escuchar las teorías de Rousseau se asustó porque, aparte de que personalmente era insoportable, lo que planteaba era políticamente muy peligroso. No querían el modelo que defendía Rousseau en Inglaterra o, de forma más general, en el mundo anglófono.

FDV

Es curioso, pero hasta hace no mucho a los británicos como Hume o Adam Smith no se les consideraba ilustrados, quizá porque abogaban por un sistema político completamente opuesto al de los ilustrados franceses. Pareciera que, vistas sobre el papel, sus teorías son muy similares en la búsqueda de libertades y derechos, pero los escoceses vienen de un proceso revolucionario en el siglo anterior en el que han conseguido mantener ese equilibrio de contrapoderes. La Revolución Gloriosa es lo contrario, fortalece el contrapoder. La Revolución Francesa lo que busca es suprimir los contrapoderes tradicionales e inventarse un nuevo modelo que, según ellos, será mucho mejor. La idea ha calado porque muchos de los nobles a los que llama Luis XVI en 1787 para la Asamblea de Notables están persuadidos de que tienen que dejar de ser un contrapoder y perder con ello los derechos y privilegios que aún retienen.

AG

Sí, por supuesto, las ideas ilustradas no son nuevas. Se han criado con ellas y muchos consideran que quizá todo el poder que detentan no está justificado. Ese tipo de discursos buenistas y autoinculpatorios los tenemos también en pleno siglo XXI. El poderoso quita ciertos derechos a cambio de prometer un futuro más brillante y justo y son muchos los que compran entusiasmados la idea. El caso de la violencia de género es muy ilustrativo. En España hemos aceptado una ley de violencia de género que establece una desigualdad jurídica evidente entre hombres y mujeres, pero lo hemos asumido y muchos son los hombres que además aseguran que les parece bien y que debió hacerse antes. Lo mismo sucedió con aquellos nobles de la Revolución Francesa. Les gusta la música que los ilustrados interpretan sin advertir que están ejecutando la misma partitura de Richelieu. ¿Por qué lo hacen?, porque la interpretan como algo novedoso y moderno.

FDV

Hay otra cuestión que también es importante. Hemos de mirar por encima del canal de la Mancha. A finales del siglo XVIII en Inglaterra se está dando un gran salto económico gracias a la incipiente industrialización. Los ingleses son mucho más ricos que cien años antes y parece que las cosas les marchan bien. Ganan guerras y están construyendo un imperio ultramarino a gran velocidad. La lectura que hacen desde el continente es que eso es fruto de la Revolución Gloriosa de 1688, una revolución de carácter político en la cual ponen en su sitio a la monarquía y restringen sus poderes.

AG

Una lectura incorrecta. Se miran a sí mismos y se dicen: es cierto que tengo ciertos privilegios, pero si estuviésemos en otro contexto político que me permitiese hacer lo que han hecho los ingleses tendría incluso más dinero y mejor posición como les sucede a los nobles británicos del XVIII, que han ido ensanchando sus fortunas y construyéndose palacetes en la campiña. Les suena muy bien, pero porque el análisis que se hace de la revolución inglesa es que si ponen en marcha un proceso jurídico como el suyo obtendrán idéntico resultado económico. Pero se trata de una lectura equivocada.

FDV

No entienden que el malestar está debajo de ellos y se debe en buena medida al opulento tren de vida que llevan, a los palacios fastuosos en los que viven, los finos paños con los que se visten, los banquetes que dan y las berlinas en las que viajan. Y como no entienden algo tan elemental son los primeros que caerán en cuanto la revolución se acelere y se coloque la guillotina en la plaza de Grève. Sobrevendrá entonces el pasmo por los derroteros que ha tomado aquello.

AG

De hecho, si bajamos al terreno artístico y arquitectónico, comprobamos que buena parte de los palacios nobiliarios que se encuentran hoy repartidos por toda Francia son de esa época, del siglo XVIII. No solo en Francia, en toda Europa. Son unos palacios que incluso responden a un modelo. Todos tenemos en mente el Versalles de Luis XIV, pero Versalles no se queda paralizado ahí, sigue creciendo y enriqueciéndose durante el largo reinado de Luis XV. El palacete de Petit Trianon, por ejemplo, lo manda levantar él. Ahí vemos que se inclinan por el arte neoclásico que ya está antes de la revolución y se mantiene después de ella. Los monarcas absolutos y los revolucionarios tienen el mismo gusto arquitectónico. No debería ser así, pero lo es porque en ambos casos imperan los criterios racionales. Si nos auxiliamos de la razón lo que nos sale es ese estilo. Si no nos dejamos llevar por las pasiones y las creencias religiosas lo que resulta son edificios neoclásicos perfectamente equilibrados y sin estridencias.

Esto lo podemos trasladar al siglo XX con las repúblicas populares del bloque del este. Si acometemos un estudio aséptico, racional, lo que nos sale es esto. Vamos entonces a planificar la producción y todos nadaremos en la abundancia. O vamos a reducir la población porque somos muchos y se sacan de la manga lo del hijo único en China. Los regímenes comunistas del siglo XX eran fruto de cálculos supuestamente racionales. Con el tiempo se ha demostrado lo absurdo que era todo aquello. Ese mismo ejercicio se hace en ese arte neoclásico que preludia y continúa la Revolución Francesa. En Europa cambian muchas cosas en esos años, pero no el estilo artístico predilecto por las élites. ¿Por qué?, porque están bajo el mismo

paraguas intelectual.

FDV
Eso para muchos aristócratas tiene un coste enorme. Unos se exilian y se oponen desde fuera a la revolución convirtiéndose en «émigrés» (emigrados), pero otros tantos se suman entusiastas. Ahí tenemos a La Fayette que era marqués, miembro de la nobleza de espada, que queda embelesado por las teorías ilustradas. O a Mirabeau, que era también marqués, pero a los Estados Generales acudió como diputado del Tercer Estado y fue de los más combativos. O a Paul Barras, que era vizconde y que se suma a la revolución tras el asalto a la Bastilla, para después escalar poco a poco adaptándose a cada una de las etapas hasta que alcanza la cumbre de su poder con el Directorio. O a Luis Felipe, duque de Orleans, una dinastía que provenía directamente de la casa de Borbón, que apoyó la revolución hasta sus últimas consecuencias, llegó incluso a renunciar a sus títulos y se hizo llamar Felipe Igualdad. Estos aristócratas residen en palacios más suntuosos que los de sus abuelos, tienen casas de campo mucho mejor dotadas, cazan, viajan, se divierten, tienen a su servicio cocineros, músicos y todo tipo de servidumbre, gastan fortunas en ostentar su condición, pero caen rendidos ante las ideas ilustradas cuyo objetivo es quitarles todo eso.

AG
Hay un fenómeno muy llamativo. Acabamos de hablar de la revolución industrial en Inglaterra. Esa revolución despega unos veinte años antes de que estalle la Revolución Francesa. Para entonces ya son visibles sus primeras consecuencias. Los ingleses viven mejor y tienen a su disposición un mayor número de bienes a menor precio. Pero no solo los ingleses. En el continente la revolución industrial inglesa tiene efectos muy beneficiosos porque, al aumentar la oferta de una serie de productos, especialmente los textiles, estos bajan de precio. Un campesino francés o italiano que en 1700 puede permitirse comprar una camisa una vez cada diez años, ochenta años más tarde ya la puede cambiar cada cuatro o cinco años porque hay muchas camisas que salen a buen precio de los telares británicos. Ni franceses ni italianos saben nada de la revolución industrial, pero se benefician

de ella directamente. Los niveles de vida de 1789 son, de promedio, ligeramente más altos que en 1600 o 1700. La nobleza francesa de Luis XVI vive mejor que la de Luis XIV, pero también el pueblo llano. Es ese pueblo llano el que protagoniza el motín del pan de julio de 1789. El pueblo llano percibe una merma mayor porque su nivel de vida había mejorado ligeramente y se ven condenados de nuevo a la inseguridad y al hambre.

FDV
El motín da lugar a varios hechos reseñables que marcan un punto de no retorno, me refiero a los saqueos de tahonas y conventos en busca de pan, el asalto al cuartel de los Inválidos y la toma de la Bastilla. Todo sucede de golpe entre el 13 y el 14 de julio. Eso hace que salten las alarmas en el palacio de Versalles. Los que participan de ese motín no necesariamente están ideologizados, más allá de algunos que tratarán a toro pasado de sacar partido político de aquello. Para el resto es un simple motín con las dinámicas propias de los motines del pan desde la Edad Media, un motín especialmente exitoso porque tanto los Inválidos como la Bastilla tenían una fuerte carga simbólica. El primero era una residencia para veteranos de guerra fundada por Luis XIV, y la segunda una prisión real.

AG
Hay elementos ideologizados, por supuesto, pero están en su mayoría en la nobleza y en la burguesía parisina. Esos tienen muy claro hacia dónde va su programa político y pueden aprovecharse de los revoltosos que se han entregado al pillaje para convertirlos en el arma contra los que se oponen a la reforma política. Pero aquí deberíamos recapitular un momento y plantearnos qué diablos es la Bastilla. La Bastilla es un viejo castillo en el arrabal de St. Antoine levantado en el siglo XIV que, desde tiempos de Luis XIV hace las veces de prisión real y, por lo tanto, puede utilizarse como símbolo de la opresión de la monarquía.

FDV
Pero en ese momento la monarquía no debía ser especialmente opresiva porque todo lo que encuentran los asaltantes es a siete

prisioneros comunes y uno de ellos había dado con sus huesos en la cárcel por adulterio. De los seis restantes, cuatro eran falsificadores y los otros dos eran aristócratas con trastornos mentales a quienes sus respectivas familias habían internado allí corriendo con los gastos de manutención. Como vemos, no hay precisamente revolucionarios en las celdas de la Bastilla. A pesar de ello, y quizá por el aspecto vetusto y decadente del castillo, los parisinos creían que en esa prisión el rey encerraba en mazmorras oscuras a todos los que desafiaban su poder. El pueblo creía que quien entraba en la Bastilla ya no salía.

AG

Esa era una creencia tan extendida como falsa. Por eso se inventaron un prisionero ficticio, el conde de Lorges, a quien supuestamente había encerrado Luis XV muchos años antes por oponerse a él. Lorges nunca existió, aunque eso no fue impedimento para que su historia recorriese París a toda velocidad y todos lo comentasen. Pero la fortaleza, ya muy vieja y no demasiado bien mantenida —se había previsto, de hecho, su demolición— tenía un valor añadido. Aparte de prisión era un depósito de pólvora. Eso ya es mucho más interesante porque tomar la Bastilla les permite apoderarse de la pólvora que, junto con las armas que han incautado previamente en los Inválidos, les otorga capacidad militar para que su revuelta se convierta en algo tan agresivo que sea tenido en cuenta por el rey. Los que la asaltan se crecen porque han derribado un símbolo monárquico y se han hecho con armas. Pero no todos lo leen de la misma manera. El parisino de a pie lo toma como un gesto de fuerza de cara al rey para que se preocupe de sus problemas, haga acopio de grano y se lo entregue. Los nobles y burgueses que han leído a los ilustrados lo ven de forma muy diferente. El asalto exitoso a la Bastilla es, aparte de un símbolo político, una herramienta que podrán utilizar para provocar un cambio político profundo.

2

La Francia amotinada

Fernando Díaz Villanueva (FDV)
En mayo de 1789, después de que la Asamblea de Notables fracase en su intento de que los aristócratas se sumen al esfuerzo de llenar los muchos agujeros que tenía el tesoro real, el rey decide convocar los Estados Generales, que eran el equivalente a las cortes españolas o al parlamento británico, pero que, como ocurría con la Asamblea de Notables, no se reunían desde hacía mucho tiempo. La última vez que se habían convocado fue en 1614, es decir, 175 años antes. En estos Estados Generales de 1614 se debatieron muchos temas, algunos muy ilustrativos de lo que comentábamos en el capítulo anterior, de esos contrapoderes que tenía que ir equilibrando la Corona. Se debatió, por ejemplo, si era conveniente que el rey Luis XIII se casase con la hija de Felipe III de España, algo que autorizaron. Rechazaron, en cambio, que el rey estuviese por encima del papa y que impusiera un nuevo reglamento a la Universidad de París. Esto último lo consiguieron gracias al empeño de los jesuitas, que se sentían fuertes tras el concilio de Trento. Los nobles, por su parte, trataron de que se aboliese el impuesto de Paulette, una tasa creada por Enrique IV que tenían que pagar los aristócratas para poder transmitir a sus herederos sus cargos públicos. Ese mismo impuesto o, mejor dicho, su revisión al alza por Mazarino haría estallar décadas más tarde la revuelta de la Fronda.

Alberto Garín (AG)
Por eso mismo no se volvieron a convocar. Richelieu, que participó como miembro del brazo eclesiástico, sabía que los Estados Generales, como las armas de fuego, los cargaba el diablo. Tras la muerte de Luis XIII y del propio Richelieu, Mazarino y Luis XIV, que habían

aprendido la lección, decidieron no convocarlos porque suponían una amenaza. En el siglo XVIII, el regente Felipe de Orleans y Luis XV evitaron también los Estados Generales hasta el punto de que cuando Luis XVI llega al trono en 1774 es una institución ya medio olvidada. Pero existir existe, está ahí por si el monarca quiere echar mano de ella, cosa que sucede en 1789 cuando todos salen de la Asamblea de Notables con la cabeza caliente y los pies fríos.

FDV
Luis XVI echa mano de los Estados Generales porque su ministro de Hacienda, Jacques Necker, sucesor de Calonne, a quien el rey había cesado, le convence de que es la única salida que le queda si quiere solucionar sus problemas financieros. Los Estados Generales, como las cortes en España, no solo servían de contrapeso al rey, tenían también la capacidad de aprobar impuestos y lo que la Corona necesitaba urgentemente era recaudar por cualquier medio.

AG
Entre el monarca y esos parlamentos, cortes o Estados Generales existe un intercambio. Los distintos brazos de estos recuerdan al rey cuáles son sus derechos y privilegios, y el rey se compromete a respetarlos a cambio de algún tipo de apoyo, especialmente económico. El problema más acuciante que tenía Luis XVI en este momento era la gravísima crisis que atravesaba la hacienda real que, como ya hemos visto, se derivaba de la costosa guerra contra los ingleses en América. En tanto que los nobles se han negado a contribuir, necesita recurrir a los Estados Generales a ver si allí los otros dos brazos son algo más generosos. Su idea era refrendar los derechos y privilegios de cada uno de los brazos, incluso ofrecerles algunos nuevos, a cambio de recibir dinero mediante nuevos impuestos o una revisión de los ya existentes.

FDV
A los Estados Generales de 1789 asisten aparte del rey, que los presidía, unas mil personas, 291 diputados del clero, 270 de la nobleza y 578 del Tercer Estado. Estaban, como vemos, aproximadamente empatados e incluso, como ya hemos comentado, hasta un tanto desequilibrados en cuanto que, aunque en principio se

configura por estamentos, también llamados estados (nobleza, clero, pueblo llano), dentro del brazo eclesiástico no son todos iguales. En la Iglesia hay cardenales y arzobispos, pero también simples sacerdotes, párrocos de aldea que viven entre el pueblo llano y como el pueblo llano. De esos hay muchísimos y a menudo se posicionan defendiendo los intereses de su feligresía formada por campesinos y artesanos analfabetos.

AG
Con los aristócratas sucede algo parecido. Hay una serie de nobles reformistas que aceptan de buen grado muchas de las demandas del Tercer Estado. Como veíamos más arriba, muchos de estos nobles están influidos por el pensamiento ilustrado y abogan por reformas, a veces en profundidad, que alteren el estado de cosas. No cuestionan la existencia de la nobleza, pero sí de algunos de sus privilegios.

FDV
Encontramos, por lo tanto, que hay mucha más disensión dentro de la aristocracia y el clero que en el Tercer Estado. El Antiguo Régimen está en minoría en estos Estados Generales de 1789, cosa que no había sucedido en los de 1614-1615.

AG
El Antiguo Régimen más que en minoría lo que está es en crisis. Recordemos que este es un modelo de contrapoderes que incluye una serie de instituciones que impiden que el monarca ejerza su poder de forma absoluta. Los nobles con sus derechos jurisdiccionales, y en ocasiones también territoriales, son un límite al rey. El clero posee sus propios derechos que limitan también el poder real. Pero el Tercer Estado no está completamente expuesto al poder real, también tiene un conjunto de instituciones que limitan los poderes del rey como los gremios, las comunidades o las organizaciones rurales. Esto no es privativo de Francia. Esas instituciones están en toda Europa occidental, las tenemos en Italia, en España o en Alemania. Lo que vemos en 1789 es que una parte nada desdeñable de la nobleza está concienciada con que el sistema no les interesa y apuestan por realizar cambios de envergadura. Luego, como se pudo observar, más que

cambios lo que terminan alumbrando es un nuevo sistema, una renovación completa que no deja nada del orden anterior.

FDV
Fue un cambio extraordinariamente rápido. La reunión de los Estados Generales dio comienzo a principios de mayo y a partir de ahí los acontecimientos se precipitaron. El 20 de junio nos encontramos con el Juramento del Juego de Pelota, momento en el que todo salta por los aires. Los Estados Generales dejan de ser lo que eran y se transforman en otra cosa.

AG
Exacto. En ese momento se encontraban debatiendo el procedimiento de voto. Había dos posibilidades: una hacerlo por estamento, otra por miembro. Si lo hacían por miembro era muy probable que las peticiones del Tercer Estado se impusiesen, ya que contaban con algunos diputados más, a los que habría que sumar a unos cuantos clérigos y aristócratas cuyas posiciones eran coincidentes con la mayor parte del pueblo llano. Si votaban por brazo, el Tercer Estado no tendría nada que hacer porque siempre iba a salir dos contra uno. Discutieron mucho sobre el particular y, como no se ponían de acuerdo, la mayor parte de los diputados del Tercer Estado decidieron romper y abandonar las sesiones.

FDV
Estaban reunidos en Versalles, así que se dirigieron a la real cancha de tenis, que estaba cerca del palacio, y allí se congregaron para juramentarse, disolver los Estados Generales y convertir aquello en la Asamblea Nacional. A esa cancha se trasladan también algunos clérigos y aristócratas que simpatizaban con ellos. En ella, la representación es individual, no por estamentos. Ahí acaba simbólicamente el Antiguo Régimen porque los contrapoderes tradicionales dejan de ser reconocidos y se está generando un nuevo contrapoder encarnado en la Asamblea.

AG
Al principio no saben muy bien lo que va a salir de ahí, ni cómo se

van a organizar. Por no saber no saben ni siquiera qué es eso de la Asamblea Nacional que se acaban de inventar. Cuando esa misma Asamblea poco después asuma todo el poder y se lo quite al rey y a todos sus contrapoderes tradicionales, ya sabrán los franceses ante lo que están: ante un gobierno muy centralizado y que tiene visos además de ser autoritario a poco que se lo proponga. Ese día 20 de junio al Antiguo Régimen, más que morir, se le administra la extremaunción. De ahí en adelante lo van desmontando a gran velocidad. Lo que no sé es hasta qué punto ellos eran conscientes del salto que acababan de dar porque la constitución de la Asamblea Nacional en el «juego de pelota» es un punto de no retorno.

FDV
Es posible que algún clérigo o algún noble ilustrado pensase que por fin habían llegado a la meta y que tras eso se marcharía cada uno a su casa, que la Asamblea Nacional implementaría las reformas necesarias y a otra cosa. Todos esos acontecimientos estaban teniendo lugar en Versalles, un lugar relativamente apartado y lo suficientemente lejos de París como para que los franceses de a pie no tuviesen ni idea de lo que se les venía encima. Ni los franceses de a pie ni el propio Luis XVI, a quien no le preocupaba demasiado todo el ajetreo en torno a los Estados Generales. Pero veinte días más tarde, el 14 de julio, sucede algo que no estaba previsto. Ese día encuentran el combustible necesario para que esa situación que han creado conformando la Asamblea Nacional dé otro salto y se encamine hacia un cambio radical.

AG
Van poco a poco allanando el camino. La Asamblea Nacional se convierte en Asamblea Nacional Constituyente el 9 de julio, es decir, unos días antes de la toma de la Bastilla, por lo que sí que están dando los pasos necesarios para descomponer por completo el Antiguo Régimen. Otra cosa distinta es que quizá el rey no estaba necesariamente al tanto de la gravedad de los acontecimientos. Sabe que la situación es tensa porque sus consejeros le mantienen informado de lo que sucede al otro lado de los muros de palacio, pero seguramente entiende que es algo reversible, que los cambios que se

proponen en la Asamblea Nacional no son tan profundos como para dar la vuelta al sistema político francés.

FDV
Es posible que el rey creyese que tenía aún posibilidades de echar eso para atrás tomando algunas medidas. Cuando despide a Necker es cuando se produce la toma de la Bastilla. Cree que Necker ha sido demasiado suave y que si muestra dureza le respetarán. Emplea a Necker como cabeza de turco y consigue justo lo contrario de lo que buscaba.

AG
El cese del ministro incendia París. Con eso Luis XVI pretende paralizar y revertir el proceso que ha comenzado poco antes en los Estados Generales, pero le funciona a la inversa. El cese se produce el 13 de julio y la Bastilla se toma al asalto un día después. En ese punto el rey pierde la iniciativa. Ya no podrá recuperarla más.

FDV
El proceso nace en Versalles, de ahí pasa a París ya con la Asamblea Nacional Constituyente y luego se extiende por Francia. Pero es bueno detenerse en cada paso. La Asamblea es un problema que se presenta en Versalles, la revuelta posterior es un problema ya parisino y cuando ambos problemas han cristalizado llegan a todo el país. En París, como veíamos anteriormente, lo que tenemos con la toma de la Bastilla antes que cualquier otra cosa es un motín del pan. Ese motín, que deviene violento y se carga de contenido simbólico, es el que utilizarán los constituyentes en su propio beneficio para forzar un cambio político muy ambicioso. Como eso viene acompañado del éxito, la sublevación se expandirá a gran velocidad por las principales ciudades francesas y el entorno rural.

AG
Esto último que dices es importante. La mayor parte de los franceses en 1789 vive en pueblos o aldeas y se dedican a la agricultura y la ganadería. Los campesinos sufren también la crisis económica general y ven la oportunidad de tomarse la justicia por su mano. Es el llamado

«Grande Peur» o Gran Miedo que comienza el 20 de julio. Pero ese gran miedo no tiene nada de especial. Es un tipo de revuelta rural bien conocido en la Francia del Antiguo Régimen. Los campesinos más humildes, los que apenas les alcanza para subsistir, se sublevan contra sus señores con la intención de destruir los archivos donde se conserva la documentación mercantil, es decir, las deudas que esos campesinos tienen con los señores. Pero, insisto, no hay nada nuevo en esto.

FDV
Existe, de hecho, un término para referirse a estas revueltas campesinas: jacquerie. Desde el siglo XIV hasta el XVIII hay varias jacqueries en Francia. La más famosa es la Grande Jacquerie de 1358 en plena guerra de los Cien Años en tiempos de Carlos V. En el siglo XVI hubo varias y también durante los reinados de Luis XIII y Luis XIV. En todos los casos se dan cita los mismos elementos. Tenemos por un lado a campesinos pobres y, por otro, a aristócratas en apuros que tratan de defenderse. El ruido de fondo suele ser siempre las deudas del campesinado, que aprovecha la revuelta para sacudírselas.

AG
Así es, el Gran Miedo es, en principio, una jacquerie más. Lo que buscan los campesinos es acabar con esas deudas que les asfixian, pero lo que ocurre es que en París el motín del pan se ha politizado y eso tiene consecuencias inmediatas. Milicias urbanas se desplazan al campo para apoyar las revueltas y darles un sentido y un rumbo definido. De modo que, lo que en origen era una simple jacquerie, se convierte en otra cosa. No debemos caer en el modelo simplificador de dos bandos perfectamente definidos, nobles privilegiados de un lado y campesinos muertos de hambre del otro porque nos equivocaríamos. No fue así. La situación se desmanda y la revuelta adquiere tintes revolucionarios. Cualquiera que esté un poco por encima, que tenga un poco más sin importar que sea noble o no, ya puede ser considerado un enemigo. La Asamblea Nacional, entretanto, se encarga de echar leña al fuego aboliendo el régimen señorial.

FDV
Eso lo hizo muy pronto, el 4 de agosto, tres semanas después de lo de

la Bastilla.

AG
El problema que tiene la Asamblea Nacional es que siente la necesidad de actuar siempre y por cualquier cosa. En París tienen ya un plan político que aprovecha la toma de la Bastilla para legitimarse. Pero cuando estalla la jacquerie en el campo se ven empujados a actuar, a decir que ellos están ahí y que tienen algo que decir, que son, en definitiva, quienes mandan en Francia porque el rey y toda la institucionalidad del Antiguo Régimen ha quedado fuera de juego. Ten en cuenta algo importante. Al principio la Asamblea Nacional Constituyente está acaudillada por algunos nobles. Entre ellos hay dos figuras destacadas: el marqués de La Fayette y el conde de Mirabeau. La Fayette es ese militar que había participado en la guerra de Independencia de Estados Unidos. Ha visto con sus propios ojos una revolución previa a la francesa donde llegó incluso a trabar amistad con algunos de sus protagonistas como Thomas Jefferson, Alexander Hamilton y el propio George Washington, que ese mismo año se ha convertido en el primer presidente de Estados Unidos.

FDV
La revolución en América terminó bien y eso mismo le lleva a percibir la revuelta en Francia de forma algo distorsionada. Su experiencia no es la de unos jacobinos radicales tomando el poder y decapitando a todo el que se oponga, sino gente culta, moderada y bien pensante, muchos de ellos aristócratas, que quieren hacer unas cuantas reformas de corte ilustrado que a todos les vendrán bien.

AG
Eso es, el asunto se les va de las manos rápidamente porque no han calibrado bien las fuerzas que han desatado. El gran miedo les hace ver que o son capaces de moderar la revuelta o esto puede acabar fatal cobrándose incluso su propia vida.

FDV
El rey también se percata de que se ha emprendido un camino que no tiene vuelta atrás. A finales de julio ya acepta los acontecimientos y se

traga los hechos consumados. Acepta la bandera tricolor y se olvida por completo de su programa anterior que había comenzado con la Asamblea de Notables. En esto el carácter de Luis XVI tuvo mucha importancia. Era un tipo apocado, tímido y no especialmente listo. Quizá otro, no digo Luis XIV, pero sí un tipo algo más asertivo habría resistido más.

AG
Pero Luis XVI no es un hombre que resista. Es alguien que se viene abajo muy rápido y que se va hundiendo más y más conforme avanza el proceso, así hasta que le guillotinan en 1793. Quizá alguien como su abuelo Luis XV o su tatarabuelo Luis XIV lo hubieran hecho mejor, pero no lo sabemos porque los factores que se dan cita en 1789 eran impensables un siglo antes. Luis XVI demostró que no estaba capacitado para enfrentarse a la situación que le tocó vivir, una situación de extrema gravedad. No estamos ante una revuelta que exige una serie de cambios limitados, sino ante algo mucho más grande capitaneado por muchos nobles. No tiene enfrente a un pordiosero pidiéndole pan, sino a Mirabeau dando discursos incendiarios y al marqués de La Fayette susurrándole al oído que ha llegado el momento de cambiar muchas cosas. Luis XVI no es consciente del alcance que tenía lo que ya estaba en marcha. Ni él ni otros muchos. Porque lo que arranca esos días del verano de 1789 no solo afecta de forma dramática a Francia durante las siguientes dos décadas hasta el final de las guerras napoleónicas, sino a todo el mundo durante más de dos siglos.

FDV
La prioridad de Luis XVI es salvar el pellejo y hacerlo manteniendo la Corona sobre su cabeza. Frente a él hay muchos aristócratas, intelectuales y burgueses con un montón de ideas bullendo en sus cabezas. Ninguno sabe a ciencia cierta hacia donde les conduce todo eso. Es notable que en esta primera fase vemos que alguien como La Fayette se sienta en la Asamblea Nacional Constituyente junto a Robespierre, que era un exaltado. El propio Mirabeau llegó incluso a elogiarle. Dos años después serán enemigos irreconciliables.

AG

Estamos en una fase en la que todo es muy ilusionante. Se avecinan grandes cambios que dejarán satisfechos a todos. No saben muy bien hacia dónde les llevan esos cambios, pero si hacemos una lectura más fina sí que descubrimos cuál era la dirección. Francia llevaba dos siglos concentrando poder en la figura del rey. La Asamblea Nacional es un ladrillo más, una herramienta para desmontar por completo todos los contrapoderes que aún existían. Ahí es donde la propia Corona queda en el alero.

FDV

Esto es algo que algunos sí que atisban. Muchos nobles toman el camino del exilio, empezando por uno de los hermanos de Luis XVI, que se pone a salvo en el extranjero por si acaso. El futuro Luis XVIII esperaría a 1791, pero su otro hermano, Carlos, que reinaría entre 1824 y 1830 como Carlos X, se marchó poco después de la toma de la Bastilla, convirtiéndose en el emigrado más famoso. Carlos es consciente de las fuerzas que se han desatado tan pronto como ve derrumbarse el sistema ese mismo verano. Esto de marcharse por si las cosas se ponían feas tampoco era nuevo. Hay un ejemplo no muy lejano en el tiempo, el de Carlos III de España durante el motín de Esquilache en 1766. Viendo que una turba había tomado las calles de Madrid se marchó a su palacio en Aranjuez para ponerse a salvo. Este motín tuvo lugar unos veinte años antes de la Revolución Francesa. En aquel momento el marqués de Esquilache, secretario de Hacienda, dictó una serie de normas sobre la vestimenta de los madrileños. Antes de eso había hecho otras reformas, pero fue la de la vestimenta la que trajo los problemas. Quería eliminar los chambergos, unos sombreros de ala ancha muy populares en la España de la época, y las capas largas y sustituirlos por sombreros de tres picos y capas cortas. Esto indignó a los madrileños que se sublevaron contra el ministro. El motín estuvo protagonizado por el pueblo llano animado por algunos clérigos. La excusa fue lo de los sombreros y las capas, pero el trasfondo era económico. El pan escaseaba, pero el descontento estalló con el bando que prohibía el uso del chambergo y la capa larga. Tras varios días de disturbios, el rey accedió a rebajar el precio del pan y todo terminó ahí. El asunto no escaló, no pasó de Madrid y de algunas

protestas muy localizadas en determinadas ciudades para que bajase el precio del grano.

AG
El motín de Esquilache no iba acompañado de un programa político, tampoco las jacqueries de la época de Luis XIII. En España, nadie, ni los más radicales, puso en duda la figura del rey ni pretendió más cambios que la derogación del bando de las capas y que se abaratase el pan. Carlos III contaba, además, con la lealtad de las tropas acantonadas en Madrid, que fueron quienes reprimieron la asonada. Eso no pasó en Francia en 1789. Luis XVI tiene solo sus propias fuerzas para reprimir el motín de la Bastilla, pero esas fuerzas se apuntan al motín convirtiéndose en la Guardia Nacional capitaneada por La Fayette. Es cierto que cuenta con tropas de mercenarios extranjeros como la guardia valona de Carlos III, pero no son muy numerosas y hacia ellas se dirigirá la cólera de los parisinos. Luego hay otro elemento importante. En la España de Carlos III no se ha alcanzado un nivel de centralización del poder como el que ha tenido lugar en Francia. En España puede haber inestabilidad en un punto concreto, en la corte, en Sevilla, en Valencia o en Santiago de Compostela, pero esa inestabilidad es difícil que salga de ahí, ya que los contrapoderes interesados en que ese orden de cosas se mantenga gozan de mejor salud. Los nobles en la España de Carlos III aún tienen fuerza suficiente para sofocar ese tipo de revueltas.

FDV
Quien dice los nobles dice también los obispos. La Iglesia en España tiene capacidad para, desde los púlpitos de las parroquias, pedir a los campesinos que se tranquilicen, vuelvan a su casa y sigan con su trabajo.

AG
Efectivamente, ese tipo de contrapoderes que para muchas cosas reman en la misma dirección que el rey, en Francia tienen sus capacidades muy mermadas. Durante los largos reinados de Luis XIV y Luis XV han ido perdiendo poder e influencia que va acumulando la Corona. Ese poder y esa influencia pasa intacta a la Asamblea

Nacional, que asume desde el principio todos los poderes reales. Esa es, a mi juicio, la gran diferencia entre estos dos acontecimientos —el motín de Esquilache y la toma de la Bastilla— tan cercanos en el tiempo en dos reinos vecinos gobernados por la misma dinastía.

FDV
En el caso de que los amotinados en Madrid hubiesen conseguido apoderarse de la ciudad, cosa que nunca consiguieron, hubiera sido improbable que eso se extendiese por el resto de España. Había un buen número de barreras que en Francia o no existían o era poca la resistencia que podían ofrecer. Habría que preguntarse si Luis XVI y sus consejeros más cercanos eran conscientes de hasta qué punto había disminuido la capacidad para detener un proceso semejante.

AG
Seguramente no lo eran, pero se despiertan de golpe. Se encuentran solos e indefensos. Por eso huyen muchos nobles y, como decías antes, hasta el hermano menor del rey pone pies en polvorosa y se marcha a Italia donde su hermana Clotilde está casada con el heredero de la Corona sarda. En la España de 1766 el rey se traslada al palacio de Aranjuez por precaución, pero ningún aristócrata español se plantea siquiera huir a Francia o a Portugal para ponerse a salvo. Lo toman como una revuelta pasajera. El sistema es sólido y sabrá defenderse. Eso es lo que sucedió. Esquilache fue cesado y enviado de vuelta a Italia, pero el sistema no peligró lo más mínimo, de hecho, no muchos años después los españoles empezaron a ponerse sombreros de tres picos y capas cortas sin que nadie les obligase a hacerlo.

FDV
En Francia lo que vemos es que el sistema se derrumba en solo unos días. Esos contrapoderes, que siguen estando ahí, aunque ya muy debilitados, no hacen nada para impedir que la Asamblea Nacional sustituya al poder monárquico. Es algo tan rápido que cuando llega la reacción a lugares como la Vandea ya es tarde.

AG
El rey permanece, pero como un elemento simbólico. Acepta la

escarapela tricolor y asume que la Asamblea Nacional ocupe el espacio que le pertenecía hasta ese momento. Lo ocupa de tal manera que en los siguientes dos años la Asamblea puede legislar a placer sin encontrar apenas resistencia. Los cambios que van a ir introduciendo son muy radicales, pero todos los van aceptando porque no hay nadie al otro lado. Más allá del monarca nadie está en posición de decir que no, que eso no le interesa e impugnarlo. La Asamblea tiene vía libre para legislar incansablemente desmontando con gran celeridad todo el entramado institucional del Antiguo Régimen.

FDV
La Asamblea Nacional era muy numerosa, tenía más de mil diputados y no todos pensaban lo mismo. Había cierto consenso en la idea de que tenían que apostar por el progreso o por mejorar las condiciones de vida de la gente, pero eran ideas muy vagas que cualquiera hubiese suscrito. Son muy pocos los que advierten que esos cambios son realmente profundos y alumbrarán un estado completamente nuevo.

AG
Los grupos que nos encontramos en un primer momento en la Asamblea no tienen nada que ver con los que iremos encontrando según avance la revolución. En principio hay tres grandes tendencias. Por un lado, estaban los que seguían respetando la figura del rey y buscaban un modelo de monarquía más o menos parlamentaria. Una segunda tendencia, la más numerosa, era la de los constitucionalistas. Querían redactar una constitución que reformara por completo el modelo político de Francia, pero en esa constitución todos tendrían cabida, desde los partidarios de la monarquía parlamentaria hasta los republicanos. Por último, había un grupo de radicales republicanos, muy minoritario, pero que progresivamente iría creciendo, y que serían los que terminarían por adueñarse de todo el poder durante el terror.

FDV
En el mes de agosto, es decir, un mes después de la toma de la Bastilla, nos encontramos con los decretos que acaban con los derechos y privilegios de la nobleza y el alto clero. Eso supone la

abolición formal del Antiguo Régimen que había desaparecido *de facto* en junio con el Juramento del Juego de Pelota, y que desaparece *de iure* en agosto. Con la derogación de los derechos señoriales se elimina uno de los pilares sobre los que descansa el orden anterior.

AG
Aquí hemos de recordar una vez más que el Antiguo Régimen no es, como comúnmente se cree, la monarquía absoluta. La monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII es, de hecho, la degeneración de este. Lo que conocemos como Antiguo Régimen es una monarquía con unos contrapesos bien establecidos. El contrapeso más eficiente era el de los derechos señoriales. No tanto los derechos territoriales como los jurisdiccionales. Los primeros tienen que ver con la propiedad y la explotación de la tierra. El señor es dueño de unas tierras que alquila a los campesinos a cambio de un pago. Los segundos, los jurisdiccionales, son más importantes porque dan a los señores poderes judiciales sobre sus propias tierras. El señor tiene la penúltima palabra en sus dominios. Si existe un conflicto entre un campesino y el señor, el primero puede recurrir, llegado el caso, al rey. Pero la mayor parte de litigios en el campo no se producen entre el señor y los campesinos, sino entre los propios campesinos que recurren al señor para que ejerza su derecho jurisdiccional y falle a favor de uno o de otro. El señor arbitraba en esos pleitos tratando de ser lo más justo posible para evitarse problemas mayores. A él lo que le interesaba era que los campesinos estuviesen al corriente del pago porque de eso vivía toda su familia, y solía hacerlo a lo grande.

FDV
Entonces lo que hace la Asamblea Nacional es borrar de un plumazo ese sistema de arbitraje que hoy en pleno siglo XXI nos parece tan moderno y progresista. No tener que acudir al sistema judicial con sus códigos, sus abogados y sus demoras lo consideramos un avance, pero fue eso mismo lo que eliminaron con el decreto del 4 de agosto.

AG
Podríamos pensar que fue un gran paso hacia adelante porque impedían que el señor sea juez y parte en sus pleitos, pero en la vida

cotidiana, en el día a día de la mayor parte de los campesinos de Francia supuso una calamidad. De repente se encuentran con que para resolver cualquier conflicto menor como que la vaca de Pierre había entrado a pastar en la parcela de Georges y se había comido su cosecha tendrán que recurrir a un sistema judicial que todavía no existe y que hay que construir a toda prisa. Lo que se crea es un modelo piramidal con la cúspide en París que luego va bajando a las provincias y las comarcas. Un modelo tremendamente burocrático y mucho más lento que el arbitraje del señor, que conocía bien sus tierras porque las había heredado de su padre y a menudo se había criado en ellas. Estos nuevos tribunales tardan mucho en estar operativos y la justicia que imparten es peor, más cara, distante y lenta.

FDV
Otra de las cosas que hace la Asamblea Nacional en agosto es eliminar los parlamentos regionales que existían por toda Francia, pero aquí hay que ser cuidadoso porque cuando hablamos de parlamento en la Francia del Antiguo Régimen no hablamos de una cámara legislativa o deliberativa, sino de algo similar a un tribunal de distrito. Esta instancia judicial, que era muy popular y utilizada, también desaparece. A diferencia del sistema judicial único que tenemos hoy en casi todos los países, los parlamentos franceses de la época se debían a los usos y costumbres de cada región. No era lo mismo pleitear en el parlamento de Bretaña que en el de Normandía o Aquitania. El abogado tenía que conocer bien la legislación local y ajustarse a ella.

AG
Estamos ante un problema parecido al de los señores, que eran una instancia jurisdiccional. Los parlamentos se percibían cercanos y eran completamente autónomos.

FDV
Todas estas reformas las hacen durante el verano y el otoño de 1789, en plena ebullición tras la toma de la Bastilla sin tener todavía nada con que sustituir todo eso que estaban aboliendo. Una de las cosas que

propone la Asamblea Nacional es redactar una constitución, pero eso era un trabajo muy duro y tardaría mucho en llegar. Retiran todos los pilares del Antiguo Régimen sin tener una sustitución preparada. ¿No hubiera sido mejor mantenerlo y, entretanto, ir diseñando en paralelo el nuevo estado?

AG
Pero, como te decía antes, actúan porque entienden que no pueden hacer otra cosa. Van a remolque de los acontecimientos. Cada vez que sucede algo se ven impulsados a responder legislando en una dirección. Saben que su legitimidad reposa en la toma de la Bastilla que, a su vez, ha obligado a Luis XVI a entregarles la iniciativa de gobierno. En ese momento ya tienen el poder, a partir de ahí cada vez que los más revoltosos den un grito sienten que su misión es actuar. No son capaces de controlar esas revueltas, algo que les hubiera permitido ir a un ritmo mucho más sosegado y llevar la iniciativa. Vayámonos a la década de los 70 del siglo XX cuando se hace la transición española tras la muerte de Franco. Los encargados de ir diseñando el nuevo estado llevan a término la reforma legal aislándose del ruido externo para ahorrarse pasos en falso. Primero presentan la ley de reforma política y la someten a referéndum. Con eso desmontan el entramado legal que sostenía el franquismo. Luego pasan a la siguiente fase, se legalizan los partidos políticos y se va a elecciones libres y multipartidistas. Las cortes que salen de esas elecciones elaboran la constitución buscando el consenso entre la mayor parte de actores políticos del momento. Saben de dónde vienen y, más o menos, adónde quieren llegar. En la Francia de 1789 todo se hace de forma precipitada. Se quiere pasar de un régimen que conocen bien a otro, pero no saben ni cómo llegar a él ni cuál será su naturaleza. En cuanto sucede algo en las calles de París se alteran y eso les empuja a legislar, generalmente a tontas y a locas y sin prever las consecuencias inmediatas.

FDV
Lo más parecido a una constitución que tienen en ese momento es la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, aprobada entre el 20 y el 26 de agosto. Es eso mismo, una simple declaración de 17

puntos que indican la dirección en la que circulan. Si nos paramos a analizar la declaración, todos sus puntos parecen muy razonables. El problema que tienen y que, en cierta medida ellos mismos se han creado, es que deben ir aterrizando todos esos principios en un ambiente convulso de revueltas y motines. El resultado es que ellos serán los primeros en violar uno tras otro todos los puntos de la declaración.

AG
Volvamos a la cronología. La Asamblea Nacional comienza a redactar la constitución el 9 de julio, dos días antes de la toma de la Bastilla. En ese punto todo se acelera, pero no tanto en la Asamblea como en la calle. Es la calle la que empieza a tirar de la Asamblea y a finales de agosto, en unas jornadas agotadoras, alumbran los 17 puntos de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. No fue nada sencillo porque más de mil personas de diferentes tendencias tenían que consensuar rápidamente un documento. Esa declaración será la base de un nuevo régimen que sustituya a otro que tiene un milenio de antigüedad. No parece gran cosa, es un programa mínimo, aunque concebido como una declaración de máximos. En este aspecto tratan de actuar como los revolucionarios estadounidenses que catorce años antes redactaron primero la declaración de independencia y luego, ya con mucha más calma, se pusieron con la constitución. Entre medias tuvieron que librar una guerra contra los británicos con la ayuda de franceses y españoles que no escatimaron recursos para perjudicar a Inglaterra. Una vez ganada la guerra sobrevino la paz y la tranquilidad necesaria para dar forma legal a la nueva confederación que transformaría las Trece Colonias en los Estados Unidos de América.

FDV
Aquí guerra no hay, pero sí una sucesión continua de revueltas en París y en las provincias que les impiden concentrarse. Podrían, como decías antes a cuento de la transición española, haber hecho oídos sordos, haberse aislado del ruido e ir desarrollando los principios de la declaración, pero lo que hicieron fue dejarse llevar por los amotinados que dan alas a los más radicales en el seno de la Asamblea. En esta encontramos moderados que abogan por un sistema mixto en el que el

rey todavía retenga ciertas facultades legislativas. Quieren, por ejemplo, que haya un senado cuyos miembros los nombre el rey y que sirva de contrapeso a la asamblea. Esos moderados van siendo poco a poco arrinconados.

AG
Para los diputados de la Asamblea su referente más inmediato es la independencia de Estados Unidos que está muy cerca en el tiempo. La declaración de independencia fue en 1776, la guerra dura hasta 1783, la constitución no adquiere su forma final hasta 1787 y entra en vigor en marzo de 1789, es decir, solo cinco meses antes de los hechos que nos ocupan. Aparte del ejemplo estadounidense, muchos de ellos son gente leída que conoce lo que pasó en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVII con la revolución de Cromwell primero y la Gloriosa después que establece una monarquía parlamentaria que restringe el poder real. Esos moderados tienen donde mirar, tienen dos ejemplos exitosos a mano, uno al otro lado del canal de la Mancha y otro allende el océano. Los moderados no son ni mucho menos un grupo pequeño, como decía antes, el grupo de asambleístas a quienes no les incomoda la figura del rey es mayoritario. Pero, aunque son más, no consiguen hacer valer su ventaja.

FDV
Tiene lógica, a diferencia de lo que pasó en Inglaterra no están negociando con el monarca, a quien ya han arrebatado sus poderes. El rey queda excluido como contraparte desde el principio. No hay un tira y afloja entre la Corona y el parlamento como había ocurrido en Inglaterra. Desde el mes de junio ellos ya son el poder. El rey es un simple monigote recluido en Versalles con el que nadie cuenta para nada.

AG
Tratemos de meternos en la mente de aquella gente. Ellos no saben lo que han puesto en marcha y las consecuencias que tendrá. Desconocen el efecto que sus actos tendrán en el futuro, que la revolución terminará en un baño de sangre y que la monarquía será primero abolida y luego, solo diez años después, reinstaurada con un

emperador, Napoleón Bonaparte, que en esos momentos es un joven oficial de artillería completamente desconocido. Tampoco saben que los revolucionarios de los dos siguientes siglos buscarán en ellos inspiración. Solo tienen dos casos de estudio: el británico y el estadounidense. El segundo es muy reciente y algunos de ellos como La Fayette lo conocen de cerca porque han estado allí tratando personalmente a los revolucionarios. El primero es más lejano en el tiempo, pero saben que el de Inglaterra es un monarca pactista, un tipo que gobierna junto al parlamento, y más le vale porque de lo contrario le pueden rebanar el pescuezo como le pasó a Carlos I en 1649.

FDV
El modelo británico parece de primeras más atractivo porque la revolución de 1688 permite una transición más amable, pero queda demasiado lejos y solo lo conocen de leídas. El de Estados Unidos se les antoja más interesante. Si bien es cierto que han librado una guerra contra la metrópoli, al final esa élite de colonos que pusieron en marcha la independencia es la que ha terminado por gobernar y dar forma al nuevo estado. No se han producido apenas revueltas populares y una vez conseguida la victoria todo ha marchado como la seda. Los mismos que encienden la mecha de la rebelión son los que redactan la constitución y los que pasan a convertirse en presidentes de la confederación.

AG
En este punto de la revolución figuras como La Fayette son claves porque saben lo que el resto solo imagina, pero pronto se ve superado por los acontecimientos. Conforme van pasando los meses los radicales exigen más y los moderados se pliegan a esas reclamaciones.

FDV
Eso por no hablar de que la Francia de 1789 es mucho más parecida a la Inglaterra de 1688 que a las Trece Colonias de 1776. Tenemos un monarca, una nobleza bien establecida, un orden de cosas que ha durado siglos. Las Trece Colonias son muy recientes, la más antigua de todas ellas, la de Virginia, no tiene ni dos siglos. No hay aristócratas

en América. Los colonos pueden ser más o menos prósperos a título individual, pero todos forman parte del pueblo llano. A excepción de los esclavos, los colonos británicos en América son iguales entre ellos. Prácticamente todos eran propietarios de haciendas de mayor o menor tamaño y abundaban las tierras vírgenes en espera de ser colonizadas. Las diferencias eran abismales.

AG

Pero no las supieron ver. Se identificaron alegremente con los padres fundadores. Algo parecido les sucederá a los libertadores hispanoamericanos veinte años más tarde cuando toman Estados Unidos como modelo a seguir. Las estructuras sociales de la América hispana no eran las mismas que las de las Trece Colonias, pero a gente como Bolívar o San Martín les pareció que el ejemplo era perfectamente trasladable del norte al sur del continente. Esto es algo que no hemos aprendido en nuestros días. Se siguen importando sistemas políticos como si solo bastase con eso. Hace unos años, coincidiendo con la guerra de Irak, George W. Bush aseguró que su intención era llevar la democracia a aquel país y a todo Oriente Medio. Parecía que iba a ser muy sencillo. Bastaba con derrocar a dictadores como Saddam Hussein y colocar en su lugar un sistema político inspirado en el de Estados Unidos con su presidente democráticamente elegido, su parlamento y sus tribunales de Justicia independientes. Como era de esperar, no funcionó. En los emiratos del golfo Pérsico por presiones occidentales se han llevado a cabo reformas, pero son cosméticas. ¿Quieren ustedes un parlamento, un consejo de ministros, un tribunal supremo? No hay problema, crean las instituciones con ese nombre, pero a los miembros del parlamento los nombra directamente el emir, los ministros son sus primos y el presidente del supremo su tío. Se queda la estructura política previa, pero con nuevos nombres y etiquetas. Ese tipo de traslación es en la que creía la Asamblea Nacional y, como era previsible, fracasó porque no habían tenido en cuenta otras cosas como las diferencias evidentes que había entre el caso estadounidense y el suyo.

FDV

Volvamos sobre la Declaración de los Derechos del Hombre y del

Ciudadano. Esa es la base de la constitución que están preparando, una especie de adelanto. Detengámonos en el título: del Hombre y del Ciudadano. No se refieren, como es obvio, al hombre de sexo masculino, sino al ser humano. Están convencidos de que su modelo es universal, que no vale solo para Francia, sino que pueden exportarlo al resto del mundo. Esto es importante porque a los revolucionarios ingleses de 1688 les basta con que el rey se avenga a razones y respete las prerrogativas del parlamento. A los revolucionarios franceses de 1789 les preocupa toda la humanidad. Algo así tiene consecuencias porque no es una solución para un problema francés, es algo aplicable a todo el mundo. Pronto la revolución empieza a exportarse más allá de Francia. Las noticias de la revolución se extienden rápido por toda Europa, saltan el Atlántico y a menudo son franceses quienes llevan esas ideas consigo y las propagan. El último acto de la revolución, el que escribe Napoleón Bonaparte, consiste en exportar una parte nada desdeñable de esos ideales que empujaron a los revolucionarios por toda la Europa conquistada.

AG

El otro término empleado es el de «ciudadano» en un país donde los que vivían en ciudades eran muy pocos, la mayor parte de la población francesa residía en el medio rural. Pero, como en el caso de Hombre, por Ciudadano no entienden al habitante de una ciudad como París, Marsella o Burdeos, sino al ciudadano romano, el «civis» que era libre y que se asociaba con otros hombres libres para organizarse políticamente. En la Revolución Francesa se produce la revitalización de un modelo teórico, el de la democracia griega, y, sobre todo, el de la República romana que impregnará todo el proceso. No es casual que cuando reinventan el calendario en 1793 bautizan a casi todos los nuevos meses (pluvioso, floreal, termidor, fructidor o ventoso) con nombres tomados del latín y del griego.

FDV

Voy más lejos, regresando a los paralelismos entre la independencia de Estados Unidos y la Revolución Francesa de los que hablábamos antes, los colonos ingleses apelan a Dios y a la ley natural como su fuente de derecho, los revolucionarios franceses fundamentan lo suyo

en el derecho romano. A Dios no hacen referencia en toda la declaración, años más tarde se referirán a él con el extravagante término de «Ser Supremo». Los estadounidenses están dirigiéndose a él permanentemente, tanto que el lema oficial de los Estados Unidos es «In God We Trust» (confiamos en Dios). La idea que quieren transmitir con eso en Francia es que no necesitan a Dios, que ellos solos pueden organizarse y hacer las leyes.

AG
En la declaración de independencia de Estados Unidos se apela al creador desde las primeras líneas cuando dice:

> Sostenemos como evidentes estas verdades: que los hombres son creados iguales; que son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

En la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano el primer punto no habla de creación, sino de nacimiento: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales solo pueden basarse en la utilidad común». Los franceses no hablan de búsqueda de la felicidad, los estadounidenses sí. Los franceses, en cambio, hablan de la utilidad común, es decir, del bien común, no del bien individual condensado en la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. La fuente de legitimidad es, como puede leerse en el tercer punto, la nación, un ente colectivo al que los colonos rebeldes ignoran porque el centro de su reclamo es individual.

FDV
La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano establece un marco legal que, como comentábamos antes, parece razonable. Se contempla la libertad, el respeto por la propiedad privada y la posibilidad de rebelarse contra un tirano. Todo bajo el imperio de la ley, por lo que se convierte en necesario crear un conjunto de leyes que han de ser respetadas por todos.

AG
Esto es muy visible en dos principios clave: la libertad de expresión (puntos décimo y undécimo) y la presunción de inocencia (punto

noveno). La presunción de inocencia es algo que en el siglo XXI sigue siendo cuestionado cuando se realizan esos juicios populares en las redes sociales o mediante turbas callejeras. Uno de los elementos indispensables de una democracia liberal es que eres inocente hasta que no se demuestre lo contrario ante un tribunal con todas las garantías procesales. Respecto a la libertad de expresión, también genera problemas pronto porque esa libertad cuenta si puedes manifestarte públicamente contra el poderoso y no te lo pueden impedir. Ahí pronto naufragan porque no consienten que nadie se exprese contra la propia revolución y los bandazos que va dando en una dirección y otra.

FDV
Pero lo realmente novedoso de la declaración es esa fuente de soberanía a la que aluden en el tercer punto: la soberanía nacional. Una vez han eliminado al rey como fuente primera de legitimidad aparece un nuevo ente político que ya existía previamente, pero que va a adquirir una carta de naturaleza distinta: la nación. La nación es el núcleo de todo lo demás cuando se afirma «ningún individuo, ni ninguna corporación pueden ser revestidos de autoridad alguna que no emane directamente de ella». Aquí aparece el problema. Decir nación es fácil, lo difícil es definirla de forma precisa.

AG
En la práctica veremos que el concepto de nación se emplea de forma excluyente. Cuando toca definir qué individuos forman parte de la nación y cuáles se quedan fuera, un principio aparentemente tan fraternal y hermoso empieza a hacer aguas. ¿Quiénes conforman la nación francesa?, ¿los que hablan francés?, ¿los que además de lo anterior son de confesión católica? Eso variará en función del momento. Los católicos en principio son acogidos, pero luego rechazados. Un sacerdote que ha aceptado la Constitución Civil del Clero será aceptado en la nación, el que no lo haga se quedará fuera. Lo mismo con aquellos que no abandonen sus costumbres y lenguas tradicionales y empiecen a expresarse y escribir en francés. Esta idea de nación excluyente se desarrollará en los nacionalismos de los siglos XIX y XX. Si algo caracteriza a los nacionalistas es que inmediatamente

excluyen, dicen abiertamente que la nación es su propia causa, ellos y los que están en la misma onda, el resto queda fuera. Eso empieza con los revolucionarios franceses que irán adaptando el concepto de nación a sus necesidades políticas otorgando o retirando la nacionalidad, es decir, la inclusión en la comunidad política.

FDV
El término nación, como bien apuntas, ya existía desde antiguo, pero es en este momento cuando se convierte en la base de todo. Antes de eso en un territorio dado había una población con una serie de pautas culturales comunes, que era, en definitiva, lo que les definía como nación diferenciada, pero ese hecho no tenía consecuencias políticas. El rey de Francia reinaba sobre gentes de diferentes lenguas sin que nadie se ofendiese por ello. Lo mismo sucedía con el de España, el de Inglaterra o el emperador del Sacro Imperio. Los Habsburgo españoles durante siglos habían tenido súbditos que hablaban idiomas de lo más variado como el castellano, el italiano, el portugués, el catalán, el neerlandés o incluso el francés en el Franco Condado, pero eso era un detalle sin importancia. No existía un vínculo entre nación como hecho cultural y estado como hecho político. Es en este momento cuando ambos se fusionan.

AG
El estado nación, efectivamente, nace aquí y es un invento tremendamente excluyente, ya que solo se puede pertenecer a una nación que está forzosamente obligada a convertirse en un estado. La nación pasa a ser algo político delimitado desde arriba, algo que los revolucionarios franceses emplean en su beneficio. Si alguien no está a favor de la revolución se le retira la condición de francés, pues para serlo hay que ser antes revolucionario. Eso se mantiene en nuestros días. Ahí tenemos el caso de esos cubanos que emigran a Estados Unidos o a España y se establecen allí. Si una vez en el exilio van abiertamente contra el régimen cubano, su gobierno les retira la nacionalidad y su propaganda asegura que no son verdaderos cubanos. Algo similar sucedía en la España de Franco, el que no estaba a favor del franquismo no solo no era español, era antiespañol. En la Cataluña de nuestro tiempo a aquel que no está a favor de la independencia, los

nacionalistas le tachan de colono, es decir, de no catalán. No importa que tenga ocho apellidos catalanes y hable el idioma a la perfección.

FDV
La nación como única fuente de legitimidad. Es algo que no deja escapatoria porque la nación es un concepto en origen ascendente, pero que lo reinterpretan como descendente. Es el de arriba el que define lo que es la nación y esa definición puede cambiar en cualquier momento y adoptar distintas formas. Este es uno de los dos grandes pecados de la Revolución Francesa. El otro es la centralización. El proceso de centralización lo primero que crea es una burocracia muy densa que hasta ese momento no había existido, los asuntos se resolvían a escala local y rara vez llegaban hasta Versalles, que desde Luis XIV había sido el centro del poder político en Francia. Pero la burocracia es *peccata minuta* al lado del principal inconveniente de la Revolución Francesa: la centralización, es decir, la concentración de todo el poder ya sin contrapesos en un solo lugar. Ese lugar puede ser capturado por un dictador o por un partido. Cuando se centraliza en exceso es fácil deslizarse hacia la tiranía. Eso en Francia lo pudieron experimentar rápido con el advenimiento de Maximilien Robespierre primero y Napoleón Bonaparte después.

AG
Dejan una herencia envenenada porque cualquiera puede quedarse fuera de la comunidad política con redefinir qué es la nación. Esa nación política se sobrepone sobre el sentimiento de pertenencia y es exclusivista, solo se puede estar dentro de una nación a pesar de que sentimientos nacionales podemos tener varios. El poder centralizado y sin contrapesos convierte ese sentimiento en un hecho político inmutable. Hablaba antes de los cubanos, los españoles en el franquismo o los catalanes en nuestro tiempo, pero vale también hacer un paralelismo con la Segunda República en España. Cuando se proclamó en 1931 se prohibió ser monárquico, todos los que lo fuesen quedaban fuera de la comunidad nacional porque el régimen era republicano y solo los republicanos podían participar en política.

FDV

Es una idea muy dañina que ha provocado muchísimo dolor en los dos últimos siglos. Si lo pensamos fríamente no tiene sentido confundir algo perfectamente definible y delimitable como es el estado, que no es más que la administración, con algo mucho más difuso como es la nación. Eso nos ha llevado a debates estériles, algunos de ellos históricos. Hace no mucho se discutía acaloradamente si Fernando de Magallanes era español o portugués. Lo que él se considerase no le impidió emplearse para el rey de Castilla y Aragón, que fue quien financió su viaje a la especiería en 1519. Lo mismo puede decirse de Ambrosio Spínola, el general genovés que aparece en *La rendición de Breda* de Velázquez. ¿Era italiano, genovés o español? A él no le importaba, trabajaba para los reyes de España, que eran buenos jefes y le pagaban bien. No había nada que impidiese a un genovés trabajar para un monarca español. Si le tuviéramos delante y se lo preguntásemos seguramente arquearía las cejas y nos diría que estamos tratando de encasillarle en unas categorías que él no entiende y que, además, le parecen absurdas. Si miramos lo que está ocurriendo a mediados de siglo XVIII en los Países Bajos nos choca porque el mejor general español era un italiano. Todos sabían que era italiano, pero no había problema en ello. Hay un ejemplo todavía mejor que es del mismo siglo XVIII, solo unas décadas antes de la Revolución Francesa: el de James Fitz-James Stuart, más conocido como el duque de Berwick. Era un hijo bastardo que Jacobo II de Inglaterra había tenido con Arabella Churchill, la hermana del duque de Marlborough. Por ello le dieron el ducado de Berwick, el gobierno de la ciudad de Portsmouth y le nombraron caballero de la orden de la Jarretera. Más británico imposible, pero con la caída de los Estuardo se marchó a Francia y allí se puso al servicio de Luis XIV, que le nombró mariscal de Francia. Poco después llegaría a España y se convertiría en uno de los mejores generales de Felipe V, tanto que, en agradecimiento por su papel en la guerra de Sucesión fue ennoblecido en España con otro ducado, el de Liria y Jérica, y la orden del Toisón de Oro. Berwick no veía conflicto alguno en haber nacido británico y sentirse como tal, pero al mismo tiempo emplearse en el campo de batalla al servicio de los reyes de Francia o España.

AG

Esto es fundamental entenderlo porque tras la Revolución Francesa ese concepto de nación, una cosa tan amplia se convierte en un corsé. Este error intelectual del artículo 3 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano ha tenido un recorrido larguísimo y funesto. Lo que consiguen los revolucionarios es hacer realidad el sueño del cardenal Richelieu y de Luis XIV. Es curioso porque cuando lees la declaración y su reconocimiento de una serie de derechos como el de expresión, el imperio de la ley o la presunción de inocencia lo primero que piensas es que eso es lo opuesto a la monarquía absoluta de Luis XVI, pero es que al día siguiente de la declaración todas esas buenas intenciones ya eran papel mojado. El elemento clave de esa declaración no es la libertad de expresión o la presunción de inocencia, sino la nación. En nombre de eso mismo, de la nación política, todo estará justificado, como se pudo ver no mucho después.

FDV
La Asamblea Nacional se pone entonces a elaborar un cuerpo legal nuevo, precioso, admirado por todo el mundo. Se habían hecho con todo el poder, habían legislado como posesos en agosto y promulgado los Derechos del Hombre y del Ciudadano, pero los problemas que originaron el descontento seguían ahí. A principios de octubre hubo una gran manifestación frente al ayuntamiento de París que derivó en una marcha multitudinaria hacia el palacio de Versalles en la que las mujeres llevaban la voz cantante. Este es otro de los episodios más conocidos y celebrados de la Revolución Francesa.

AG
Es normal que las que saliesen a la calle a protestar fuesen las parisinas. Eran ellas las que se encargaban de alimentar a sus hijos, que solían ser muchos, y no tenían nada que llevar a casa. Se percatan entonces de que llevan ya unos cuantos meses de revolución en los que los nuevos políticos les han prometido de todo, pero nada ha cambiado, siguen pasando penurias. Eso les lleva a preguntarse de qué está sirviendo toda aquella agitación de los meses precedentes y los cambios legales que ha aprobado la Asamblea Nacional. Inicialmente se dirigen hacia el gobierno de la ciudad, hacia la Comuna, que está en la plaza de Grève, pero se dan cuenta que no es allí donde se

deciden las cosas. En París han ido abriéndose muchos clubes de debate político y proliferan los periódicos y las octavillas propagandísticas, pero la Asamblea Nacional sigue estando en Versalles, por eso marchan hacia allá.

FDV
En Versalles está la Asamblea Nacional y el propio monarca, que ha perdido ya todos sus poderes. Es curioso que piensen en el rey, pero los cambios han sido muy rápidos y en su imaginario la figura de la Corona sigue presente. Si algo marcha mal tienen que pedirle explicaciones a él y eso mismo es lo que hacen. Junto a ellas marcha la Guardia Nacional, ese nuevo ejército que también hace las veces de policía que acaban de crear y que comanda el marqués de La Fayette.

AG
Esto tiene un coste para La Fayette. Es el jefe de la Guardia Nacional y eso le obliga a salvaguardar la vida del rey. En esas dos jornadas de Versalles, La Fayette arruina una parte del crédito que tanto le había costado ganar. Hasta ese momento era un referente porque en él se daban cita varios elementos. Por un lado, era un militar victorioso, por otro un aristócrata comprensivo y reformista y, por último, un tipo con indudables dotes organizativas. La marcha a Versalles le pone en un brete, ya que le obliga a no estar ni del lado de la monarquía ni del de los revolucionarios más radicales que tratan de capitalizar la marcha como ya lo habían hecho con la toma de la Bastilla. La marcha se desmanda y la turba hace algo impensable solo un par de meses antes: asaltar el palacio de Versalles, emblema mismo del poder real desde que Luis XIV lo mandase construir siglo y pico antes. La Fayette, que conoce bien Versalles, entra en la habitación del rey y le pide que se traslade a París porque la revolución se ha vuelto a poner violenta.

FDV
De nuevo un motín que pone en marcha nuevos acontecimientos y acelera otros que ya estaban produciéndose.

AG
La revuelta callejera como motor de los acontecimientos, lo mismo

que con la Bastilla en el mes de julio. Pero esta vez el motín consigue arrastrar consigo hasta París a la Asamblea Nacional y a la propia Corona, que regresa a la ciudad de la que había huido Luis XIV en el siglo XVII.

FDV
Correcto. Una de las razones por las que el tatarabuelo de Luis XVI decidió llevar la corte a Versalles, una pequeña localidad a poco más de 20 kilómetros al suroeste de París, fue que la ciudad no daba más que disgustos al rey. París era un lugar levantisco y propenso a las revueltas. El propio Luis XIV había enfrentado siendo niño la revuelta de la Fronda, que estuvo protagonizada por los nobles, pero también una revuelta urbana. Mazarino, temeroso de que los amotinados acabasen con la vida del joven monarca, decide que se traslade al castillo de Vincennes, una fortaleza medieval a diez kilómetros al este de París. No era el primer rey que lo hacía. Luis XIII ya se había puesto a salvo allí de la agitación parisina en 1610 tras el asesinato de su padre. El propio Luis XIV terminó encontrando atractivo su refugio y años después encargó a su arquitecto Louis Le Vau que ampliase el palacio añadiendo un pabellón para el rey y otro para la reina.

AG
Ese, de hecho, es el origen de la operación que da lugar al gran complejo de Versalles. Ya no se trataba de un simple palacio de recreo a las afueras para refugiarse en momentos complicados, sino de una pequeña ciudad palatina a una distancia prudencial de París, pero lo suficientemente alejada por si la ciudad enloquecía por completo y la real persona peligraba.

FDV
El regreso de Luis XVI es forzoso, no le dan otra opción, tiene que abandonar Versalles y dirigirse a París en una carroza acompañado por los mismos amotinados que acaban de asaltar el palacio. El contenido simbólico de este acontecimiento es enorme.

AG
Sí, porque muchos revolucionarios, especialmente los que

protagonizan los motines, están convencidos de que por el hecho de llevarse el rey a París se están llevando a quien tiene la capacidad de cambiar las cosas cuando la realidad es que, a esas alturas, Luis XVI ya ha perdido esa capacidad, es un pelele mecido por los acontecimientos. La Asamblea también se va a París y continúa con sus sesiones allí, pero en el imaginario de muchos parisinos el rey sigue siendo el rey, mientras que la Asamblea es una institución que aún no saben bien cuál es su cometido y que entienden sometida al monarca. En ese instante Luis XVI advierte que todo lo que ha hecho hasta ese momento no ha servido de nada. Ha ido asumiendo órdagos, se ha puesto la escarapela tricolor, ha reconocido la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, se ha resignado a dejar de ser rey de Francia para serlo de los franceses. Ninguna de esas concesiones ha valido para calmar los ánimos y reencauzar la situación. Tendrá que seguir haciendo todas las concesiones que le exijan y empieza a ser consciente de que puede perder la cabeza con cualquiera de los bandazos que da la calle.

FDV
No iba desencaminado como luego se verá. Tenía razones sobradas para pensar en lo peor. Suele pensarse que Luis XVI es el primer rey europeo en perder la cabeza, pero eso no es cierto. Como ya hemos comentado, siglo y medio antes, en 1649, Carlos I de Inglaterra había sido decapitado en el palacio de Whitehall y tras ello se proclamó una república. Esta ejecución tuvo mucho impacto en toda Europa. Los reyes podían perder una guerra, incluso ser hechos prisioneros, pero se les trataba con el respeto que requería su condición. Con Carlos I ni siquiera permitieron que fuese enterrado en la abadía de Westminster. Todo eso lo sabía Luis XVI, a quien algo de historia, en este caso reciente, le habían enseñado sus preceptores.

AG
No le parecía aventurado pensar que, en un momento de máxima exaltación del pueblo, el rey puede perder la cabeza. A diferencia de Carlos I, que se mantuvo firme hasta el final, Luis XVI había cedido en todo lo que le pidieron, pero su suerte no hacía más que empeorar conforme avanzaban los meses. Se había puesto en una situación muy

parecida a la del zar Nicolás II de Rusia tras la revolución de febrero de 1917. Había renunciado a todo el poder, había aceptado incluso su destronamiento y que le encerrasen primero en Tsárskoye Seló, luego en Tobolsk y finalmente en Ekaterimburgo, donde él y toda su familia fueron asesinados por los bolcheviques en julio de 1918. En ese momento, Nicolás II ya no pintaba nada, carecía de poder y no tenía modo de recuperar el que había perdido.

FDV
Las parisinas que entran en Versalles aquel día no solo buscan al rey, también quieren encontrarse con la reina María Antonieta a la que odian con toda su alma. Esto ya lo comentábamos antes. La reina era objeto de vilipendios por parte de las clases populares. La acusaban de ser una derrochona, una ninfómana y, para colmo de males, austriaca. La consideraban responsable de todos sus males, habían proyectado en ella sus problemas privados y, aunque al rey le seguían guardando algo de respeto, no sucedía lo mismo con la reina. María Antonieta era el chivo expiatorio perfecto. Creían que era una mujer autoritaria que manipulaba y engañaba a un hombre débil como Luis XVI. Vivía, como cualquier reina de la época, rodeada de lujos y sirvientes en un gran palacio. Frente a eso se miraban a sí mismas vestidas con harapos y con serias dificultades para alimentar a su numerosa prole.

AG
Son esas mujeres las que asaltan el palacio, recorren sus habitaciones y luego se encargan de escoltar a la carroza real de vuelta a París. Una vez allí los alojan en el palacio de las Tullerías, una antigua mansión levantada por Catalina de Medici en el siglo XVI que había sufrido algunas ampliaciones para unirlo con el Louvre, pero que era mucho menor que Versalles. El de las Tullerías es un palacio hoy desaparecido porque durante la Comuna de París fue incendiado y lo derribaron. Aquí hay un detalle importante. Se los llevan a las Tullerías y no al Louvre que está muy avejentado. Acaban de asaltar Versalles, le han obligado a trasladarse a París, pero no le instalan ni en el Louvre, ni en el viejo palacio de la Cité, sino en las Tullerías, que es lo mejor y más vistoso que tienen en París. En ese momento descubren, por ejemplo, que el rey, a quien no han visto más que en el

anverso de las monedas y quizá de lejos en algún acto público, es un tipo gordito, apocado y pacífico completamente superado por los acontecimientos. Deciden que debe conservar algo de la dignidad real y le entregan el mejor palacio de la ciudad, el que en mejores condiciones se encuentra.

FDV
Tras la llegada de los reyes a la jaula de oro de las Tullerías la situación en París se calma, entre otras cosas porque la Guardia Nacional de La Fayette es dueña y señora de aquello. Pero no sucede lo mismo en las provincias, allí empiezan a proliferar los problemas, ya que todos los funcionarios del régimen anterior han sido cesados de forma fulminante y no se ha creado aún una administración alternativa eficiente. Esto ocasiona malestar porque la revolución es pródiga en proclamas y en episodios gloriosos, pero ni da pan ni permite que, con sus vaivenes, se resuelvan los problemas del día a día.

AG
Tras la marcha sobre Versalles, la Asamblea Nacional ya instalada en París teme que el resto del país se incendie por cualquier nimiedad. El proceso acumula ya varios meses y en provincias se está al tanto de todo lo que ha ido ocurriendo en París. La Asamblea actúa entonces como lo había hecho durante el verano. Se ponen a legislar como locos con la intención de tranquilizar a la bestia revolucionaria. Sucede exactamente lo mismo que tras la toma de la Bastilla o el Gran Miedo. Cada vez que ocurre algo en la calle, los asambleístas se ven obligados a tomar decisiones arriesgadas para evitar que vuelva a armarse. Las noticias del regreso del rey a París recorren Francia a toda velocidad. En apenas unos días han alcanzado todos los rincones del reino. Esa revuelta se extiende por las provincias, pero ya es poco lo que pueden ofrecer. Han desposeído al rey de sus poderes, le han obligado a establecerse en París, han tomado la cárcel real de la Bastilla, han asaltado el palacio de Versalles, se han puesto con una nueva constitución de la cual ya han promulgado un adelanto con los Derechos del Hombre y del Ciudadano, han abolido el régimen señorial, han desarticulado la administración regional…, pero el

malestar se mantiene e incluso se agrava. Necesitan un nuevo chivo expiatorio que esta vez será la Iglesia católica. Si antes se habían concentrado en la Corona y en los nobles, a quienes les habían quitado todos sus poderes y privilegios, ahora se concentrarán en el brazo eclesiástico. Se ponen a legislar para ir desmontando el poder de la Iglesia.

FDV
Se decantan por una solución aparentemente fácil, la de desamortizar los bienes eclesiásticos. Los diezmos ya habían sido abolidos con los decretos de agosto, así que solo les queda ir a por la estructura en sí misma. Empiezan rápido, menos de un mes después de la marcha sobre Versalles. La idea es que si lo que aflige a los revoltosos son los problemas económicos y la escasez de pan, tomémoslo de la Iglesia, que tiene los graneros llenos. No era cierto, la Iglesia francesa no tenía precisamente los templos y abadías rebosantes de comida porque la crisis alcanzaba a todos, pero la iniciativa sonaba bien y la ponen en marcha. Las soluciones mágicas e inmediatas a problemas reales es algo muy típico de todas las revoluciones desde entonces. Si, aunque la revolución ya esté en marcha, falta algo o no salen las cosas como estaba pensado, se encuentra rápido algo o alguien que cargue con las culpas.

AG
Y no solo los revolucionarios. Recuerda que hoy, en pleno siglo XXI, cada vez que hay una crisis económica y aumenta el desempleo siempre hay alguien que propone expropiar a los ricos para resolver el problema.

FDV
El hecho es que no era la primera vez que se realizaba una desamortización eclesiástica. En el siglo XVI, coincidiendo con la reforma protestante, se llevaron a cabo ambiciosas desamortizaciones en lugares como Alemania, Escandinavia o Gran Bretaña. Pero en aquella ocasión la estructura social asociada a esos bienes desamortizados se mantuvo de una u otra forma. Esta vez es diferente.

AG

Diferente y en ocasiones dramático. Tenemos una idea equivocada de las desamortizaciones contemporáneas. Recuerdo cuando era un adolescente y me explicaron la desamortización en España, que es muy posterior, no llegaría hasta después de la muerte de Fernando VII. Nos decía el profesor que era necesario desamortizar porque la tierra en manos de la Iglesia era de manos muertas, es decir, permanecía inculta sin producir nada. Aquello me espantaba, pensaba que, en torno a los pueblos, había miles de hectáreas improductivas mientras los habitantes de la comarca pasaban necesidad. La Iglesia había ido recibiendo generación tras generación muchas parcelas que luego condenaba al olvido y dejaba sin cultivar. Pero eso no era necesariamente así. Vemos las desamortizaciones de un modo excesivamente simplificado. La Iglesia podía no poner en cultivo aquellas tierras, pero lo normal es que se cosechase en ellas mediante una serie de redes locales de tipo caritativo. La Iglesia podía arrendar esas tierras a bajo precio o permitir que se pastorease o se recolectasen frutos en sus bosques. De hecho, lo hacía muy a menudo. Al párroco, a fin de cuentas, no le interesaba ver a sus feligreses hambrientos, los pueblos eran pequeños y todos se conocían. A cambio de eso la Iglesia ganaba, naturalmente. Cobraba esos arriendos y el diezmo, es decir, el 10 % de la producción, pero el sistema funcionaba. Recordemos que hoy solo el IVA es el 21 %, a lo que hay que sumarle varios impuestos más.

FDV

Pero es que no tenían la intención de que los aldeanos hiciesen cálculos, sino legislar como ya habían hecho con los derechos señoriales. Veíamos antes que su abolición trajo problemas en el corto plazo, con esto viene a suceder lo mismo. Al expropiar los bienes de la Iglesia eliminan una red existente desde hacía siglos y a cambio no se ofrece nada, dejando desasistidos a muchos campesinos que vivían de cultivar esos terrenos. Pero la intención no era ofrecer nada, sino proveerse de fondos. Una vez confiscadas las tierras se tasaron y se pusieron a la venta. Esa misma operación también supo venderse bien. Venderían esas tierras a burgueses acomodados y con el dinero obtenido podrían atender el problema de la escasez de pan. Es una

solución cortoplacista, como casi todo lo que hace la Asamblea Nacional. Con eso podrían resolver el problema del invierno de 1790, pero al año siguiente ya no habría más propiedades eclesiásticas que desamortizar, habían vendido las joyas de la Corona y no tenían más.

AG
Lo cierto es que buena parte de lo obtenido por la venta de tierras se dedicó a costear la nueva burocracia que sustituía a la anterior. De nuevo están poniendo sin advertirlo ladrillos para la reacción. Primero eliminando los derechos señoriales que, como veíamos antes, eran a menudo sistemas de arbitraje. Luego confiscando bienes a la Iglesia, eliminando así el sustento de los más humildes que tenían que recurrir a eso para poder comer algo. Toda esa gente a la vuelta de dos o tres años se revolverá contra la revolución que no ha hecho más que prometer y no ha entregado nada. Esta es la misma gente que, antes de la revolución, si tenían un problema con un vecino recurrían al arbitraje del señor, que era rápido y sin coste. Si no les llegaba para comer el párroco les arrendaría una tierra que la Iglesia tuviese en las cercanías del pueblo. Dos años más tarde esas redes de seguridad las han perdido y no hay nada en su lugar.

FDV
Pero el día que se anunció en la Asamblea Nacional y lo llevaron en portada los periódicos revolucionarios de París parecía una gran idea. Basta con quitar a los obispos esas tierras en manos muertas y meterlas en el mercado. Se consiguen rápidamente nuevos ingresos que se gastan casi a la misma velocidad que se obtienen.

AG
Pero no se quedan ahí. Observan que la campaña contra la Iglesia puede dar mucho más de sí. La desamortización se produce en noviembre de 1789. En febrero de 1790 ordenan la disolución de las órdenes religiosas. Muchas de esas órdenes son contemplativas, frailes recluidos en sus monasterios dedicados al rezo. Consideran que eso no tiene sentido económico para el estado. Los frailes tan solo oran y recogen donaciones de fieles que quieren que sigan orando por su alma. Ese dinero no les parece bien empleado, así que lo mejor es

eliminar la orden. Quedan las otras órdenes, las dedicadas a la caridad o la educación, pero a menudo el límite entre unas y otras es muy difuso, así que acuerdan suprimirlas todas. Ahí surgen problemas que no habían tenido en consideración antes de dar el paso. Las órdenes caritativas eran el último recurso para los más pobres. De un día para otro todos esos necesitados se quedan huérfanos. Los conventos de monjas en los que repartían sopa cierran sus puertas. ¿Alguien se acuerda de todos aquellos mendigos? No, no es algo que les quite el sueño. En resumidas cuentas, que no solucionan nada y crean un problema que se añade a los que ya existían.

FDV

Esto ya se habló en *La reforma que no fue*, nuestro anterior libro, cuando comentábamos cómo había reaccionado el catolicismo en Francia para combatir a los hugonotes. Empezaron a aparecer órdenes caritativas dedicadas a hacer buenas obras, que era algo en lo que se insistía mucho para diferenciarse de los protestantes. Esas órdenes estaban ya muy bien establecidas y llegaban a todos los rincones de Francia, pero desaparecieron de un día para otro porque los revolucionarios han creado un sistema político piramidal y descendente sin contrapesos. En cualquier otro momento anterior hubiera sido algo mucho más difícil porque ya hay precedentes muy cercanos. En 1763 los jesuitas fueron expulsados de Francia. No lo hizo el rey, sino el parlamento de París, adonde había llegado el caso de un jesuita francés llamado Lavalette que había quebrado una sociedad mercantil en la colonia de Martinica. Los acreedores acudieron a reclamar la deuda a Francia, al parlamento de Ruán. Pero no exigían a Lavalette que devolviese lo que les debía ya que era insolvente, sino a la Compañía de Jesús. El parlamento, que era antes de nada un tribunal de Justicia, concluyó que los jesuitas, a pesar de que llevaban dos siglos allí, no podían estar en Francia porque no existía ningún decreto real que lo autorizase. El rey, Luis XV en aquel momento, simpatizaba con los jesuitas porque su preceptor, el obispo Fleury, era muy cercano a la orden, pero de nada sirvió. El parlamento de Ruán los declaró fuera de la ley y tras él hicieron lo propio los de París, Rennes, Toulouse, Dijon y unas cuantas ciudades más. El rey terminó aceptándolo contra su voluntad y decretó la expulsión. El

proceso entero llevó tres años y, aun así, algunas regiones como Alsacia, el Franco Condado o Lorena se negaron a aceptar la expulsión.

AG
Pero es que en esa época los contrapoderes todavía funcionaban. El rey podía querer algo, pero entre los nobles, la Iglesia y los parlamentos regionales eran capaces de doblarle la mano. Con todo, lo de la supresión de las órdenes religiosas fue un asunto menor al lado de lo que llegaría en el mes de julio con la Constitución Civil del Clero, que es la nacionalización de la Iglesia católica en Francia. Esta vez la justificación que buscan es que la Francia revolucionaria tiene un enemigo externo, una quinta columna que trabaja para un poder extranjero, el papa, con agentes dispersos por todo el país que en cualquier momento pueden activarse e ir contra la revolución. Esos agentes representan, además, la reacción y una serie de valores que van contra el progreso y todo lo que dice encarnar la Asamblea Nacional. Para resolver el asunto, y como no pueden pasarlos a todos por las armas o expulsarlos como se había hecho con los jesuitas treinta años antes, los convierten en funcionarios del estado.

FDV
Pero a los funcionarios hay que mantenerlos con cargo al erario, que estaba muy perjudicado. La supresión de las órdenes religiosas y la desamortización había dejado dinero en sus manos. Poco antes se habían apropiado de todas las propiedades de la Corona. Pero eso no les dejó dinero en efectivo, sino un patrimonio inmenso pero no líquido, ya que todo lo que había caído en sus manos eran tierras e inmuebles a los que había que ir dando salida en el mercado. En ese punto se les ocurre otra idea supuestamente genial que terminó de forma horrorosa: los asignados. Decidieron volver al papel moneda, algo que en Francia ya se había experimentado con resultados desastrosos durante la regencia de Felipe de Orleans en 1716. Un aventurero escocés llamado John Law convenció al regente de que podía solucionar sus problemas de tesorería emitiendo papel moneda mediante un banco, la Banque Royale, cuya reserva era fraccionaria. Se infló durante años una burbuja de billetes sin respaldo que arruinó

a miles de personas que habían confiado en que mantendrían su valor. Felipe de Orleans salió vivo de milagro y el papel moneda quedó muy estigmatizado. Durante décadas nadie en Francia quería oír hablar de él y hasta el término banco asociado a dinero adquirió connotaciones negativas. Pues eso mismo es lo que hizo la Asamblea Nacional en abril de 1790 cuando, por decreto, creo los asignados. No eran más que títulos de deuda en papel respaldados por los bienes confiscados a los eclesiásticos y a los aristócratas rebeldes. El plan era vender esas propiedades por metal precioso que sostendría el valor de los asignados. Parecía un plan perfecto, sin fisuras, pero pronto comenzó a hacer aguas. La situación política era muy convulsa y la economía marchaba mal por lo que pocos fueron los que acudieron a comprar esos bienes. Un año más tarde la Asamblea volvió a improvisar y convirtió esos bonos en dinero de curso legal que, con los jacobinos, se convertiría en curso forzoso. Todos los pagos tenían que hacerse en asignados cada vez más abundantes porque el gobierno emitía sin cesar para que no faltase liquidez. El resultado final fue que la inflación se disparó y la moneda metálica desapareció del mercado, ya que quien conseguía una la atesoraba. En el momento de su aparición en 1790 la Asamblea había previsto emitir unos 500 millones de libras, pero en 1792 se había emitido cuatro veces más, en 1794 la emisión de asignados se había multiplicado por doce, en 1796 había en el mercado 45.000 millones de libras en asignados, es decir, 90 veces más de lo que se había planeado inicialmente. Para entonces los asignados no valían absolutamente nada y se había instaurado ya el Directorio, que decidió poner fin a aquello.

AG

El experimento, una vez más, no sirvió para nada y empeoró las cosas. Con el caso del cristianismo había, eso sí, un ambiente intelectual previo de rechazo a la religión. Los ilustrados consideraban que el catolicismo era un pozo de superstición y oscurantismo. Pero no solo los ilustrados. Muchos en Francia aceptaban el catolicismo y ellos mismos eran católicos practicantes, pero consideraban que ciertas prácticas de la Iglesia católica eran retrógradas e irracionales. Esas prácticas eran las responsables, en definitiva, de que no se progresase. Bastaba entonces con eliminar esas prácticas y conseguir que una

nueva jerarquía eclesiástica se adecuase a los nuevos tiempos. Recordemos que en los Estados Generales había una cantidad notable de clérigos que estaban por la labor de hacer esos cambios, aunque eran muy conscientes de que tenían colegas renuentes al progreso. Es por ahí por donde rompe. No es que sea una lucha de los revolucionarios contra la Iglesia católica, es una lucha para reformar y someter a la Iglesia católica poniéndola al gusto de los revolucionarios. Aquí encontramos otra diferencia con la revolución en los Estados Unidos, que es eminentemente religiosa. Pero es explicable en tanto que los colonos pertenecen en su inmensa mayoría a iglesias reformadas. Había anglicanos, especialmente en las colonias del sur, pero también muchos puritanos que se habían establecido en las colonias de Nueva Inglaterra. Ciudades como Filadelfia estaban llenas de iglesias, cada una de una denominación diferente: metodistas, bautistas, presbiterianos, *etc.* En todos los casos esas Iglesias no eran un contrapoder ya que estaban total o parcialmente nacionalizadas y su número de fieles no era lo suficientemente grande como para constituir una amenaza. Los pastores anglicanos o evangélicos de Norteamérica eran tanto o más retrógrados que los sacerdotes católicos de Francia, pero no constituían un contrapeso al poder político. El sacerdote católico sí que lo era en tanto que sobre él se levantaba una pirámide jerárquica en cuya cúspide estaba el papa de Roma. Ese mismo papa, Pío VI concretamente, rechazó de plano la Constitución Civil del Clero porque la consideraba herética y cismática. Ordenó a los clérigos franceses que en ninguna circunstancia prestasen juramento. Unos lo hicieron, otros no. A estos últimos se les denominó refractarios y fueron perseguidos.

FDV

De cualquier modo, el elemento religioso tarda en entrar. No comparece ni en los Estados Generales, ni en la toma de la Bastilla, ni en la toma de Versalles, ni en la formación de la Asamblea Nacional, ni en sus primeros decretos. En la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano podemos ver que a Dios ni se le cita, algo que hoy nos parecería normal en una constitución contemporánea, pero estamos en 1879, cuando la práctica totalidad de la población es creyente y practicante. Podrían haberlo incluido como hicieron los

colonos rebeldes de norteamérica en su declaración de independencia, pero prefirieron dejarlo fuera. Solo unos meses después de promulgar la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano cargan contra la religión, pero no por motivos teológicos, sino porque necesitan seguir alimentando a esa bestia amotinada. Una vez se han quitado al rey y a los aristócratas de encima buscan un nuevo enemigo que además es especialmente rico, puesto que a lo largo de los siglos ha acumulado un gran patrimonio.

AG
En las revoluciones que vengan después ya en los siglos XIX, XX y XXI vemos el mismo modo de proceder. La revolución necesita continuamente enemigos externos porque son un pegamento magnífico para los revolucionarios. Ese enemigo no tiene que ser alguien necesariamente impopular. En 1789 no había un sentimiento anticlerical extendido en Francia. Los que tomaron la Bastilla no eran anticlericales, tampoco los que marcharon contra Versalles en octubre. Pero no importaba, para calmar a estos últimos con la idea de que se estaba haciendo algo, la Asamblea se sacó ese conejo de la chistera que les tuvo entretenidos durante meses.

FDV
Aparte de tomarla con la Iglesia, la labor legislativa de la Asamblea Nacional no se detuvo en ningún momento. La redacción de la constitución estaba en marcha y se pusieron a reorganizar el mapa político de Francia. Es en ese momento cuando surgen los departamentos.

AG
La iniciativa de crear los departamentos parte de Sieyès que propone a la asamblea redibujar el mapa de Francia para hacerlo más racional. Nombran un comité y un par de meses más tarde adoptan los departamentos que, por cierto, siguen existiendo con algunos cambios. Quieren que el nuevo mapa se parezca poco al anterior para romper así con la historia. Desmontan de un plumazo toda la organización territorial existente, la que provenía de los viejos condados y ducados, pero también las tierras de ciudades que existían desde la Edad Media y que gozaban de mucha autonomía. Su deseo era romper las

estructuras históricas previas y, por lo tanto, las relaciones históricas que pudiese haber entre estos territorios. Eso les empuja a utilizar como base los accidentes geográficos. París, por ejemplo, estaba flanqueado por los departamentos de Sena y Oise y Sena y Marne, dos ríos de la zona. Toulouse estaba en el de Alto Garona, un río que baja de los Pirineos, Marsella en el de las Bocas del Ródano y Clermont-Ferrand en el de Puy-de-Dôme, un volcán muy famoso ubicado en el corazón de la región histórica de Auvernia. Es la idea de la *tabula rasa*, había que empezar de cero porque todo lo anterior estaba equivocado, también el mapa. Su planteamiento es, como en tantas otras cosas durante la Revolución Francesa, totalmente piramidal. Todos los departamentos tienen una extensión parecida para que ninguno suponga una amenaza al poder central. Es un proyecto ideológico concebido para garantizar el control político de todo el territorio mediante un funcionario. En principio será conocido como síndico y se elegirá a escala local, pero Napoleón lo cambia, crea las prefecturas y se reserva el nombramiento de los prefectos. París tiene por primera vez en la historia de Francia un control directo y efectivo sobre todo el país.

FDV
El cambio en el mapa se aprueba oficialmente ya entrado 1790. En ese momento la revolución se ha consolidado y no tiene vuelta atrás. Ese mismo año se celebra por todo lo alto la toma de la Bastilla el 14 de julio. La propia Bastilla ya ni siquiera existía porque se estaba demoliendo. Parte de sus piedras se emplearon en la construcción del puente de la Concordia, que inaugurarían un año más tarde con el nombre de Luis XVI. Pero Luis XVI pinta ya muy poco. Es esencialmente un prisionero en el palacio de las Tullerías. Para los revolucionarios la toma de la Bastilla es un referente porque, aunque ellos se habían constituido como Asamblea Nacional días antes, es la toma de esta fortaleza la que les legitima y les permite seguir adelante.

AG
Pero, a pesar de las celebraciones del primer 14 de julio, la asamblea está ya muy dividida. Ha pasado un año legislando de forma

precipitada, a golpe de motín y buscando continuamente chivos expiatorios con los que calmar a la calle. Pero esos chivos expiatorios se les agotan y no hay nuevos enemigos externos sobre los que cargar las culpas de que la revolución haya creado tanta inestabilidad a cambio de tan poco resultado práctico. Se ven un año después y observan el camino recorrido. Han elaborado un cuerpo legislativo de nuevo cuño, algo tremendamente novedoso caracterizado por la *tabula rasa* que elimina estructuras administrativas previas, las alternativas que han ido creando son muy centralizadoras, pero no han conseguido arreglar el problema de inicio, que es la crisis económica. Eso sí, advierten algo importante que les anima mucho. Acabaron con los Estados Generales y no pasó nada, eliminaron los derechos señoriales y no pasó nada, han desamortizado los bienes eclesiásticos y no pasó na-
da. Algunos se plantean que pueden seguir reclamando cambios cada vez más radicales y a ver adónde llega todo eso. Ese es el momento en el que los partidos políticos empiezan a conformarse, a adquirir características propias, programas diferenciados y férrea disciplina interna. Los que quieren llevar la revolución más lejos están de enhorabuena porque todo es posible, cualquier debate es aceptable y ese estado de revolución permanente les beneficia, puesto que nadie se atreve a decir hasta aquí hemos llegado y parar la máquina en seco.

FDV

En agosto de ese año se produjo un punto de fractura, un motín en la ciudad de Nancy que el ejército, completamente leal a la revolución, reprime con suma dureza. Esto ocasionó protestas en el sector jacobino de la Asamblea Nacional, algo que sentó muy mal entre algunos oficiales, que deciden dejarlo todo, marcharse del país y engrosar la nómina de los emigrados. Las discusiones entre los revolucionarios eran comunes desde el principio, pero ahora sus posiciones empiezan a ser inamovibles. Han permanecido más o menos unidos durante un año con un programa de acción común, pero eso se acaba. Dado que no tienen frenos, los diputados radicales se plantean que pueden ir más lejos. ¿Qué gran símbolo les queda?, solo uno, el rey. La monarquía estaba desprovista de poderes, pero seguía ahí, recordándoles que la revolución se estaba quedando a medias

mientras Luis XVI y María Antonieta durmiesen en las Tullerías con la Corona sobre sus cabezas.

AG
El rey no es muy listo, pero tampoco completamente tonto. Sabe que el asunto se ha desmadrado y empieza a tomarse en serio la idea de huir del país y ponerse a salvo en los Países Bajos austriacos, donde su cuñado Leopoldo II le puede proteger. Decide dar el paso ya en 1791 aconsejado por unos aristócratas que le recomiendan irse a escondidas, abandonar París en una carroza de incógnito, viajar hacia el norte y cruzar la frontera con Austria. Eso de huir de París no era nuevo. El rey venía acariciando la fuga desde 1789, pero no se atrevía a hacerlo. En 1791 es un prisionero y lo sabe. Unos meses antes, coincidiendo con la Semana Santa, ha tratado de ir a pasar unos días a la cercana Saint-Cloud, pero unos sans-culottes se lo impiden. Tenía la autorización de la Asamblea y el propio La Fayette ordena a los sans-culottes que dejen pasar al rey, pero no obedecen. La Fayette no abre fuego para no empeorar las cosas y pide al rey que vuelva a las Tullerías. Luis XVI sabe también lo que se debate a diario en la Asamblea Nacional, la radicalidad de las posturas de muchos diputados, especialmente las de los jacobinos, que piden abiertamente la proclamación de la república. Es ahora o nunca. Le confeccionan un plan de huida no muy elaborado. Tenía que alcanzar la plaza de Montmédy y
allí ponerse a resguardo tras las tropas del marqués de Bouillé, el mismo que había reprimido el motín de Nancy meses antes. Pero la fuga les sale mal, les reconocen en una pequeña ciudad llamada Varennes, les detienen y les mandan de vuelta a París.

FDV
Esto ocurre en junio de 1791, casi un año después de ese primer aniversario de la toma de la Bastilla. Durante todo ese tiempo la Asamblea Nacional ha estado deshojando la margarita de hacia dónde va la constitución de Francia. Desde que se sentaron a redactarla han pasado ya dos años y sigue sin consensuarse, aprobarse y promulgarse. Las posiciones entretanto no han hecho más que radicalizarse. Los dos grandes partidos, girondinos y jacobinos, ya se han consolidado y

dominan la Asamblea sin que nadie se atreva a toserles. A eso no es ajeno el rey. Ve que aquellos nobles reformistas que se sumaron con entusiasmo a la revolución han ido a menos. El conde de Mirabeau, por ejemplo, muere en abril de 1791 y con él pierde un apoyo fundamental, ya que abogaba por mantener la monarquía dentro de un marco constitucional. La Fayette sigue al cargo de la Guardia Nacional, pero su influencia es decreciente.

AG
Entiende que no le queda otra salida que marcharse, que su cabeza corre peligro porque los ánimos están muy exaltados y a los revolucionarios apenas les quedan cartas que sacrificar. Parémonos un momento y pensemos que llevan dos años de revolución, la guillotina aún no se ha instalado en la plaza de Grève y las potencias europeas aún no se han movilizado contra la revolución. Todo eso llegará poco después, pero en ese momento lo que tenemos es un país donde la legislación se torna más y más radical. Tratémonos de meter en la piel de Luis XVI, se ve como un preso de la Asamblea dentro de un palacio en el centro de París a la vista de todo el mundo. Lleva ya un año encerrado allí y cada día que pasa la cosa empeora, le aprietan más el dogal. No puede salir libremente, no puede asistir a actos oficiales, sigue siendo rey de forma nominal, su efigie aparece en los asignados y poco más. Es un símbolo, y de los símbolos se puede prescindir fácilmente para enviar ciertos mensajes.

FDV
Tarda, de hecho, mucho en tomar esa decisión, nada menos que dos años. Su hermano Carlos, conde de Artois, el futuro Carlos X, se marchó unos días después de la toma de la Bastilla para convertirse en el cabecilla de los emigrados. Su otro hermano, Luis Estanislao, conde de Provenza, el futuro Luis XVIII, se quedó en París, pero en esas mismas fechas también decide poner tierra de por medio. Abandonó París disfrazado haciéndose pasar por un comerciante inglés, pero a él no le atraparon.

AG
El conde de Provenza no estaba sometido a la misma

vigilancia. Vivía en París en un palacete, el de Petit Luxembourg, tratando de pasar desapercibido. Con Luis XVI es diferente, sigue siendo el monarca reinante y muchos en la Asamblea desconfían de él. Pero tiempo tuvo de marcharse antes. Tarda mucho en tomar la decisión. Desde la toma de la Bastilla hasta que se produce el asalto a Versalles transcurren tres meses, tiempo más que sobrado para con cualquier excusa abandonar el palacio y ponerse a salvo en Inglaterra, en los Países Bajos o en la propia España junto a su primo Carlos IV, que mira aterrorizado desde Madrid todo lo que está pasando en Francia. El hombre no es que reaccione rápido, pero llega un momento en el que se da cuenta de que no existe otra alternativa, no existe posibilidad de negociación con la Asamblea e intuye que el siguiente en caer será él.

FDV

El plan no es descabellado. Al conde de Provenza, que se fugó solo un día antes, le salió bien. París no estaba tan lejos de la frontera. Montmédy, donde tenía que reunirse con el marqués de Bouillé, estaba a menos de 300 kilómetros, es decir, de dos a tres días en carroza a buen ritmo. Su esposa es austriaca, hermana del emperador, que no dudará en acogerles y prestarles ayuda. Se encontrará también con sus dos hermanos y muchos emigrados con los que puede contar para reunir un ejército con el que plantar cara a la Asamblea. De nuevo aletea sobre él la sombra de Carlos I de Inglaterra. Tras su decapitación en 1649, su hijo, que se llamaba como él, huyó a Escocia, donde fue reconocido como rey y desde ahí se dispuso a combatir a Cromwell, pero fracasó. Fue entonces cuando decidió huir al continente disfrazado. El parlamento puso precio a su cabeza, pero no lograron dar con él. Una vez en Francia pidió ayuda a Mazarino, que se la negó, recurriendo entonces a la España de Felipe IV, que se mostró más interesada e incluso firmó con él un tratado en Bruselas, que no sirvió de nada porque franceses y holandeses se aliaron con Cromwell temiendo que los españoles consiguiesen colocar a un peón en el trono inglés. Al final, diez años más tarde recuperó la Corona por una carambola. El hijo de Cromwell renunció al protectorado y fue el propio parlamento quien le reclamó de vuelta. Todo esto Luis XVI lo conoce bien y quiere darse la oportunidad de sobrevivir.

AG

Pero a él, a diferencia de lo que había pasado con Carlos II de Inglaterra, no le sale bien. Le identifican en Varennes y le devuelven a París. Eso provoca lo que quería evitar. A partir de ese momento sus partidarios tienen muy difícil defender la monarquía. La Asamblea ya puede desconfiar de él abiertamente. Hasta ese momento el rey había ido cediendo y agachando la cabeza. Los franceses no sabían muy bien qué hacer con él y, en lo que se decidían, lo tenían recluido en las Tullerías. Con la fuga de Varennes todo cambia. Tienen delante a un traidor, a un canalla que está dispuesto a huir al extranjero para buscar ayuda y combatir la revolución. Eso en un estado en el que la nación es el único actor político es inaceptable porque el rey ha ido contra ese actor. Ya carece de sentido hablar de monarquía constitucional porque el propio monarca se ha revuelto contra ella. Pero el partido monárquico tiene aún fuerza y sus diputados consiguen que la Asamblea acepte la monarquía constitucional para evitar males mayores. La violencia se reactiva en París con la masacre del campo de Marte en julio de 1791. Tanto girondinos como jacobinos están ya en posiciones maximalistas. Quieren ambos que se deponga al rey por traición. Jacques Pierre Brissot, jefe de los girondinos, clama desde su periódico, *Le Patriote français*, y unos 50.000 parisinos, casi todos sans-culottes, se concentran en el campo de Marte. A La Fayette le ordenan que disperse a la multitud y hay decenas de muertos en la refriega.

FDV

Aparte de las consecuencias internas, la fuga de Varennes tiene impacto fuera de Francia. Las monarquías europeas deciden pasar a la acción. A finales de agosto Leopoldo II de Austria y Federico Guillermo II de Prusia sellan la declaración de Pillnitz, que los revolucionarios consideran una declaración de guerra, aunque no fue realmente así. Vayamos al texto, que es muy breve, y dice literalmente:

> Su Majestad el Emperador y Su Majestad el Rey de Prusia declaran conjuntamente que consideran la situación actual de Su Majestad el rey de Francia como un asunto de interés común para todos los soberanos de Europa. Confían en que este interés no dejará de ser reconocido por los poderes cuyas

> ayudas se solicitan; y que, en consecuencia, no se negarán a emplear los medios más eficientes, en proporción a sus recursos, para colocar al rey de Francia en condiciones de establecer, con la más absoluta libertad, las bases de una forma monárquica de gobierno, que estará a la vez en armonía con los derechos de los soberanos y promoverá el bienestar de la nación francesa. En ese caso, sus dichas Majestades el emperador y el rey de Prusia están resueltos a actuar con prontitud y de común acuerdo con las fuerzas necesarias para obtener el fin común deseado. Mientras tanto, darán a sus tropas las órdenes que sean necesarias para que estén listas para ser llamadas al servicio activo.

No es, como podemos ver, una declaración de guerra. De hecho, Leopoldo y Federico Guillermo están en Pillnitz, una pequeña localidad de Sajonia junto al Elba, discutiendo la segunda de las tres particiones de Polonia, que era el motivo real de la reunión. Los emigrados franceses llevaban meses pidiéndoles ayuda y para tranquilizarles les dan este caramelo, pero en momento alguno declaran la guerra a Francia, tan solo anuncian su intención de actuar en el caso de que empeore la situación de Luis XVI.

AG
Pero esto, como bien sabes, no se suele explicar así. Dado que los acontecimientos se amontonan durante el verano de 1791 se establecen correlaciones inexistentes como que a la fuga de Varennes le sigue la declaración de guerra por parte de las potencias europeas para defender a Luis XVI y acabar por la fuerza con la revolución. No fue así. La primera coalición, a la que no solo se suman Austria y Prusia, también lo hace Inglaterra, España, Portugal, Nápoles y los Países Bajos, no se firma hasta abril de 1792, y quien declara la guerra es la Francia revolucionaria.

FDV
El hecho es que la Asamblea perdona al rey su fuga porque los monárquicos siguen siendo mayoría. Se inventan que el rey ha sido secuestrado y le exoneran de culpa. Se celebran entonces elecciones legislativas a principios de septiembre de 1791 coincidiendo con la promulgación de la constitución, que llega el 3 de septiembre. Son las primeras elecciones desde el comienzo del proceso revolucionario. Han pasado algo más de dos años, pero, a efectos políticos, ha

transcurrido un siglo. Votan unos cuatro millones de franceses. El sufragio era censitario, solo podían votar los llamados ciudadanos activos, los que pagaban impuestos. Los que no tributaban, las mujeres, los sirvientes y los presos carecían de derecho de voto. La Asamblea que alumbra esas elecciones es más o menos moderada. Los más votados fueron los candidatos de la «plaine», la llanura, de tendencia moderada, le seguían de cerca los del Club des Feuillants, un grupo monárquico que había aparecido poco después de la fuga de Varennes para frenar a los republicanos. Por último, entran los girondinos de Brissot, que en aquel momento se encontraban en la izquierda, luego ya, durante la Convención, pasarán a ser la derecha.

AG

Las elecciones eran necesarias porque la Asamblea Nacional que, recordemos, era también constituyente, ya había culminado su trabajo de redactar y consensuar la constitución, cuyo preámbulo es la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Les ha llevado más de dos años y deja a Francia constituida como una monarquía constitucional con Luis XVI como cabeza del estado y jefe del ejecutivo. El rey la acepta, estampa su firma y jura someterse a ella y a la nueva asamblea recién elegida. La constitución realmente no le gusta porque le consagra como un rey florero con muy pocas competencias y nada le garantiza que los radicales vuelvan a las andadas y le rebanen el pescuezo aprovechando los motines callejeros como había ocurrido hasta ese momento. Pero tampoco gusta a una mayoría de diputados; ya porque eran abiertamente republicanos y les parecía muy suave, ya porque eran monárquicos que habían tenido que hacer grandes concesiones por las circunstancias. Ambos salen determinados a tomarse la revancha en cuanto se les presente la ocasión. La constitución de 1791 es uno de estos fenómenos políticos llamativos en el que se aprueba algo en lo que, quienes tienen que defenderlo, no creen. Pensemos, por ejemplo, cuando Woodrow Wilson insiste en que se funde la Sociedad de Naciones al concluir la Primera Guerra Mundial, un foro internacional que acoja a todos los estados del mundo y que sirva para dirimir diferencias y evitar que se repita una guerra como la que acababa de terminar. Wilson es su principal defensor, pero luego Estados Unidos se niega a participar y

ni siquiera solicitan la admisión. La Sociedad de Naciones nace ya herida porque sus principales valedores no creen en ella. Algo parecido sucede con la constitución de 1791. Nace muerta porque no terminan de creer en ella quienes la han elaborado. Pero es que, además, los que no están dentro de la Asamblea, caso de Robespierre que desde la masacre del campo de Marte en julio está escondido en la casa de un carpintero, son los que se capitalizarán ese descontento y lo pondrán a su favor. Esa falta de legitimidad de origen de la constitución lastrará al nuevo sistema que acaban de estrenar, como veremos más adelante. Los miembros de la Asamblea no creen en una constitución mucho más larga que la de Estados Unidos —tiene más de doscientos artículos— cuya obligación es defenderla para que el sistema que acaban de parir tenga continuidad y poner fin así a un proceso que ha traído un cambio político radical sí, pero también innumerables desórdenes. Fracasarán y la revolución entrará en una espiral mucho más violenta a partir de ese momento.

3

La revolución permanente

Fernando Díaz Villanueva (FDV)
La primera constitución de Europa es la francesa del año 1791, que, como comentábamos antes, fue aprobada en septiembre de ese mismo año y dejó configurada Francia, la nueva Francia, como una monarquía constitucional. Es una constitución liberal. De hecho, todas las constituciones liberales europeas del siglo xix empezando por la española de 1812 y la holandesa de 1815 se elaboran tomando esta como referente. El preámbulo, recordemos, es la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano. En ese preámbulo es donde se señala por su nombre al nuevo sujeto político, que es la nación y, a partir de ahí, empieza a describir qué es el reino de Francia —uno e indivisible dividido en 83 departamentos—, cómo se organizará políticamente ese nuevo estado y qué derechos y deberes tendrán sus ciudadanos. Pero la clave del arco la encontramos en el artículo 1 del título tercero que dice textualmente: «La soberanía es una, indivisible, inalienable e imprescriptible. Pertenece a la Nación; ninguna sección del pueblo, ni ningún individuo, puede atribuirse su ejercicio».

Alberto Garín (AG)
Ese es el punto fundamental sí, que a menudo pasa desapercibido. Dos años y medio antes en Estados Unidos habían promulgado su propia constitución después de debatirla durante mucho tiempo en la convención de Filadelfia. Pero es una constitución muy distinta, es mucho más breve, solo tiene siete artículos y un brevísimo preámbulo que dice:

> Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer la justicia, garantizar la tranquilidad nacional, tender a la

> defensa común, fomentar el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros y para nuestra posterioridad, por la presente promulgamos y establecemos esta constitución para los Estados Unidos de América.

El actor político central es el pueblo, no la nación. Puede parecer lo mismo, pero no lo es. El pueblo son los habitantes de esas excolonias británicas que se han transformado en estados independientes. Ese pueblo decide poner una serie de asuntos en común, en esencia dotarse de un par de cámaras legislativas, un tribunal supremo y un presidente para defenderse de posibles agresores, mejorar el comercio y velar para que no reaparezca la tiranía.

FDV
En Francia la nación es un concepto mucho más vaporoso que genera una trampa obvia. En tanto que es el poder el que define lo que es la nación dentro de la misma constitución, se puede desnacionalizar y expulsar de la comunidad política a cualquiera tan solo cambiando una línea. Es decir, aunque la constitución sea la norma fundamental por la que se rigen, el sujeto político tiene capacidad para violentar esa norma si fuera necesario.

AG
Pero esta constitución, como decíamos antes, es lo único que tienen y se agarran a ella, empezando por el rey, que un par de meses antes ha tratado de huir a los Países Bajos para ponerse bajo la protección de su cuñado el emperador Leopoldo II. Le atrapan en Varennes, le conducen de vuelta a París, debaten qué hacer con él y le ponen la constitución delante para que la jure. No le queda otra opción si quiere salvar la cabeza. Decide convertirse en un rey constitucional, pero dejando siempre la puerta abierta a que otros monarcas europeos intervengan y pongan fin a aquella locura.

FDV
La promulgación de la constitución francesa hace saltar las alarmas entre esos monarcas europeos. Hasta ese momento han estado mirando lo de Francia de reojo y con gran desconfianza. Al principio consideran que no es más que una revuelta que se ha ido de las

manos, pero a partir de 1791 ya no pueden hablar de simples desórdenes. Francia, el reino más poblado de Europa, se ha reconfigurado por completo en torno a unas ideas que también habitan en Austria, en Prusia, en España o en Nápoles. A lo largo del siglo XVIII los pensadores franceses han tenido mucha influencia en toda Europa. Muchos monarcas decidieron incluso sumarse a la ola y convertirse en déspotas ilustrados. Ese fue el caso de Federico II de Prusia, José II de Austria, Carlos III de España y José I de Portugal. Incluso en la lejana Rusia Catalina la Grande presume de ser una zarina reformadora que mantiene correspondencia con Voltaire y Montesquieu o con enciclopedistas como Denis Diderot, a quien invitó a visitar San Petersburgo.

AG
Efectivamente. Las mismas ideas que mueven a los revolucionarios franceses están presentes en toda Europa y eso no les genera precisamente tranquilidad. Ven además el estado en el que se encuentra Luis XVI, preso en las Tullerías, pidiendo permiso para hacer cualquier cosa y dando por bueno que ya no sea rey de Francia, sino de los franceses, un detalle aparentemente sin importancia, pero que a los reyes de la época les espantó, ya que eso de ser rey de los franceses, de los prusianos o de los españoles les dejaba sin el reino que le habían legado sus ancestros.

FDV
Tienen motivos más que sobrados para temer que algo así les suceda a ellos. En los Países Bajos ha surgido un partido patriota antiorangista formado por burgueses ilustrados que en 1787 se rebela contra el estatúder Guillermo V de Orange-Nassau, que tuvo que abandonar precipitadamente La Haya para salvar su vida. Los patriotas, que seguían las ideas de los ilustrados franceses, estaban enfurecidos por la derrota en la guerra contra los británicos y querían reformas. La situación se fue de las manos y hubo de intervenir el rey de Prusia, que convirtió a los Países Bajos en algo parecido a un protectorado expulsando a todos los rebeldes, que se exiliaron en Francia. Con Luis XVI llovía sobre mojado, pero Francia era mucho más grande que los Países Bajos.

AG

También mucho más peligrosa si se desestabilizaba. De la revuelta holandesa apenas unos pocos se habían enterado. Nadie en Europa salvo sus vecinos se tomaba muy en serio al estatúder holandés, pero el rey de Francia era otra cosa. Luis XVI conocía bien lo que había pasado entre 1787 y 1788 en los Países Bajos. Guillermo V pudo mantenerse gracias al apoyo prusiano, pero los rebeldes holandeses nunca llegaron tan lejos. Él ha intentado marcharse del país, no lo ha conseguido, la revolución le ha perdonado la vida, pero le ha convertido en un don nadie, en un prisionero y son muchos los que hablan abiertamente de república y de quitarse al rey de encima. Sigue en contacto a través de los emigrados con otras casas reales europeas, en espera de que decidan actuar. Pero lo curioso es que la constitución se va a apoyar sobre el último residuo de partido político monárquico en el que La Fayette es la figura más destacada. Es decir, sigue valiéndose de los mismos que han capitaneado todo el proceso desde la toma de la Bastilla hasta la constitución. Pero La Fayette está en pleno declive. La voz cantante la llevan los girondinos, que son republicanos y que no tienen problema alguno en poner a la Francia revolucionaria a prueba. Tienen una intención clara de luchar contra las monarquías europeas y buscar las célebres fronteras naturales de Francia. Más allá de que deseen expandir los principios de la revolución, que es el temor de los monarcas europeos, lo que ellos quieren establecer son unas fronteras nítidas.

FDV

El reino de Francia, a diferencia de lo que sucedía con el de España o el de Gran Bretaña no tenía unas fronteras naturales claras. La parte occidental era el Atlántico, el sur los Pirineos y los Alpes, pero en el este y el noreste está el valle del Rin. Los reyes de Francia llevan siglos empeñados en esa línea del Rin como frontera oriental natural de sus dominios. Los revolucionarios no son muy distintos. La nueva Francia necesita unos límites claros en el este y eso solo se puede conseguir guerreando contra austriacos y prusianos, que controlan toda esa zona.

AG

Eso es lo que empuja a Luis XVI a maniobrar para que los girondinos se hagan con el poder con Brissot a su cabeza. No le gusta Brissot porque es republicano y le parece un exaltado, pero si declara la guerra a Prusia y Austria y la pierde, la Corona podrá recuperar la iniciativa. Tal vez las cosas no vuelvan a 1788, pero su condición mejorará sustancialmente. Las derrotas militares son, a fin de cuentas, grandes catalizadores de cambios políticos.

FDV
Los que buscan la guerra son los propios revolucionarios a pesar de que la historiografía suele apuntar en dirección contraria esgrimiendo la declaración de Pillnitz que veíamos antes. Pero lo de Pillnitz no es una declaración de guerra, es tan solo un aviso a los revolucionarios para que respeten la figura del rey, cosa que hacen manteniéndolo en el trono como monarca constitucional.

AG
La contienda comienza en abril de 1792 cuando la Asamblea declara la guerra a Austria, tres meses más tarde se une Prusia y luego el resto de las potencias europeas. Se conforma la llamada primera coalición en la que participarían más adelante Gran Bretaña, España, los Países Bajos, algunos principados alemanes como Württemberg o Baden, los Estados Pontificios, Nápoles y Portugal. La revolución busca a propósito la guerra, pero el resto de potencias también están interesadas en ella. Cada una ha hecho sus propios cálculos y cree que puede sacar algo de eso. Las monarquías europeas pretenden dar un bocado a la Francia revolucionaria y, ya de paso, poner fin al experimento que tanto les preocupa.

FDV
Los revolucionarios también tienen su propia agenda. Los girondinos se las prometen muy felices porque dan la victoria como algo seguro. Eso les atornillará al poder y les permitirá llevar su programa adelante con gran apoyo popular. Pero no solo eso. Recordemos que el principal motivo que pone en marcha la Revolución Francesa en 1789 es una crisis económica de la que no saben cómo salir. Eso es lo que provoca, en última instancia, motines del pan como el de la Bastilla o

el asalto de Versalles. Esa crisis económica tres años después no ha remitido, de hecho, en muchos aspectos ha ido a peor. Con la guerra ya tienen una excusa para justificar las privaciones a las que se ve sometido el pueblo desde hace tanto tiempo.

AG
La cuestión es que tienen que convencer a los franceses de que no les ha quedado más remedio que declarar la guerra a los monarcas europeos, todos unos déspotas que quieren acabar con los avances que ha traído la revolución. No es casual que la guerra se la declaren primero a los austriacos, que se encuentran en la frontera norte. Con los flamencos pueden argüir que están realmente echándoles una mano porque ellos también quieren hacer una revolución y los Habsburgo se lo impiden.

FDV
Esta guerra de la primera coalición duró muchos años, hasta 1797. La coalición irá sumando aliados al principio y luego perdiéndolos. España y Prusia, por ejemplo, se retiran en 1795 alcanzando sendos acuerdos de paz con los revolucionarios. Pero la situación en París se complica. En la parte final de 1791 y aproximadamente hasta el mes de agosto de 1792, cuando se produce el asalto a las Tullerías en la capital, hay una vida política muy agitada en la que incluso el rey participa tratando de moderar las posturas de la Asamblea Nacional.

AG
La Asamblea Nacional en ese momento ya es un órgano legislativo consagrado en la constitución, no es una cámara organizada de forma espontánea como había ocurrido en 1789 tras el Juramento del Juego de Pelota. Las posiciones dentro de la Asamblea se radicalizan mucho y son cada vez más los que ponen en duda la figura del monarca. Republicanos siempre hubo, pero ahora son más que nunca. Aquí encontramos otro elemento definitorio de la revolución consagrado en el título primero de la constitución: la libertad de expresión. Dice textualmente:

> La constitución garantiza la libertad de todos de hablar, de escribir, de imprimir

> y publicar sus pensamientos, sin que los escritos puedan ser sometidos a censura o inspección alguna antes de su publicación.

FDV
Estamos en la era dorada de los periódicos y los libelos políticos. Algunos líderes revolucionarios son periodistas que agitan desde sus respectivas cabeceras. El más famoso de todos es Jean-Paul Marat, que fundó un periódico en septiembre de 1789 llamado *L'Ami du peuple* (El amigo del pueblo) desde el que señalaba a sus enemigos. Posteriormente crearía otro, *Le Junius français*, con el mismo planteamiento. Desde periódicos como los de Marat, llenos de agitadores profesionales que redactan soflamas incendiarias, se puede criticar a la monarquía y calentar la calle. Esos periódicos tenían grandes tiradas y eran muy leídos. Desde ellos se ataca al rey, pero especialmente a la reina, que era muy odiada. María Antonieta es austriaca y desde abril de 1792 la revolución se encuentra en guerra con Austria. Se ataca también con saña a los emigrados, entre los que se encuentran los dos hermanos del rey: el conde de Artois y el de Provenza. Se les culpa de maniobrar contra la revolución y de estar vendidos a los intereses extranjeros, lo cual era cierto, especialmente en el caso del conde de Artois, que llevaba combatiendo la revolución desde julio de 1789.

AG
Todo esto ayuda a explicar lo que sucede en 1792, que es cuando empieza la segunda fase de la revolución. Una de las grandes herencias que dejará la Revolución Francesa para el futuro será esa idea de que toda revolución bien hecha tiene que abrir las compuertas a todo tipo de comunicación, a todo tipo de expresión por exaltada que sea. A partir de ahí, lo que ocurre es que el que grite más alto será el que termine por salirse con la suya.

FDV
La guerra comienza, la Asamblea se pone a reclutar tropas de forma frenética. Al frente de los aliados se coloca un general prusiano muy prestigioso, el duque de Brunswick que reúne un ejército en Coblenza para lanzarlo contra Francia. El duque emitió una declaración

redactada por los hermanos de Luis XVI en la que mostraba su intención de devolver al rey de Francia sus antiguos poderes y poner de este modo fin a la revolución.

AG
En ese punto todo se vuelve loco porque la Asamblea constata que el rey ha estado intrigando por detrás. Una multitud irrumpe en el palacio de las Tullerías y derroca a la monarquía. El ejército de Brunswick avanzó hacia Francia y tomó sin problema la fortaleza de Verdún. Prosigue y se encuentra con el grueso del ejército francés que le detiene en Valmy.

FDV
Los prusianos no lo terminan de ver. Esperaban una victoria rápida, algo casi quirúrgico, pero la revolución se defiende obligando a Brunswick a retirarse. No fue la única victoria. En el sur, las tropas de la Francia revolucionaria ocupan Saboya y penetran en Alemania tomando Espira y Maguncia. El éxito les acompaña y eso les envalentona en casa.

AG
Entre junio y agosto de 1792 se amontonan los acontecimientos, por eso es tan importante ordenarlos crono-
lógicamente para entenderlos bien. En París, antes del asalto de las Tullerías, La Fayette ha intentado reconducir la situación. Le habían entregado el ejército del centro que se encontraba acantonado en Metz, pero sabe que la situación es muy grave y que el rey puede caer en cualquier momento. Envió una carta a la Asamblea, ya dominada por los radicales, en la que pedía que esos partidos se ilegalizasen. Desde Metz poco podía hacer para influir sobre los acontecimientos, así que se desplazó a París y se dirigió en persona a la Asamblea denunciando a los jacobinos, que le acusaron de desertar del campo de batalla y abandonar a sus hombres. Robespierre le acusó de traición y la turba quemó su efigie. Para evitar que le quemasen en persona se marchó apresuradamente de París y se puso al frente del ejército del norte. En París, Georges-Jacques Danton, uno de los cabecillas del partido jacobino, emitió una orden de arresto contra La Fayette, que se exilió a los Países Bajos, donde sería capturado y encerrado por los

aliados que desconfiaban de él, ya que le tenían por uno de los principales revolucionarios.

FDV
El asalto a las Tullerías, que tuvo lugar el 10 de agosto de 1792, marca otro de los puntos de inflexión de la Revolución Francesa. Han pasado más de tres años desde la toma de la Bastilla. Francia no ha dejado de estar agitada, pero es en aquel momento cuando deciden dar el paso definitivo de eliminar la monarquía y proclamar la república. En estos días tan convulsos del verano de 1792 nace uno de los mitos más duraderos de la Revolución Francesa: el himno de la Marsellesa cuyo nombre original es «Chant de Guerre pour l'Armée du Rhin» (canto de guerra del ejército del Rin). Fue compuesto en mayo de 1792 por Claude Joseph Rouget de Lisle, un oficial del cuerpo de ingenieros aficionado a tocar el violín en sus ratos libres, por indicación del alcalde de Estrasburgo para animar a las tropas. Su música era muy pegadiza y pronto empezó a ser conocido por toda Francia. Los voluntarios marselleses que se dirigieron a París en junio iban cantándola a coro mientras desfilaban por la ciudad, de ahí que se quedase con ese sobrenombre a pesar de que el himno se pensó para elevar la moral de los soldados en el frente del Rin, que está muy lejos de Marsella y de los marselleses. Solo un par de años más tarde, en 1795, se convertirá en el himno de Francia. Napoleón se olvidaría de él y los Borbones de la restauración llegarían incluso a prohibirlo, pero desde la Tercera República en el último tercio del siglo XIX es el himno oficial de Francia y una de las canciones patrióticas más conocidas en todo el mundo.

AG
Estas revueltas del verano de 1792 nos dejan la Marsellesa, pero en aquel momento no sabían que una simple canción guerrera iba a tener un recorrido histórico tan largo. Lo primero que trae el derrocamiento de la monarquía es el fin de la Asamblea, que pasa a llamarse Convención. Esto supone el fin de la constitución que ellos mismos habían aprobado meses atrás. Como decía antes, esa constitución que ha consagrado a la nación como sujeto político central, se ve derogada por la vía de los hechos cuando los representantes de la nación

deciden redefinirla sobre la marcha.

FDV
Al rey le envían a la prisión del Temple, el antiguo convento de los templarios, en espera de ver qué hacen con él físicamente. Han ido quemando muchas etapas en esos tres años y si por algo se caracterizan todas ellas es por que la revolución no deja ningún enemigo a la izquierda.

AG
Así es. El proceso se intensifica a lo largo del año siguiente. Desde los primeros días hubo republicanos, pero era una posición radical y minoritaria. El republicanismo, que se tenía como una solución válida para países nuevos como Estados Unidos, era impensable en Francia, un reino muy antiguo. Pocos eran los franceses que querían quitarse de encima la Corona en 1789 o 1790, pero el debate estaba ahí en espera de que cristalizase. Entre 1789 y 1791, los años en los que elaboran la constitución, han legislado mucho, a menudo empleando chivos expiatorios como veíamos más arriba. La monarquía es simplemente otro chivo expiatorio más. Luis XVI y, especialmente, María Antonieta se convierten en los responsables de todo lo que marcha mal, que en aquel momento son muchas cosas. Poco importa que el rey haya aceptado primero entregar sus poderes sin rechistar a la Asamblea y luego jure la constitución. Era lo que les quedaba por sacrificar. Lo hemos dicho varias veces. La Revolución Francesa estalla por motivos económicos y la situación económica no mejora en estos años, de hecho, empeora, por eso necesitan ir sacrificando nuevas presas en el altar revolucionario.

FDV
Por de pronto lo que tienen es al rey en la cárcel. En París la Convención es especialmente radical, pero de radicalismo no se come. El Ayuntamiento de París pide que se vaya más a fondo con los cambios porque siguen con esa idea de que los problemas se resolverán radicalizando el proceso revolucionario. No olvidemos el punto de partida, la toma de la Bastilla. Los parisinos toman la fortaleza real porque tienen hambre y quieren que el rey haga algo. En

Versalles, meses después, sucede algo similar. Las parisinas se dirigen al palacio para reclamar comida y consiguen que el rey se traslade a París. Es en la capital donde todo se cuece. El gobierno municipal parisino adquiere un poder enorme que preludia el que tendrá en revoluciones posteriores como la de 1830, 1848 o la de 1871. Esta última la conocemos directamente como la Comuna de París.

AG

Es algo perfectamente comprensible. Se trata de la ciudad más poblada de Francia, una ciudad en la que hay una gran cantidad de gente menesterosa que, por una cuestión de número, ejerce una presión notable sobre un poder que, al estar tan centralizado en París, se deja sentir rápidamente en toda Francia. En un país no tan centralizado o con más contrapesos la importancia del elemento capitalino hubiera sido menor, pero no es el caso de Francia, que desde tiempos de Luis XIII ha ido concentrando poder en torno a la figura del monarca que vive en París o en sus alrededores. Si esto hubiese pasado en España, si, pongamos por caso, el concejo de Madrid se hubiera constituido en comuna revolucionaria no lo hubiese tenido tan fácil, ya que los contrapoderes señoriales, forales, gremiales, eclesiásticos o universitarios habrían entrado en funcionamiento para frenar a esa misma comuna. Hablábamos antes del motín de Esquilache en 1766. Tras el motín, el conde de Campomanes realizó una pesquisa en la que se descubrió que el corregidor, un tipo llamado Alonso Pérez Delgado, había consentido los disturbios. Fue cesado inmediatamente junto al presidente del Consejo de Castilla, Diego de Rojas, que había firmado una carta al rey en la que le contaba lo que estaba pasando en Madrid en clara contemporización con los sublevados. Pero en Francia la revolución ha eliminado ya esos contrapoderes. Ha culminado el proceso que comenzó con Richelieu en el siglo XVII y ahora se encuentran con que, si las clases populares parisinas se sublevan, al estar todo el poder concentrado allí, el país entero entra en una espiral como la que estamos viendo.

FDV

Una de las primeras reformas que acomete la recién fundada república

es la del calendario. Querían hacer *tabula rasa* también con esto, que no es menor. Si desmontas el calendario, desmontas también todo lo que está vinculado con él. Nuestro calendario es cristiano. Contamos los años desde el nacimiento de Jesucristo. Si rompemos eso y empezamos a contar desde la proclamación de la república estaremos transmitiendo la idea de que hemos entrado en un nuevo mundo que ha soltado amarras con el anterior.

AG

A pesar de que ya han aprobado la Constitución Civil del Clero y han llevado a cabo la desamortización, los revolucionarios siguen con una fijación malsana con el cristianismo, algo que revoluciones de los siglos XIX y XX mantendrán. Aunque han convertido a los sacerdotes en funcionarios, el hecho es que las iglesias siguen ahí, la gente acude y reza, se celebran misas, bodas, bautizos, funerales, y son en cierta medida un mundo aparte. Muchos de esos sacerdotes son refractarios, se han negado a jurar lealtad a la revolución, dicen misa en bosques y lugares apartados para escapar al escrutinio de las autoridades. Si cambias el calendario eliminas de un plumazo las festividades religiosas y todo lo que traen aparejado. Incluso en nuestra época, con una práctica religiosa ya muy atenuada, los ritmos anuales del mundo occidental los sigue marcando el calendario cristiano. En España fiestas como la Navidad, la Semana Santa, el día de Santiago, Todos los Santos o los festejos patronales son fechas señaladas que cualquiera conoce, aunque ni siquiera esté bautizado. Hace dos siglos y medio esto era aún más acusado. ¿Qué podemos hacer para cortar de cuajo con esto que tanto nos irrita? Arrojar el calendario a la basura e inventarnos otro nuevo inspirado en la razón y en el nuevo sistema decimal.

FDV

El calendario republicano tenía doce meses de 30 días. Los días no eran de 24 horas, sino de diez. Esas horas no tenían 60 minutos, sino 100 minutos decimales que duraban cada uno de ellos 100 segundos decimales. De este modo, una hora republicana era el equivalente a 144 minutos convencionales. Llegaron incluso a fabricarse relojes para mostrar la hora decimal, pero nadie se enteraba de nada, así que en

1795 se volvió a medir el tiempo como siempre se había hecho. Lo que sí tuvo algo más de éxito fue el calendario propiamente dicho. Comenzaba el día del equinoccio de otoño en París y cada uno de los meses tenía un nombre inspirado en la naturaleza. El primer mes era vendimiario en homenaje a la vendimia, el segundo brumario en referencia a las brumas otoñales, el tercero frimario por el frío de final de año, el cuarto nivoso por las nevadas de enero y así sucesivamente. Esos meses no tenían cuatro semanas, sino tres, a las que se les dio el nombre de décadas porque tenían diez días. De esta manera el domingo, día del señor, desaparecía y su lugar lo ocupaba el décadi o décimo día de la semana. Las celebraciones de los santos se sustituyeron por fiestas cívicas dedicadas a la virtud, el trabajo, el talento o la revolución.

AG
Hacen con el calendario lo que habían hecho con los departamentos. Abandonan todo lo anterior porque lo consideran antiguo y retrógrado y empiezan desde cero sobre presupuestos racionales. El mundo de estos revolucionarios es aséptico y carece de relación con un pasado que ellos consideran oscurantista en el que todo se hizo mal. Son adanistas, el mundo empieza con ellos. Todas las revoluciones que vengan después adolecerán de lo mismo, todas sin excepción tienden a la *tabula rasa.*

FDV
El calendario fue, en esencia, un dolor de cabeza porque no se trataba de unos pocos cambios para adaptarlo a los nuevos tiempos, sino de reinventárselo de cero. Nadie, además, había pedido jubilar el calendario anterior y crear uno nuevo. Las horas republicanas duraron solo un par de años y casi nadie las utilizó. El calendario en sí mismo aguantó algo más, trece años, hasta 1805. Antes de eso, en 1802, Napoleón eliminó las décadas tras firmar el concordato con el papa, ya que la semana de diez días era incompatible con los domingos.

AG
Si te fijas, Napoleón lo eliminó, pero poco a poco, con mucha calma. Sabía que eso del calendario republicano era un exceso absurdo que nadie había copiado, pero él se sentía hijo de la revolución. Al día

siguiente de asumir el Consulado no quería decir a los franceses que la revolución había acabado. Fue aparcando gradualmente una a una las distintas iniciativas revolucionarias para que no pareciese que estaba poniendo fin a la revolución. El calendario, además, tuvo muy pocos usuarios. Los más entregados a la causa en París sí se esforzaron para aplicárselo en su día a día, pero el francés de a pie, especialmente el de provincias, siguió guiándose por el calendario común, que era el único que conocía. Muchos de ellos no podían siquiera leer las octavillas que la Convención repartió por toda Francia con las instrucciones del nuevo calendario. El calendario republicano se convirtió durante los años en los que estuvo en vigor en el calendario del poder. Eso sí, quedó indisolublemente unido a dos fechas importantes, ambas relacionadas con acontecimientos parisinos: el 9 de termidor del año II (27 de julio de 1794) cuando la Convención se volvió contra Maximilien Robespierre, y el golpe del 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799) que acabó con el Directorio y convirtió en cónsul a Napoleón Bonaparte.

FDV

Con el fracaso del calendario se observan dos cosas. La primera es que, en lugar de solucionar problemas, crean nuevos que antes no existían. Nadie en Francia salvo algunos intelectuales parisinos sobrados de tiempo deseaba cambiar el calendario. La segunda que la capacidad de imponer decisiones centralizadas tiene sus límites. Estamos a finales del siglo XVIII y el poder no tiene todavía las herramientas de las que dispondrá en el futuro para transformar la sociedad a su antojo. En el siglo XX, la Unión Soviética y las repúblicas populares del este de Europa llegaron a extremos sonrojantes en lo que a intromisión en la vida privada se refiere, pero tenían la radio, la televisión, el cine y las escuchas telefónicas. Nada de eso tiene la Convención revolucionaria.

AG

Lo que sí tenía era la capacidad de liquidar al rey, al que arrestaron tras el asalto a las Tullerías y recluyeron, como decías antes, en la prisión del Temple. Fue despojado de todos sus títulos y pasó a ser conocido como Citoyen Louis Capet (Ciudadano Luis Capeto). Los girondinos son partidarios de mantener allí al monarca depuesto como

garantía. Los miembros de la Comuna y los diputados más radicales, que pronto conformarían un grupo conocido como «La Montaña», abogaban por su ejecución. De nuevo los acontecimientos se precipitan. El rey fue encarcelado el 13 de agosto, tres semanas después los prusianos tomaron Verdún asustando a los revolucionarios, que empiezan a pensar que hay una quinta columna en París. Se encuentran con un nuevo chivo expiatorio. Si las cosas no salen bien es porque tenemos en París escondidos a los contrarrevolucionarios. Establecen entonces el primer tribunal revolucionario cuyo objetivo es juzgar de forma sumaria y ejecutar a esos quintacolumnistas.

FDV
Pero el avance de Brunswick se detiene en Valmy unos días después, luego la depuración obedece a razones políticas más que a una cuestión defensiva.

AG
Efectivamente, lo que aparece como una contramedida ante el fracaso en el frente rápidamente se convierte en un auténtico programa político. Las tropas aliadas fueron derrotadas el 20 de septiembre en la batalla de Valmy y en ese momento habría sido posible parar el proceso. Es al día siguiente de Valmy cuando la Asamblea se convirtió en Convención Nacional y se abolió la monarquía para declarar la república. Si el motivo para acabar con el rey era que las tropas aliadas avanzan sobre París, en el momento en el que las derrotan ese imperativo desaparece, pero es justo ahí cuando los revolucionarios deciden deponer al monarca.

FDV
Este es un proceso que luego se repite en otras revoluciones contemporáneas. Cuando la revolución percibe una amenaza se radicaliza. Lo vemos en la revolución rusa en 1917, lo vemos en la guerra civil española a partir del golpe de 1936, lo vemos en la revolución cubana cuando los Estados Unidos deciden decretar un embargo para derrocar a Fidel Castro. La revolución se enroca y toma medidas más duras. Pero aquí consiguen conjurar esa amenaza muy

rápido tras derrotar a Brunswick en Valmy.

AG
Es por ello por lo que hablo de un programa político predefinido. Ya no existe la amenaza de una invasión extranjera que ponga fin a la revolución. De hecho, la suerte sonríe a los revolucionarios en Saboya y el Rin, pero les da una coartada para poner en marcha el programa político que terminará degenerando en el terror de 1793.

FDV
Poco antes de la proclamación de la república en agosto de 1792, se celebraron elecciones en Francia, unas elecciones por sufragio universal, las primeras de la historia, que se sepa, celebradas por ese procedimiento. De esas elecciones sale una nueva asamblea, lo que se conocerá como Convención Nacional. Podríamos pensar que hay un avance notable, ya que emplean el sufragio universal, pero a poco que nos acerquemos al detalle comprobaremos que no es para tanto. Era sufragio universal, pero con limitaciones notables. La primera limitación era que solo podían votar los cabezas de familia sin dependencia de domesticidad, es decir, que no podía votar cualquiera que estuviese al servicio de un noble. Eso excluye a todos aquellos que habían trabajado para las clases privilegiadas y que, de alguna manera, tuviesen la tentación de defender los intereses de sus antiguos señores. Pero es que, además, en ese momento ya se está persiguiendo a los monárquicos, de modo que los candidatos que se presentaron a las elecciones al proclamarse como tales tenían que hacer pública su postura. Obviamente los monárquicos no iban a decir lo que pensaban porque les perseguirían. Deciden, por lo tanto, no presentarse por si acaso. El resultado final es que solo vamos a encontrarnos candidatos partidarios de una república centralista porque los federalistas también están siendo perseguidos. A pesar de que sobre el papel el sufragio era universal, la participación fue muy baja. En 1792 votaron algo más de tres millones de personas, un millón menos que en las de 1791 para la Asamblea en las que imperaba el sufragio censitario.

AG
El partido que más votos obtuvo fue la Llanura de Lazare Carnot, que

se hizo con más del 50 %, seguido por jacobinos y girondinos. Carnot era muy moderado en comparación con Brissot y Robespierre. La nueva convención, convertida ya en órgano legislativo y de gobierno en tanto que el rey ha sido desposeído de la Corona, tiene dos problemas sobre la mesa. El primero es continuar la guerra contra las potencias europeas, esa guerra declarada meses antes por la Asamblea que les ha permitido alargar e intensificar el proceso revolucionario. El segundo es qué hacer con Luis XVI. Necesitan también otra constitución porque la anterior es ya papel mojado y ha pasado a mejor vida junto con la monarquía. Podrían haber reformado la constitución anterior que tanto tiempo les había costado consensuar, pero deciden elaborar una nueva que consagre el nuevo régimen republicano. Aquí entramos en esa dinámica tan habitual en el mundo contemporáneo: la constitución es la solución a todos los problemas, luego redactemos todas las que hagan falta. En Francia han tenido un total de quince constituciones, en España siete y si nos vamos a Hispanoamérica encontraremos muchas más, como las nueve de Colombia, las doce de Perú o las veintidós de Venezuela.

FDV
Es esa vieja creencia de que con que escribamos algo en un papel ese algo se transformará en realidad por arte de magia. Con la Convención entran en el periodo dorado del parlamentarismo revolucionario. Los partidos que se han ido configurando anteriormente alcanzan ahora su máximo desarrollo. Las elecciones han dejado fuera a los monárquicos, que habían sido muy importantes en la época de la Asamblea Nacional, y también a los federalistas. La Convención se transforma en una competición por ver quien es más radical. Los jacobinos, que habían surgido años antes como un club que se reunía en el refectorio del convento de los padres jacobinos (dominicos) de la calle Saint-Honoré, van ganando importancia llevando a la cámara legislativa debates que hasta ese momento solo se producían en el interior de los clubs. Aquí emergen y alcanzan fama figuras que terminarían siendo sinónimos de la revolución como Marat, Danton o el propio Robespierre.

AG

Tienen un problema urgente que resolver, y no es precisamente el de la intervención extranjera, que tras la derrota de Valmy y los avances en Alemania del general Dumouriez, pasa a un segundo plano. Tienen que decidir qué hacen con Luis XVI. Le someten a juicio tras el incidente del «armoire de fer» (armario de hierro). Encontraron una caja fuerte en las Tullerías con documentación comprometedora. En diciembre, el rey tuvo que comparecer ante la Convención, que le acusó de alta traición y crímenes contra el estado. Le permitieron defenderse de los cargos, pero su destino no lo decidiría un juez en base a las pruebas aportadas y los testimonios que se dedujesen de los testigos, sino la propia Convención mediante una votación. El 15 de enero de 1793 se votó. De los 721 diputados que tenía la cámara, 683 votaron a favor de la culpabilidad. Al día siguiente se celebró otra votación, esta vez para resolver la condena. El resultado fue muy ajustado. 361 votaron a favor de la ejecución inmediata, 72 a favor de la pena de muerte, pero no para que se ejecutase inmediatamente, 288 votaron en contra de la pena de muerte. Los partidarios de ejecutar al rey en ese mismo momento se impusieron por un solo voto. Luis Felipe de Orleans, Felipe Igualdad, primo del rey, votó a favor de la ejecución. Unos meses más tarde él mismo estaría en el patíbulo con el cuello bajo la cuchilla de la guillotina.

FDV

El incidente del armario de hierro se sobredimensionó, pero les dio una coartada perfecta. En ese armario había algo de correspondencia entre el rey y algunos monarcas extranjeros que sugiere que el monarca estaba contra la revolución, pero no hay nada parecido a un plan finamente trazado para acabar con la Asamblea Nacional y volver al orden de cosas anterior. Las pruebas no eran ni mucho menos concluyentes, quizá por eso casi todos los diputados le encontraron culpable, pero solo la mitad quiso que se le ejecutase inmediatamente. Luego tenemos lo de la votación en la Convención. ¿Dónde está la separación de poderes, ese modelo de Montesquieu que tanto gustaba a los revolucionarios y que llevó a la constitución de 1791? En teoría el poder legislativo no podía entrometerse en el judicial. Culpable o inocente, a Luis XVI no le juzga un magistrado independiente valorando pruebas y escuchando testigos, sino una cámara legislativa.

Tras conocerse el veredicto, 310 diputados pidieron clemencia, pero la petición fue rechazada ese mismo día. Querían quitárselo de encima cuanto antes. El 21 de enero fue guillotinado y su cuerpo enterrado en una fosa común con la cabeza entre las piernas.

AG

La ejecución de Luis XVI marca otro punto de inflexión, pero no solo en la revolución, también en la historia de Francia. Acababa de rodar la cabeza de un rey. No era la primera vez que sucedía. Como ya hemos comentado, a Carlos I de Inglaterra le habían decapitado siglo y medio antes, pero en unas circunstancias muy distintas. Carlos I le declaró la guerra al parlamento, mientras que Luis XVI no hizo más que concesiones a la Asamblea Nacional. Los ingleses de 1649 viven la ejecución de Carlos I como un asunto interno. No se empecinaron en declarar la guerra a toda Europa. Lo suyo era una guerra civil que terminó con la ejecución del rey. Los franceses de 1793 están enfrentados a toda Europa y saben que guillotinar al rey agravará el problema. Pero dan ese paso siendo muy conscientes de ello. Meses más tarde decapitarían a María Antonieta tras un juicio de dos días ante el Comité de Salvación Pública, que la acusó, entre otras muchas cosas, de organizar orgías en Versalles, de incesto y de enviar dinero del tesoro real a Austria. María Antonieta era la tía de Francisco II, el nuevo emperador de Austria, que, como es natural, recibió horrorizado la noticia.

FDV

Para entonces los jacobinos son los dueños de todo el poder. Cuando la Convención se constituye en septiembre de 1792 la revolución solo está en guerra con Austria y Prusia, una guerra que ha entrado en pausa porque los franceses se han defendido bien. Es esa misma Convención la que busca más problemas en el exterior declarando la guerra a Gran Bretaña y a los Países Bajos. De nuevo tenemos que volver sobre la cronología. Tiende a pensarse que tras la ejecución de Luis XVI, las cortes europeas responden de forma agresiva declarando la guerra a la Francia revolucionaria, pero no fue así, son los revolucionarios los que incrementan la nómina de enemigos. Brissot sigue obcecado en buscar las fronteras naturales y conoce bien los

juegos de poder dentro de Europa. Austria y Prusia parecen dos aliados naturales, pero no lo son en absoluto. El reino de Prusia ha crecido mucho durante el siglo XVIII y amenaza la primacía austriaca en el mundo germánico. A sus monarcas les preocupa lo que pasa en Francia, naturalmente, pero les preocupa mucho más lo que hace el otro. ¿Por qué Brunswick se retira tras la batalla de Valmy y vuelve a Prusia? Porque no quiere desgastar un ejército que quizá en el futuro necesite para pelearse contra los austriacos. Las tensiones entre Austria y Prusia ocupan buena parte de los siglos XVIII y XIX. Unos años antes de la revolución se habían enfrentado en la guerra de Sucesión austriaca, en las guerras de Silesia y en la guerra de los Siete Años. Brissot era un hombre de su época, sabe que austriacos y prusianos se miran continuamente por el rabillo del ojo vigilando sus movimientos.

AG
Estas tensiones entre Austria y Prusia es lo que en buena medida explica que dos monarcas aparentemente muy poderosos enfrentados a Francia no terminan de derrotar a los revolucionarios. Los girondinos aprovechan esas tensiones, ocupan los Países Bajos católicos en manos de Austria y una vez los han controlado miran al norte, a los Países Bajos del estatúder Guillermo V que solo unos años antes ha tenido una revuelta en casa muy parecida en algunos puntos con la francesa. Los Países Bajos son, además, muy interesantes porque, aunque están algo venidos a menos, siguen siendo una potencia comercial respetable y Ámsterdam está llena de banqueros que pueden sanear las cuentas de la revolución, que van muy apuradas. Para cubrirse las espaldas declaran también la guerra a los británicos a sabiendas de que, tan pronto como el primer ministro William Pitt se enterase de que había soldados franceses desfilando por La Haya, acudiría a proteger sus intereses comerciales. Es una guerra ganada porque los británicos son peligrosos en el mar, pero no en tierra. Respecto a los holandeses, son pocos y el país atraviesa una crisis política desde la rebelión de los patriotas.

FDV
Para poder combatir en tantos frentes la revolución se saca un as de la

manga, el de la movilización general de los ciudadanos, la llamada «levée en masse» o leva masiva. Hasta ese momento las guerras, da igual que hablemos de la guerra de los Cien Años en el siglo XIV como de las campañas de Felipe II en el XVI o las guerras religiosas en Alemania en el XVII, las libran soldados profesionales, esencialmente mercenarios contratados para eso por parte de los monarcas o los aristócratas. El señor contrata a los soldados y mientras esté al corriente del pago le serán leales. Cuanto más dinero tenga el señor en cuestión más y mejores soldados podrá contratar. Por eso la máquina de guerra de la monarquía española era tan temible en los siglos XVI y XVII. El rey tenía las minas de plata del Perú y Nueva España para abonar la paga de tantos mercenarios como fuesen necesarios. En la Francia de la Convención hay un cambio dramático que llega hasta nuestros días. Se puede movilizar en el acto a cualquier ciudadano apto para entrar en combate sin necesidad de pagarle ni una libra porque su obligación es defender la nación. Lo consideran una medida tremendamente progresista que rompe con el pasado. Toda la población masculina en edad de combatir pasa a ser alistable por parte del ejército. Esto de partida se sustancia en que Francia tendrá más efectivos que nadie en el campo de batalla ya que el resto de las potencias siguen valiéndose de ejércitos profesionales. La Convención puede colocar cientos de miles de infelices como carne de cañón, lo que le da una considerable ventaja numérica.

AG

Esta idea de la leva obligatoria y del servicio militar se extendió por todo el mundo con las revoluciones liberales del siglo XIX. Los nuevos estados nación se encontraron de golpe con millones de jóvenes a los que podían militarizar en cualquier momento y durante el tiempo que creyesen necesario. Con el tiempo, el servicio militar se terminó considerando una idea tradicional y conservadora, incluso reaccionaria, pero se concibió como algo moderno y progresista que igualaba a todos los ciudadanos. Entre finales del siglo XX y principios del XXI muchos países abandonaron la conscripción para volver al ejército profesional. Nosotros dos vimos cómo en España se suprimió el servicio militar hace años, pero nuestros padres y abuelos tuvieron que hacerlo les gustase o no.

FDV
Estos ejércitos franceses de la Convención, recrecidos por las levas masivas de ciudadanos, se encuentran frente a varios enemigos a partir del verano de 1793 y no solo en el extranjero. En el interior de Francia hay descontento con el rumbo que ha tomado la revolución. Por un lado, tenemos las revueltas federalistas que se producen en algunas ciudades y, por otro, una guerra a gran escala en el departamento de la Vandea que termina durando mucho tiempo y que es de naturaleza reaccionaria y monárquica.

AG
La guerra de la Vandea comienza en marzo de 1793 como una rebelión en ese departamento, algo en principio sin mucha importancia, pero que se va agravando con el tiempo. Hasta ese momento los que han protagonizado la revolución, y el ejemplo más vistoso son los famosos marselleses que llegaban a París cantando el actual himno, son tipos que voluntariamente acuden a apoyar la revolución en el propio París o en el campo de batalla de la frontera norte y del valle del Rin. Son siempre voluntarios que se suman al esfuerzo bélico porque creen en la mística de la revolución. Con la llamada a la movilización general lo que va a suceder es que, de repente, mucha gente de la Francia rural que ha visto los toros desde la barrera, pero no son dados al radicalismo, se niegan a entregar a sus hijos para que vayan a la guerra. Han ido viendo durante años cómo su mundo se esfumaba, pero mientras no les tocase personalmente estaban dispuestos a mirar hacia otro lado y seguir a lo suyo. Cuando llega la leva masiva y se llevan a sus hijos se rebelan. Las guerras de la república no les interesan. En el caso de la Vandea tenemos una sociedad muy tradicional que ha ido soportando los sucesivos cambios de humor de los revolucionarios, pero no está dispuesta a transigir con la movilización general.

FDV
Los vandeanos tienen, además, un mártir: el rey guillotinado. La república y sus excesos no hacen más que aumentar la nómina de emigrados, ya que la revolución lleva mucho tiempo devorando a sus propios hijos. El que puede poner tierra de por medio lo hace. Esa

emigración, que había empezado en 1789 con el Gran Miedo, está mejor organizada que nunca. La ejecución de Luis XVI es fundamental porque pasa de ser un rey vivo pero tibio y complaciente a convertirse en un rey ejecutado, un mártir perfecto para la causa monárquica y para todos aquellos que se oponen a la revolución.

AG

Los emigrados en 1793 ya son un grupo opositor bien consolidado con presencia en todos los países de Europa, donde les prestan oídos porque han comprobado cómo la revolución se ha convertido en una amenaza y en un elemento desestabilizador. A los emigrados no pueden llegar, pero en la Vandea la Convención desata una represión feroz que prolonga el conflicto durante tres años. Pero hay otros elementos que se suman contra la Convención. Recordemos que los austriacos siguen combatiendo a los franceses en el área de la actual Bélgica. A finales de marzo de 1793, el general Dumouriez, tras ser derrotado por los austriacos en la batalla de Neerwinden, decide hacer algo que ya La Fayette había intentado el año anterior: escribir una carta a la Convención en la que atacaba a Marat y a Robespierre. Este último, alarmado por la rebelión de Dumouriez, envió a Bruselas una comisión para que le interrogasen y le llevasen a París esposado. Dumouriez los vio venir y les arrestó según pisaron su cuartel general. Al día siguiente fue declarado proscrito por la Convención y tuvo que exiliarse en Prusia gracias a una gestión de Klemens von Metternich, que en aquel entonces era un jovencísimo diplomático austriaco.

FDV

Para colmo de males, Brunswick consigue derrotar a los franceses en el valle del Rin y les obliga a replegarse. El gobierno de Carlos IV de España, que se había mantenido a la expectativa, entró en la guerra en mayo y lanzó una campaña contra el Rosellón. Un ejército al mando del general Antonio Ricardos cruza los Pirineos y derrota a las tropas de la Convención cerca de Perpiñán. Se produce entonces un golpe de estado en París. Los más radicales, que son los jacobinos, toman el poder por la fuerza. Lo hacen valiéndose de la agitación callejera, una vez más el motín como motor de los acontecimientos. El 2 de junio los sans-culottes parisinos sitiaron la Convención pidiendo una purga por

las derrotas militares. Pedían también que bajase el precio del pan, que seguía por las nubes a pesar de que llevaban cuatro años de revolución. Con el apoyo de la Guardia Nacional y de los diputados jacobinos reclamaron el arresto de una treintena de diputados girondinos a quienes culpaban de todos los problemas. No encuentran oposición, los jacobinos no solo se apoderan de la Convención, también del Comité de Salvación Pública que la propia Convención había creado dos meses antes.

AG
Este comité era el gobierno *de facto* a pesar de que su cometido inicial era solo luchar contra los enemigos de la revolución. A partir de ese momento se instaura una dictadura jacobina. Consideran que los girondinos, que son quienes han decapitado al rey, son demasiado moderados y hay que ir más lejos para que la revolución subsista. La cabeza más visible de esa dictadura es Maximilien Robespierre, un diputado nacido en Arras gran admirador de la obra de Rousseau. Los girondinos y cualquiera que se oponga a los jacobinos es puesto fuera de la ley. Gente que hasta ese momento se consideraba radical será proscrita por ser demasiado suave. El propio Brissot consiguió huir de París a principios de junio, pero al pasar por Chartres le detienen y se lo llevan de vuelta a la capital. Allí sería juzgado y guillotinado. Le acusaron de ser agente de la contrarrevolución y de estar al servicio de Gran Bretaña. En los meses siguientes la revolución se transforma en una orgía de sangre y cabezas rodando por el patíbulo. Se impone el criterio maximalista y caprichoso del Comité de Salvación Pública que dirige Danton. A Marat, otro de los cabecillas del partido, le asesinó el 13 de julio mientras se daba un baño en su casa una joven llamada Charlotte Corday que simpatizaba con los girondinos. Cuatro días más tarde Corday fue guillotinada mientras la Convención elevaba a Marat al panteón revolucionario convirtiéndole en un mártir.

FDV
Es entonces, en plena efervescencia jacobina del verano de 1793 cuando decretan la leva masiva. No se conforman con eso. Como hay que alimentar a los cientos de miles de soldados recién reclutados se

exige a los agricultores que entreguen grano por la fuerza. En septiembre aprobaron la Ley de Sospechosos mediante la que se podía arrestar a cualquiera por cualquier cargo. Bastaba con que los encargados de aplicarla, que no eran jueces, sino unos agentes especiales nombrados por el Comité de Salvación Pública, considerasen que alguien era sospechoso de estar contra la revolución para que fuese detenido y encarcelado. En origen estaba pensada para vigilar a los nobles y a los sacerdotes refractarios, pero era tan difusa que cualquiera podía ser acusado de sospechoso. A aproximadamente medio millón de franceses les aplicaron la Ley de Sospechosos en los once meses que estuvo en vigor.

AG
La Ley de Sospechosos se endureció con la llamada Ley de Pradial porque fue promulgada el día 22 del mes de pradial del año II (10 de junio de 1794). Con la de Pradial los sospechosos perdían su derecho a la defensa y no podían apelar siquiera las sentencias condenatorias. El proceso se había reducido tanto que ni se interrogaba, ni se escuchaba a testigos, el tribunal se colocaba frente al reo y dictaba sentencia que, al no haber posibilidad de apelación podía ser de dos tipos: o la absolución o la guillotina. Su autor, el presidente de la Convención, Georges Couthon, consideraba que la Ley de Pradial era muy progresista porque igualaba a ricos y pobres. Eso era cierto, ni unos ni otros tenían derecho a defenderse.

FDV
El Terror comienza oficialmente a principios de septiembre de 1793 mediante una declaración de la Convención que habla de terror en esos mismos términos. Robespierre lo justificaba arguyendo que:

> Si el resorte del Gobierno popular en la paz es la virtud, el resorte del Gobierno en revolución es a la vez la virtud y el terror: la virtud, sin la cual el terror es funesto; el terror sin el cual la virtud es impotente.

Dos meses y medio antes se había proclamado la constitución republicana que nunca llegó a entrar en vigor. El problema más acuciante que tenían en aquel momento era el de la inflación. La emisión de asignados sin respaldo alguno estaba descontrolada y los

precios no hacían más que incrementarse. Para contener la inflación, como no, crearon una ley, la del Máximo General, que establecía precios máximos para una gama muy amplia de productos como el trigo, la harina, el aceite, las cebollas, la carne, el cuero o el papel. Los comerciantes tenían que colocar los precios en un lugar visible y estaban sometidos a inspecciones continuas. El resultado del Máximo General fue el previsible. Empezaron a desaparecer los productos de las tiendas ya que el precio fijado por la ley era a menudo inferior al coste de producción. El Comité de Salvación Pública no podía evitar que un molinero parisino dejase de vender harina, pero podía enviar patrullas a los pueblos cercanos para que incautasen toda la harina que se encontraran. Eso mismo fue lo que hicieron empeorando aún más la situación porque donde no había escasez empezó a haberla.

AG
El Máximo General se aprobó junto a la Ley de Sospechosos. Se incluyó en esta última a los acaparadores. Cualquiera que se sospechase que estaba acaparando grano o cualquier otro producto era un sospechoso. Había que arrestarle, juzgarle y guillotinarle. Decenas de miles de personas pasaron por la guillotina. Era puro sadismo. Llevaban a decenas de condenados en carretas hasta la plaza de Grève y los iban guillotinando uno tras otro. Así un día, y el siguiente, y el otro durante meses y meses. Si lo comparamos, por ejemplo, con la Inquisición española, que ejecutó a unos tres mil herejes en más de tres siglos, adquirimos conciencia de la degollina que supuso el Terror. En menos de un año guillotinaron a unas 40.000 personas en París y en otras ciudades. Eso sí, las medidas extremadamente drásticas que tomó el Comité de Salvación Pública crearon escuela, especialmente entre los revolucionarios del siglo XX. Leyes como la de Sospechosos las veremos con otros nombres, lo mismo que los controles de precios para evitar el acaparamiento que lo único que consiguieron fue que reinase la escasez más absoluta.

FDV
Tenemos también algunas medidas de tipo social como la abolición de la esclavitud, a la que los revolucionarios al principio se habían negado. La constitución de 1791 se aplicaba solo a la Francia

continental, no a las colonias, que no formaban parte de la nación francesa.

AG
La abolición de la esclavitud se produce en un contexto muy concreto. Con la declaración de guerra a Gran Bretaña y España ambos se llevan la guerra al Caribe, donde Francia tiene una serie de colonias de plantación muy productivas. La mayor de ellas era la de Saint-Domingue, el tercio occidental de la isla de La Española que Carlos II de España había cedido a Luis XIV en el tratado de Ryswick de 1697. Saint-Domingue era una colonia azucarera muy próspera que empleaba a medio millón de esclavos africanos. Para Francia suponía una fuente de ingresos fundamental, por eso tanto británicos como españoles se fijaron en ella. Los británicos disponían de un puerto cercano en Jamaica y los españoles estaban en la vecina Santo Domingo. En la parte francesa había estallado en 1791 una rebelión de esclavos que quisieron aprovechar los aliados. Enterada la Convención de los planes de sus enemigos se decidió por abolir la esclavitud a modo de reclamo para sus esclavos rebeldes. Dos de ellos, Toussaint Louverture y Jean-Jacques Dessalines, se unieron a los españoles, pero al saber que habían abolido la esclavitud los traicionaron y se pasaron al lado de la Convención. La abolición de la esclavitud era algo instrumental, una táctica de guerra para evitar que españoles y británicos se hiciesen con Saint-Domingue. Es más, cuando Napoleón tome el poder unos años más tarde aprobará una nueva constitución con trato diferenciado para las colonias. Esto, en última instancia, ocasionará la guerra de independencia de Haití en 1804, ya en plena era napoleónica.

FDV
Otra de las medidas que toma la Convención que, al menos en su momento, se consideró muy progresista es el cierre de las universidades. Se tenía a las universidades como instituciones reaccionarias porque estaban vinculadas a la Iglesia o a la realeza. La más famosa de Francia, la de la Sorbona de París, fue fundada en el siglo XIII por Robert de Sorbon, el confesor de Luis IX. La de Orleans era un empeño del papa Clemente V en el siglo XIV, la de Grenoble se

había creado a instancias del papa Benedicto XII. La Convención ordenó el cierre de todas ellas y su sustitución por escuelas profesionales y grandes escuelas, alguna de las cuales sigue existiendo hoy como la Escuela Politécnica de París.

AG
Hoy lo de cerrar universidades no parecería precisamente progresista, pero ellos estaban convencidos de que le hacían un gran favor a Francia. Hay otras medidas simbólicas y francamente graciosas que adoptó la Convención como la prohibición de utilizar el trato de usted e imponer el tuteo. Otra fue cambiar los nombres a las ciudades. Mediante un decreto de octubre de 1793 todos los pueblos que tuviesen nombres relacionados con el cristianismo, la nobleza o el rey tenían que cambiarlos. En total unos 1.200 pueblos y ciudades fueron rebautizados con nombres revolucionarios. Querían que en la toponimia francesa no quedase ni rastro del Antiguo Régimen. Todos los pueblos que tuviesen un «saint» (santo), «eglise» (iglesia), «roi» (rey), «chapelle» (capilla), «abbaye» (abadía), «comte» (conde), «Notre-Dame» (nuestra señora) y un largo etcétera estaban obligados a buscarse un nombre nuevo. Esto es algo que se haría mucho en el siglo XX. Una de las obsesiones de las revoluciones modernas es la toponimia. Recuerda que a Petrogrado la renombraron como Leningrado, a Tsaritsin, Stalingrado, y a Saigón, Ho Chi Minh.

FDV
Se inventan también una nueva religión destinada a superar al cristianismo, el culto de la Razón y el Ser Supremo. Era realmente la guinda al proceso de descristianización que había dado comienzo años antes con la desamortización eclesiástica y la supresión de las órdenes religiosas. Fue un empeño personal de Robespierre, que no era católico, pero sí muy espiritual. Se definía como deísta, una doctrina filosófica muy en boga entre los intelectuales de la época. Quería poner fin al ateísmo de muchos revolucionarios e insuflar a la revolución una misión espiritual. Eso, según él, uniría a toda la nación bajo un único culto y reforzaría el control del estado sobre la espiritualidad. Va de la mano con los cambios en el calendario, que ya incorporaba una serie de fiestas cívicas en sustitución de las religiosas.

Se dan cita aquí las dos tendencias. La de los hebertistas que defendían el culto a la Razón y la de los deístas que creían en la existencia de un ser supremo y en la inmortalidad del alma. Apenas tienen tiempo de organizar esta nueva religión porque Robespierre, su principal impulsor, es guillotinado en julio, solo dos meses después de que hubiese presidido vestido con una llamativa casaca azul celeste la primera fiesta del Ser Supremo en los jardines de las Tullerías.

AG

Lo del Ser Supremo es el *summum* del estado totalitario. Sacan en procesión a la diosa Razón y le dedican la catedral de Notre-Dame de París. El movimiento no está mal planteado. Son conscientes de que viven en una sociedad donde la mayor parte de la gente es muy religiosa. Para evitar que miren hacia atrás y tengan nostalgia de otros tiempos les fabrican una religión que, como no, estaba inspirada en el cristianismo, que era lo que ellos conocían de cerca. En ningún lugar de Europa se había hecho algo similar anteriormente. Enrique VIII de Inglaterra, por ejemplo, había roto con la Iglesia romana, pero para crear la Iglesia anglicana, que era muy parecida en todo salvo en el hecho de que a la cabeza de esa Iglesia se situaba el monarca. Pero los anglicanos no pueden ignorar la *Biblia* ni el *Evangelio*, en todo caso reinterpretarlos. Los jacobinos van mucho más lejos. Se inventan una religión de estado, algo fascinante, orwelliano. Pero, de nuevo, esto tuvo continuidad en otras revoluciones. En la Unión Soviética y los países comunistas el marxismo pasa a convertirse en una religión de estado con una serie de libros revelados y unos dogmas que hay que aplicar porque son «científicos», es decir, infalibles.

FDV

Este periodo del Terror fue más largo de lo que a los franceses, especialmente a los parisinos, les hubiese gustado. Duró casi un año, hasta julio de 1794. El día 9 de termidor del año II (27 de julio de 1794) Robespierre cayó en desgracia y fue guillotinado al día siguiente. Para entonces los jacobinos ya se estaban matando entre ellos aplicándose la Ley de Sospechosos. Danton había sido guillotinado tres meses antes. Danton era uno de los principales adalides del tribunal revolucionario que se pasaba el día buscando

enemigos. Cayó junto a Desmoulins y Philippeaux a quienes acusaron de varios delitos. El jurado tenía solo siete miembros a pesar de que la ley exigía doce, pero solo se fiaban de siete para una sentencia condenatoria, que era lo que Robespierre buscaba. En el juicio Danton aseguró que Robespierre le seguiría a no mucho tardar y así fue. El día previo a su caída, Robespierre habló en la Convención y aseguró que esa sala estaba repleta de contrarrevolucionarios. A muchos se les heló la sangre en las venas, porque eso significaba que se avecinaba una purga. Si se leen estos discursos de la Convención es imposible no encontrar infinidad de paralelismos con la Unión Soviética. Es el mismo lenguaje que el de la gran purga de Stalin entre 1936 y 1938.

AG
Fue a raíz de eso por lo que decidieron acabar con él cuanto antes. Era Robespierre o ellos. O le deponían o serían ellos los que perderían la cabeza en cuestión de días o de horas. El de diputado de la Convención era un trabajo de alto riesgo. La Convención había perdido 144 diputados en un año: 67 fueron ejecutados, el resto se suicidaron o murieron en prisión. Un día después de dar ese discurso, Robespierre y sus dos hombres de confianza, Couthon y Saint-Just, fueron arrestados. Intentaron primero provocar un motín desde el Ayuntamiento de París, pero no les salió. Viendo que estaba todo perdido, Robespierre trató de quitarse de en medio suicidándose con una pistola de pequeño calibre, pero falló el tiro. Le atraparon y unas horas más tarde fue guillotinado. No hubo ni siquiera juicio. Les aplicaron la Ley de Pradial, la misma que Robespierre había alabado solo unos meses antes.

FDV
Todos estos episodios se concentran en París, que es desde su comienzo el epicentro de la revolución. En la Francia rural las noticias llegaban con cuentagotas y el periodo del Terror se vivió de otro modo algo menos traumático, aunque también muy duro.

AG
En la Francia rural tenemos por un lado la revuelta de la Vandea que, como veíamos antes, deviene una guerra en toda regla. Por otro, a

otras regiones no tan levantiscas pero que tienen que aportar cientos de miles de soldados para las guerras en el extranjero y para reprimir a los vandeanos. El Terror se va a ir imponiendo en el interior de Francia en un ejercicio que no es precisamente didáctico. Exceptuando las principales ciudades, que están en comunicación permanente con París y tienen sus propios comités revolucionarios, en el medio rural las resoluciones de la Convención se imponen por la fuerza de las armas. La Convención despacha a un enviado a tal o cual departamento y organiza un pequeño comité local para localizar y ejecutar a los sospechosos de ir contra la revolución. Pueden hacerlo porque se han dotado de un ejército inmenso cuyos oficiales cumplen las órdenes por la cuenta que les trae. Nada se interpone porque, como hemos ido recordando a lo largo de todo el libro, en Francia ya no quedan contrapoderes. Los sucesivos reyes absolutos, los luises de los dos siglos anteriores, han ido eliminando esos contrapesos. Luis XVI se encuentra en 1789 con que no tiene a nadie en quien apoyarse en el momento en el que la Asamblea Nacional se adueña del poder. Lo mismo sucede con esos contrapoderes regionales. Han desaparecido todos y la Convención, que tiene un brazo armado poderoso y resuelto, puede imponer su criterio sin oposición. Su capacidad de eliminar físicamente a sus enemigos es absoluta y van a aplicarla hasta sus últimas consecuencias.

4

Derrota y triunfo de la revolución

Fernando Díaz Villanueva (FDV)
El 9 de termidor del año II, es decir, el 27 de julio de 1794 cae Robespierre. A partir de ahí la revolución abre un nuevo rumbo que se conocerá como el Directorio. Para ello se dotan de una nueva constitución, la tercera desde 1791, que se aprueba un año más tarde, en julio de 1795, el día 5 del mes de fructidor por emplear el calendario republicano que seguía en vigor. La constitución republicana de 1793 ni siquiera ha entrado en vigor, pero tampoco pueden recuperar la de 1971, puesto que es de carácter monárquico y al rey le han guillotinado año y medio antes. Declaran ilegal la constitución de 1793 porque les parece excesiva. Lo que no desaparece es la Convención, de ahí que durante un año aún no podamos hablar de Directorio, sino de Convención termidoriana.

Alberto Garín (AG)
Durante ese año hasta que se promulgue la constitución del año III irán deshaciendo los cambios legales más radicales que había aplicado la Convención anterior. Quieren evitar hacerlo de golpe para no generar más inestabilidad de la que ya hay. Quieren ir de la ley a la ley de forma pausada tratando de que no se vuelvan a incendiar las plazas parisinas. Ese desmontaje de la Convención se considera una reacción, de ahí que esta fase haya pasado a la historia como reacción termidoriana. El término hizo fortuna y hoy a todo lo que se oponga al progreso se le califica como reaccionario. El hecho es que la Convención termidoriana trata de revertir un rumbo que ha enloquecido. Robespierre y sus jacobinos habían instaurado una dictadura en toda regla, que es a lo que los termidorianos quieren

poner fin. Los antiguos partidarios de Robespierre se debatieron entre jurar lealtad a la nueva Convención o huir. La mayor parte juró, otros fueron enviados al ejército y unos cuantos fueron encarcelados y desfilaron por el patíbulo.

FDV
La reacción fue realmente contra los jacobinos y no contra la revolución. Estos termidorianos se consideraban más revolucionarios que nadie y lo que querían era precisamente salvar a la revolución. Ordenaron que cerrase el Club de los Jacobinos y permitieron que regresasen del exilio algunos girondinos que habían tenido que huir meses antes para salvar el pellejo. Eliminaron también el Máximo General, esa ley de control de precios que había terminado de devastar la economía francesa.

AG
La situación económica que hereda la Convención termidoriana es crítica. Los precios estaban por las nubes, el asignado ya no valía prácticamente nada y, para colmo de males, el invierno de 1794 a 1795 fue especialmente frío. Eso ocasionó nuevos motines que los jacobinos que se habían salvado de la quema inicial trataron de aprovechar agitando la calle.

FDV
Pero mantienen muchas de las instituciones creadas por la Convención, como el Comité de Salvación Pública, ese instrumento del que se habían valido los jacobinos para guillotinar a sus adversarios. Lo que hacen es reformar la elección de los miembros del Comité. Se renovarían cada tres meses y quedaba prohibida la reelección. Otra medida que tomaron fue liberar a los diputados opositores que la Convención tenía encarcelados. Esos diputados regresaron inmediatamente a la Convención especialmente motivados para tomarse cumplida venganza por todo lo que, a título personal, les habían hecho.

AG
El cambio en la elección de los miembros del Comité de Salvación

Pública es clave. Ese comité se había convertido, como decíamos más arriba, en el gobierno *de facto*. Si se renovaba por trimestres y se eliminaba la posibilidad de ser reelegido automáticamente se evitaba la concentración de poder en unos pocos. Fue esa misma concentración de poder por parte de una facción jacobina, la de Robespierre, la que explica en buena medida la arbitrariedad de los últimos meses de la Convención en la que cualquiera podía ser guillotinado con cualquier excusa. A mí personalmente esa medida no me parece reaccionaria, sino progresista, ya que beneficiaba a todos los ciudadanos y permitía controlar mejor al poder. Otra medida que toma la nueva Convención y que también fue considerada reaccionaria es la de permitir que se restituya el culto cristiano, incluyendo en este culto las misas pronunciadas por los sacerdotes refractarios. La libertad de culto es siempre un avance, no un retroceso, por eso llama la atención que a esto se le siga considerando reacción.

FDV
Pero lo más interesante que va a llevar hacia la constitución de 1795 es sustituir el sufragio universal por el sufragio censitario. Esto es algo que nos puede parecer un retroceso porque, de primeras, reduces la cantidad de personas que pueden votar, pero recordemos que el sufragio universal de la Convención era muy limitado. Tenía, además, un problema añadido. La Convención había terminado siendo un régimen de partido único, luego ese sufragio carecía de sentido, ya que solo se podía votar a quienes permitiesen los jacobinos.

AG
Eso es, con la Convención termidoriana y luego con el Directorio se vuelve a abrir el abanico de la pluralidad política que había presidido todo el proceso revolucionario hasta que los jacobinos se hacen con todo el poder en 1793, momento a partir del cual todo el que no estuviese de acuerdo con ellos quedaba excluido y pasaba a ser un proscrito.

FDV
Otro de los problemas con los que se encuentran los termidorianos es con las iniciativas monárquicas que atisban debilidad en la nueva

Convención y creen que ha llegado el momento de pasar a la acción y tomarse cumplida venganza. Es el conocido como Terror Blanco que en algunas regiones de Francia como el valle del Ródano tuvo mucha importancia. Milicias compuestas por realistas, familiares de víctimas del Terror y católicos tradicionales empezaron a perseguir a los jacobinos y a todo revolucionario que se encontrasen. Les daban muerte, a menudo con la complicidad de las autoridades locales.

AG
El momento álgido del Terror Blanco llegaría al año siguiente, ya con el Directorio. Los termidorianos sabían que la Convención tenía los días contados y diseñaron un nuevo sistema. Se nombró a una comisión de once miembros para elaborar una nueva constitución. Querían, según afirmó Antoine Claire Thibaudeau, uno de los miembros de esta comisión, encontrar «un camino intermedio entre la realeza y la demagogia». No disponían de mucho tiempo, ya que la Convención estaba muerta *de facto*, nadie, a excepción de los jacobinos que se habían escondido para no ser apresados, creía en su continuidad. La comisión de los once presentó el documento que les habían pedido a finales de junio y dos meses más tarde, el 5 de fructidor (22 de agosto de 1795) fue promulgada. Esta constitución preveía dos cámaras para que se compensasen mutuamente y así evitar que una sola asamblea sin más límites que los que ella misma se fijara pudiese legislar en solitario. A las cámaras les dieron el nombre de consejos. Por un lado, tenemos el Consejo de los Quinientos, que hacía las veces de cámara baja y que se elegía por sufragio censitario. Por otro el Consejo de Ancianos, la cámara alta, formada por 250 ciudadanos mayores de cuarenta años casados o viudos. La idea era que los Quinientos elaborasen las leyes y los Ancianos, guiándose por la experiencia que aporta la edad, las aprobasen.

FDV
Es la primera vez en seis años de revolución que ensayan algo parecido a un sistema bicameral como el que existía ya en Estados Unidos con la Cámara de Representantes y el Senado, o en Gran Bretaña con la Cámara de los Comunes y la de los Lores. En lo que no se inspiran en estadounidenses o británicos es en la parte del poder

ejecutivo. Aquí deciden innovar con un sistema de gobierno colegiado al que bautizan Directorio. Temían seguramente que surgiese un nuevo Robespierre y se encontrase con demasiado poder en sus manos. Ese Directorio, formado por cinco miembros o directores, salía del Consejo de los Quinientos a propuesta del Consejo de Ancianos y se renovaba por quintas partes cada año. Introdujeron un seguro más: los directores salientes no podrían volver a serlo hasta cinco años más tarde.

AG
La voluntad de los padres del Directorio era tener bien delimitado todo. En los años anteriores habían ganado mucha experiencia y sabían dónde podían presentarse los fallos. Los cinco directores y los dos consejos tenían bien descrito su cometido y no les estaba permitido interactuar entre sí. Los directores no asistían a los plenos de los consejos y no podían siquiera convocarlos, tampoco disolverlos. Mientras estuviesen en el cargo, los consejos no les podían pedir cuentas. Una vez elegidos eran inamovibles hasta que les tocaba salir del Directorio porque su mandato había concluido.

FDV
El sistema parece bien diseñado, pero tendrá una consecuencia no deseada. La gestión del día a día se complicará muchísimo porque cualquier resolución tendrá que pasar por muchos trámites antes de hacerse efectiva. No solo por el delicado equilibrio entre las dos cámaras y los directores, sino dentro del mismo Directorio, que tiene que consensuarlo todo ya que se gobierna de forma colegiada. Que los cinco se pusiesen de acuerdo al mismo tiempo era siempre complicado. Podían pasar días discutiendo por una coma o por los términos que había que emplear en un decreto. Eso en el caso de que se hubiesen puesto de acuerdo, que no siempre ocurría. El poder se había colocado tantos controles a sí mismo que se tornó lento y burocrático. Esto sus adversarios lo ven a la primera. Ya no tienen delante una revolución triunfante que camina siempre en una dirección radicalizándose más y más, sino a una revolución timorata que decide dar unos pasos hacia atrás y contenerse a sí misma.

AG

Es en este momento cuando estalla con furia el Terror Blanco. Una de las consecuencias de la caída de Robespierre fue que muchos quisieron vengarse por lo que habían sufrido bajo el Terror jacobino. Los jacobinos no serán los únicos que padezcan el Terror Blanco, pero sí serán sus principales objetivos. Se le conoce así porque el blanco era el color de la monarquía y se atribuyó a los realistas todos los asesinatos que se cometieron, especialmente, como decías antes, en el valle del Ródano. Esta terminología, digamos, cromática, también haría fortuna con el correr del tiempo. En la guerra civil rusa los bolcheviques se referirán a los contrarrevolucionarios como blancos. Eso sí, los contemporáneos de la Revolución Francesa no denominaron blancos a quienes se oponían a los jacobinos, los llamaban reaccionarios sin más. Lo de adjudicar el blanco a los contrarrevolucionarios es muy posterior, se lo debemos a los historiadores del siglo XIX.

FDV

Dentro de este Terror Blanco se suele situar la guerra de la Vandea de la que hablábamos antes. Había estallado en 1793 y, tras una breve tregua, se reactivó a partir del verano de 1795 y duró casi un año más. El Directorio terminó imponiéndose, pero este de la Vandea era solo uno de los problemas que hereda el nuevo régimen. Otro mucho más acuciante era que Francia se encontraba en guerra con media Europa. Poco antes de la caída de Robespierre el ejército republicano había conseguido derrotar a los austriacos en la batalla de Fleurus, lo que les permitió adueñarse de los Países Bajos católicos, la actual Bélgica. En el sur se había producido el sitio de Tolón, una plaza importante de la costa mediterránea de la que se habían apoderado británicos y españoles. Un joven oficial de artillería de origen corso llamado Napoleón Bonaparte sitió la ciudadela y consiguió expulsar al combinado angloespañol. Meses más tarde el ejército republicano contraatacó por Guipúzcoa y tomó San Sebastián, Bilbao y Vitoria. Godoy, el primer ministro de Carlos IV, se asustó y buscó la paz con el Directorio que llegaría en 1795 en Basilea. El nuevo gobierno francés no parecía tan radical como el de la Convención y eso empujó a que los aliados de la primera coalición se fuesen dando de baja buscando acuerdos de paz por separado. Prusia y Portugal salieron al mismo

tiempo que España, los principados alemanes, Nápoles y Parma en 1796, los Estados Pontificios y Gran Bretaña en 1797.

AG
Esas guerras estaban desangrando el presupuesto francés, los directores eran plenamente conscientes de ello. Fueron concluyéndolas, tratando, eso sí, de salir bien librados. En su auxilio corrió la leva masiva realizada en tiempos de la Convención. Los ejércitos franceses eran muy numerosos. En el caso de la guerra de los Pirineos de 1794 el general Moncey lanzó una ofensiva por el valle de Baztán. Tenía a sus órdenes a 45.000 hombres. El ejército español comandado por el duque de Osuna solo pudo oponer un contingente de 13.000. La derrota estaba asegurada por una cuestión numérica. El general Ricardos no había tenido ese problema, ya que su campaña en el Rosellón fue en mayo de 1793, dos meses antes de que la Convención decretase la leva masiva. Eso es lo que Godoy debió advertir para avenirse a razones y pedir la paz al Directorio, una paz que salió carísima porque entregó toda la isla de La Española a Francia a cambio de que se retirasen de las provincias vascas. Algo similar sucedió con otras potencias. La Convención y sus levas en masa habían forjado una formidable máquina de guerra, una auténtica apisonadora que luego Napoleón empleó en sus numerosas campañas por toda Europa.

FDV
La denominada guerra de la Primera Coalición, en realidad un conjunto de guerras en distintas partes de Europa, llegó a su fin con el tratado de Campo Formio, firmado en octubre de 1797 y que tuvo unas implicaciones muy serias en el mapa de Europa, especialmente en el de Italia. En Campo Formio solo comparecieron austriacos y franceses, ya que el Directorio había ido firmando la paz de forma separada con el resto de los aliados en los dos años anteriores. Esta paz fue muy provechosa para la joven República Francesa. Se anexionó los Países Bajos austriacos llevando las fronteras hasta la desembocadura del Rin. Una vez se hizo efectiva la anexión hubo una revuelta popular porque los flamencos rechazaban el reclutamiento obligatorio. En el este la república alcanzó esos límites naturales de

Brissot colocando la frontera de Francia en el mismo Rin. Ciudades como Colonia, Tréveris o Maguncia pasaron a ser francesas. En Italia los cambios fueron aún más radicales. La Serenísima República de Venecia desapareció después de mil años de existencia y pasó al imperio austriaco. Se crearon dos repúblicas de nuevo cuño: la República de Liguria en torno a Génova y la República Cisalpina. Ambas eran consecuencia directa de las victoriosas campañas de un joven oficial llamado Napoleón Bonaparte, que dejamos más arriba en el sitio de Tolón.

AG
Italia era en origen un frente secundario, poco más que una distracción para atraer a los austriacos atacando por su flanco sur. El Directorio envió a Napoleón en 1796 por motivos políticos. Era un hombre muy joven, tenía solo veintisiete años, pero se había casado con Josefina de Beauharnais, una de las muchas amantes de Paul Barras, que gozaba de gran influencia en París y en ese momento era uno de los directores. Le entregaron el ejército de Italia en no muy buenas condiciones porque el grueso de los recursos se iba para el Rin. Nada más llegar se lanzó contra los austriacos y los derrotó. Tras ello creó dos protectorados con forma de república: la República Cispadana y la República Transpadana que juntas formaron la República Cisalpina que alumbró la Paz de Campo Formio. No era muy grande, pero su capital estaba en Milán, una de las ciudades más importantes de Italia que controlaba buena parte del tráfico transalpino y el valle del Po. Allí el Directorio realizó el experimento de replicar el modelo francés en otro país. Crearon dos consejos copiados de los franceses con un directorio de cinco miembros. Se dotó a la nueva república de una constitución inspirada en la francesa y el territorio se dividió en departamentos con nombres geográficos. La República Cisalpina era tan parecida a la francesa que se la pasó a conocer como república hermana.

FDV
Napoleón era sin duda un brillante estratega, pero en sus campañas italianas hay algo más que corre en su ayuda. Por un lado, se encuentra al mando de un ejército muy numeroso reclutado a la

fuerza en Francia. Por otro, este ejército se alimenta sobre el terreno, no cuesta ni una libra al Directorio. Napoleón no pone impedimento en que sus tropas saqueen lo que encuentren a mano. Esto era algo habitual en los ejércitos tradicionales, pero en este caso se trata de una fuerza armada de tamaño considerable. La presencia sobre el terreno de un ejército tan grande generaba un desarreglo insoportable en las comarcas por las que iba pasando. Los soldados franceses eran muchos y, al tratarse de milicias ciudadanas reclutadas a la fuerza, se producía mucho vandalismo. Las autoridades locales poco podían hacer frente a semejante marea humana, así que no opusieron apenas resistencia y no tardaron mucho en buscar acuerdos.

AG
Esa manera tan salvaje de proceder fue lo que les ocasionó tantos problemas en España y Portugal quince años más tarde. Los saqueos y la violencia ejercida por los soldados franceses tenían como respuesta más violencia por parte de los españoles, que emplearon contra ellos una táctica de guerra de guerrillas aprovechando el tamaño de la península ibérica y su complicada orografía. Eso en Italia no les sucedió. Aquellos principados italianos llevaban siglos viendo pasar conquistadores. Cuando no eran los franceses eran los españoles o los austriacos. Los italianos habían aprendido generación tras generación a convivir con invasores. La República Cisalpina se crea sobre los antiguos ducados de Milán y Módena, ambos controlados por los austriacos. Al sur se encontraba el ducado de Parma que Napoleón también ocupó, pero no integró en la nueva república porque el duque Fernando era un Borbón de la rama española y el Directorio acababa de firmar la paz con España. Destronarle hubiese sido motivo más que sobrado para la reanudación de la guerra.

FDV
Un año después de la Paz de Campo Formio se formará una segunda coalición donde volvemos a encontrarnos a Gran Bretaña y a Austria, pero esta vez la Francia republicana ya no está sola. Esta república hermana que ha creado en el norte de Italia estará de su lado. Lo mismo sucede con otra república del mismo tipo que ha creado en su flanco norte. En los Países Bajos ha caído el estatúder Guillermo V,

que, tras la invasión francesa, huye a Inglaterra. En su lugar se funda una república, la de Batavia, que se transforma en un estado satélite de Francia. El Directorio, eso sí, no puede apoderarse de sus colonias en ultramar porque Guillermo V escribió desde Londres a los gobernadores rogándoles que entregasen el control de las plazas a los británicos para que no cayeran en manos francesas.

AG
Años más tarde esas repúblicas serán absorbidas por el imperio francés de Napoleón, pero entretanto sirven como colchón para el Directorio y, posteriormente, para el consulado.

FDV
Dejando a un lado el éxito que la revolución cosecha en el exterior, una de las cosas que podemos ver con el Directorio es que se encuentra con todos los destrozos que se han producido en los años previos en el interior de Francia. El mayor de ellos es la guerra de la Vandea. De las muchas revueltas anti revolucionarias esta es la única que deriva en una guerra abierta y duradera.

AG
Como veíamos antes, la guerra de la Vandea había dado comienzo en tiempos de la Convención a raíz de las reclutas masivas, pero el descontento en aquella región es muy anterior. No es la única revuelta. En esas mismas fechas hay problemas en otras zonas de Francia como Burdeos, Marsella, Nimes o Lyon a causa de lo mismo. En algunas regiones la revuelta adquiere tintes federalistas, caso de Normandía, por ejemplo. En la costa atlántica en torno a la desembocadura del Loira hay dos áreas rurales y de usos tradicionales, una es la Vandea, en la ribera sur del Loira, y la otra es, en la ribera opuesta, amplias zonas de Bretaña, Maine y Anjou. Esta última se conoce como Chuanería porque la rebelión la iniciaron tres hermanos de apellido Chouan. En ambos lugares se producen sublevaciones entre 1793 y 1794 que venían gestándose desde el comienzo de la revolución y, especialmente, desde que la Asamblea Nacional empezó a actuar contra la Iglesia. A diferencia de lo que sucede en otras partes de Francia en las que el ejército revolucionario consigue sofocar las revueltas, en la Vandea y allá donde triunfa la Chuanería son

incapaces de hacerlo porque la insurrección se extiende mucho y son regiones relativamente apartadas.

FDV
En la Vandea se conforma además todo un ejército contrarrevolucionario capitaneado por antiguos oficiales del ejército real. Algunos como Charette, La Rochejaquelein o d'Elbée llegaron a ser muy conocidos. Gracias a ese ejército improvisado, pero bien dirigido, los vandeanos consiguieron apoderarse y controlar un área relativamente extensa de territorio. Eso puso en jaque a la Convención, que decidió emplearse a fondo sin escatimar crueldad para que sirviese de ejemplo.

AG
Los emigrados, entretanto, observaban desde fuera cómo la república conseguía apagar todos los focos rebeldes, menos el de la Vandea. Eso les convenció de que había posibilidad de derribar al gobierno y prometieron ayuda que llegaría a través de los británicos. Para los británicos también era interesante, ya que eso abriría un nuevo frente interno. Pero esa ayuda no termina de llegar porque los vandeanos no consiguen asegurar ningún puerto para recibirla. Trataron de tomar Nantes, pero fracasaron. El ejército rebelde se dirigió entonces hacia Normandía para capturar el puerto de Granville, pero fueron rechazados. La Convención se vio obligada a desplazar un ejército desde el Rin para poner fin al asunto a cualquier precio. Fue entonces cuando se produjo la gran represión de la Vandea. Algunos historiadores hablan incluso de genocidio. En las ciudades se produjeron miles de ejecuciones. En el campo fue aún peor. El Comité de Salvación Pública envió las llamadas columnas infernales al mando del general Turreau que iban por los pueblos incendiándolos uno tras otro. Esas columnas se cobraron decenas de miles de vidas.

FDV
Esta campaña de represión salvaje consiguió lo que buscaba. Los vandeanos llegan a un acuerdo con el Directorio. Depondrían las armas a cambio de una serie de concesiones de tipo religioso. Pero esa paz es muy efímera. En junio de 1795 se produjo el desembarco de

Quiberon, una pequeña localidad de la costa bretona, donde los emigrados trataron de establecer una cabeza de playa con apoyo británico. El plan era levantar a todo el oeste francés contra el Directorio. La guerra de la Vandea se reactivó, pero esta segunda fase fue mucho más breve. Los realistas no consiguieron hacerse con Quiberon y toda la operación se vino abajo.

AG

La guerra de la Vandea consumió muchos recursos y dio bastantes quebraderos de cabeza tanto a la Convención como al Directorio, pero era un movimiento demasiado aislado. Para los emigrados supuso su gran esperanza durante más de dos años. La Chuanería nunca llegaría a extenderse de la misma manera. Una pregunta que se han hecho algunos historiadores es por qué solo se produce una rebelión semejante en la Vandea y no en otras zonas de Francia. Es cierto que era una zona rural algo apartada, pero la Francia de la época estaba llena de lugares así. Tuvo algo que ver que dispusiesen de acceso al Atlántico, también que la gente de aquellas comarcas era especialmente religiosa y conservadora, o al menos algo más que en otras partes de Francia, especialmente en las ciudades. Tenemos la Chuanería algo más al norte y en el interior, pero nunca llega a tanto. La clave del éxito de los vandeanos fue su organización. Muy pronto consiguieron formar un ejército competente, disciplinado y conocedor del territorio. Eso mismo es lo que llama la atención de los emigrados y de los británicos. Ven que allí se está cociendo algo importante y que pueden alcanzarles por mar de forma directa para llevarles ayuda e incluso organizar un desembarco de tropas. Pero para eso necesitan un puerto, cosa de la que carecen. El puerto más importante de la región es el de Nantes, muy cerca de la desembocadura del Loira, pero no consiguieron hacerse con él. Intentan tomar uno en Normandía y fracasan también. Ahí la suerte de los vandeanos queda sellada.

FDV

En la Francia actual, la guerra de la Vandea sigue siendo un tema polémico que ocasiona agrios debates entre los historiadores. Está documentado que hubo decenas de miles de muertos, la inmensa mayoría civiles. Según las estimaciones, la guerra se cobró unas

200.000 víctimas mortales, de las cuales unas 170.000 fueron campesinos de la Vandea. Eso supone entre el 20 % y el 25 % de los habitantes que la región tenía en aquella época.

AG

Por eso algunos historiadores hablan de genocidio, pero ahí entraríamos en un terreno inestable, ya que se abusa demasiado de este término. Un genocidio es algo muy concreto y bien descrito por el Estatuto de Roma. Se puede hablar de genocidio cuando se busca destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso. Un genocidio es lo que padecieron los armenios a manos de los turcos entre 1915 y 1916. Un genocidio es la solución final de los nacionalsocialistas alemanes para exterminar a los judíos que se encontraban en los territorios ocupados. En ambos casos se persiguió hasta sus últimas consecuencias a dos grupos con características étnicas y religiosas bien delimitadas. Fue una decisión política tomada por dos gobiernos que consideraban que los armenios o los judíos tenían que desaparecer de la faz de la Tierra. En el caso de la Vandea no es del todo así. A los vandeanos, el ejército de la Convención primero y luego el del Directorio, les eliminan porque les consideran rebeldes contrarrevolucionarios. El fin de la guerra en 1795, de hecho, no acaba con las revueltas vandeanas, hubo tres insurrecciones más en 1799, 1815 y 1832 por motivos similares, aunque de menor envergadura, que también se sofocaron desde París. A los vandeanos se les mataba no por ser vandeanos, sino porque una buena parte de ellos se habían levantado en armas contra la revolución. No existe ninguna orden de la Convención o del Directorio para exterminar vandeanos por el mero hecho de serlo. Como la rebelión se extendió fueron también muchos los que masacraron las tropas republicanas. Lo hicieron de forma despiadada y ejemplarizante. Hoy entraría en la categoría de crímenes de guerra lo que hicieron los revolucionarios durante esos años en la Vandea, pero no en la de genocidio. Podemos emplear el término genocidio si queremos, pero en ese caso podremos utilizar ese término para otras muchas cosas y estaremos desvirtuando lo que realmente significa genocidio.

FDV

En la historiografía francesa la guerra de la Vandea sigue siendo algo parecido a un tabú porque rompe con la imagen prístina de la revolución que las sucesivas repúblicas francesas han ido construyendo con los años. Han repetido una y otra vez que, a pesar de algunos excesos, la revolución era necesaria porque vino a mejorar la vida de los franceses, especialmente la de los más humildes que vivían oprimidos por los aristócratas. Y he ahí la contradicción. Los vandeanos eran simples campesinos y artesanos humildes. Si su objetivo era mejorar la vida de los pobres, ¿por qué terminó asesinando pobres a gran escala como sucedió en la Vandea?

AG
La Vandea es una mancha en el expediente sobre la que prefieren pasar por encima dejándolo en una simple revuelta reaccionaria. Se puede entender que los revolucionarios guillotinasen a los nobles, ya que disfrutaban de injustificables privilegios y oprimían al Tercer Estado, pero eso de matar a los campesinos cuando precisamente has hecho la revolución en su nombre es algo que no encaja en el relato canónico. Esto me lleva a hacer una reflexión que es válida para otras revoluciones que perseguían liberar a un pueblo que luego resultó que no quería ser liberado. Cuando lo descubren deciden que a ese pueblo hay que eliminarlo porque no está dispuesto a comprar la mercancía revolucionaria que se ha fabricado para él. Si no compran la revolución se convierten en un obstáculo y, como la revolución es un fin en sí mismo y no puede detenerse, hay que despejar el camino de la forma más expeditiva posible. Esa purga servirá de ejemplo para los demás y para los que vengan después, que tendrán la mente más abierta a los avances de la revolución.

FDV
Esto no es algo que estemos interpretando. La voluntad de imponer por la fuerza la revolución nace de sus protagonistas. Ahí tenemos los textos de Saint-Just y Marat o los discursos de Robespierre. Saint-Just decía que una nación solo se regenera sobre un montón de cadáveres. La idea de regenerar y empezar de cero es muy poderosa. Hemos ido viendo en las páginas anteriores como la *tabula rasa* es uno de los principios rectores de la Revolución Francesa desde sus primeros días.

Si nos vamos más atrás, a la época en la que los ilustrados se dedicaban a filosofar y a proponer reformas, nos encontramos con que, aunque gustaban de hablar en nombre del pueblo, no tenían intención alguna de consultar con este los cambios que proponían. La revolución parte de una reflexión filosófica de carácter aristocrático. El nuevo orden lo conciben aristócratas o pensadores muy cercanos a la aristocracia que exponen sus teorías en salones palaciegos. Esas teorías van llegando de forma paulatina a los burgueses adinerados de las grandes ciudades que quieren emular los entretenimientos de los nobles y que tienen tiempo para reflexionar sobre estas cosas. El pueblo ni está ni se le espera. Es un esquema piramidal y descendente.

AG

Cuando la situación se pone tensa en la calle a raíz de la crisis económica de la década de 1780 esas clases acomodadas tienen el catecismo bien aprendido y lo transmiten a la masa hambrienta y, por lo general, analfabeta. Les vienen a decir que todo va mal porque el país no se gobierna adecuadamente, porque el rey, los nobles y la Iglesia tienen demasiados privilegios. Es necesario dar la vuelta al calcetín para que las cosas mejoren. Tenemos, por lo tanto, dos movimientos. Uno ascendente, que es el de ese pueblo que no tiene pan y es víctima del desabastecimiento, y otro descendente que es el de muchos nobles y burgueses que traen bajo el brazo un corpus teórico elaborado en las décadas precedentes. Ambos movimientos confluyen en este momento histórico en Francia. En el caso de la Vandea y otras zonas rurales del país los dos movimientos confluyen, pero no coinciden, chocan violentamente.

FDV

Volviendo con el Directorio, comentábamos antes que su estructura política era muy poco práctica. Un sistema que tiene no dos cabezas, sino cinco, hace que tomar decisiones se convierta en un problema. Las fronteras exteriores, que parecían aseguradas tras el tratado de Campo Formio y los que le precedieron con las potencias europeas, vuelven a estar amenazadas cuando se forma la segunda coalición a finales de 1798. A la segunda coalición se unen, aparte de Gran Bretaña y Austria, Portugal, Nápoles y Rusia. No es una coalición tan

grande como la anterior, pero Gran Bretaña y Austria son en ese momento las dos principales potencias de Europa.

AG
Eso lo que nos viene a decir es que siguen sin estabilizar y normalizar la revolución. La segunda coalición llega lo suficientemente tarde como para permitirles consolidar el sistema del Directorio, que era farragoso sí, pero no especialmente impopular porque los franceses venían de los desórdenes de la Convención y cualquier cosa les parecía buena. En 1795 promulgan la constitución y, al abrir esta el juego político, afluyen a las dos cámaras diputados que están en contra del Directorio y hasta de la propia revolución. Reaparecen los monárquicos, que habían permanecido escondidos en la fase anterior, y también poco a poco van sacando la cabeza los jacobinos, que habían sobrevivido a la ola represiva de la reacción termidoriana. Algunos afirman en público que se está traicionando a la revolución, que la revolución ha perdido su razón de ser, que no era otra que cambiar radicalmente Francia. Otros que la revolución ha fracasado, que no ha traído más que desgracias y que habría que plantearse llamar al conde de Provenza, el futuro Luis XVIII, ya que el único hijo varón de Luis XVI, el delfín Luis Carlos de Borbón, ha muerto en la prisión del Temple siendo un niño. Programas tan radicales eran incompatibles con la constitución del Directorio, así que se producen sucesivos levantamientos a un lado y otro.

FDV
Del lado jacobino aparece una figura muy interesante, la de Gracchus Babeuf, que en realidad se llamaba François, pero que se cambió el nombre por el de Gracchus a modo de homenaje a los hermanos Graco que, en tiempos de la república romana, consiguieron grandes avances sociales como tribunos de la plebe. Babeuf estaba obsesionado con lo que él denominaba la «igualdad perfecta» que consistía en un sistema en el que se eliminase la propiedad y todo pasase a ser común. Babeuf es, de hecho, el primero en proponer de forma elaborada algo así. Con Babeuf estamos en la antesala del comunismo que teorizará Karl Marx décadas más tarde, por eso los comunistas le consideran uno de los precursores del movimiento.

AG

Las teorías de Babeuf no tenían cabida alguna dentro de un sistema como el del Directorio, que insistía mucho en la idea de libertad, pero que había retirado todas las referencias a la igualdad dentro de la constitución. Eso no era impedimento para que Babeuf y sus seguidores clamasen desde las páginas de su periódico *Le Tribun du Peuple* (El Tribuno del Pueblo) y llenasen París de pasquines con su propaganda. Babeuf defendía al principio una insurrección pacífica, lo que viene a demostrar que no vivía con los pies en la tierra porque en la Revolución Francesa todas las insurrecciones fueron o violentas o muy violentas. El gobierno del Directorio, irritado por la machacona presencia de la propaganda babuvista, decidió cerrar su club, el Club Panteón, y ordenó su arresto. Babeuf consiguió huir de la policía y concluyó que solo le quedaba organizar un complot y seguir agitando a la opinión pública. Su objetivo era volver a la Convención jacobina, derogar la constitución de 1795, promulgar en su lugar la de 1793 que nunca había entrado en vigor y colectivizar toda la tierra. Carnot, que en esos momentos era uno de los directores, se temía lo peor, movió cielo y tierra para aplastar la conspiración y terminó dando con Babeuf y los seis partidarios con los que había conjurado en la llamada Conspiración de los Iguales. Los llevan a una prisión de París, pero un motín popular intenta liberarlos. En otro momento de la revolución lo hubiesen conseguido, pero en 1796 los motines ya han dejado de funcionar como motor de los acontecimientos. Carnot ordena que los trasladen a Vendôme y allí les juzgan y los condenan a muerte. La Conspiración de los Iguales quedó en nada, pero las autoridades eran muy sensibles a cualquier síntoma de radicalismo.

FDV

Algo habían aprendido desde 1789. La otra gran conspiración a la que se enfrenta el Directorio es la de Jean-Charles Pichegru, un laureado general de las guerras revolucionarias que se había pasado al otro lado. Pichegru pertenecía a esa generación de jóvenes militares a quienes la revolución les pilló cuando acababan de salir de la academia. Se alistó como voluntario en 1792 para acudir al frente del Rin y allí combatiría un par de años hasta que fue destinado en el ejército del norte. Ya como general hizo una gran campaña en Flandes

y terminó de ocupar los Países Bajos. De vuelta en París reprimió la insurrección del 12 de germinal del año III, una revuelta popular contra la reacción termidoriana, y se convirtió en uno de los activos más seguros del Directorio. En algún momento de 1795 entró en contacto con los emigrados, que le convencieron de que se pasase a su bando. A cambio le ofrecieron una importante suma de dinero, el gobierno de Alsacia y el palacio de Chambord junto al Loira. El Directorio se enteró del enjuague y, para no armar un escándalo público, lo dejó correr y le envió de embajador a Suecia, pero una vez allí siguió intrigando con los emigrados, lo que ocasionó su arresto y que le deportasen a la Guayana, de donde consiguió evadirse y viajar a Londres. Allí se encontró con el grueso de la emigración, que le animó a desplazarse personalmente a Francia y, aprovechándose del prestigio que tenía entre el pueblo, provocar una insurrección monárquica. Desembarcó en Normandía, pero tan pronto como puso un pie en tierra, sus hombres le traicionaron y le entregaron al Directorio. Pichegru tenía unas credenciales revolucionarias inmaculadas y era un general popular. Las campañas victoriosas en el Rin y en los Países Bajos le habían reportado incluso el título de Salvador de la Patria. El Directorio sabía que no podía mover demasiado el asunto, así que le encerró en la prisión del Temple y unos días más tarde apareció ahorcado en su celda. Se habló de suicidio y es posible que así fuese, pero fue un suicidio muy oportuno para los directores, que así se ahorraban un juicio del que seguramente saldría un mártir.

AG

En el caso de Pichegru lo que vemos es a un general que ha hecho el viaje completo. Va pasando por todas las fases de la revolución, se radicaliza paulatinamente y luego se va moderando. Cuando decide traicionar al Directorio seguramente influye la oferta económica que le hacen los emigrados, pero también su propia evolución personal. No estaba a favor de la monarquía absoluta, pero quizá sí de una monarquía constitucional como la de 1791. De cualquier modo, con la conspiración de Pichegru vemos que eso de abrir el sistema a las diferentes corrientes políticas tiene como consecuencia que los extremistas de ambos lados reaparezcan. Por eso se suceden los golpes

de estado y las conjuras. El Directorio era un sistema aparentemente intachable, pero no convencía a casi nadie. Se quedaba en medio de ningún sitio y al final quienes terminan dándole la estocada final son los propios directores.

FDV
El primero en hacerlo fue Paul Barras, que participó en el golpe del 22 de floreal del año VI (11 de mayo de 1798) y luego inició negociaciones en secreto con el conde de Provenza para restaurar la monarquía y que se convirtiese en Luis XVIII. La operación falló porque pedía demasiado dinero. El que organizó mejor el golpe definitivo fue Sieyès, otro superviviente de los primeros días. El sistema hacía aguas y era cuestión de tiempo que los jacobinos se hiciesen de nuevo con el poder. En cada elección conseguían más diputados en las cámaras porque la participación era muy baja y eso les beneficiaba, ya que sus bases estaban muy politizadas. Cabía la posibilidad de reformar la constitución para fortalecer el poder ejecutivo, pero el proceso era muy largo. No quedaba otra opción que tomar el poder por la fuerza y dar comienzo a una nueva etapa. En tanto que ya había estallado la guerra de la Segunda Coalición, era necesario contar con un militar lo más prestigioso posible que apoyase el golpe. Primero pensó en el general Barthélemy Joubert, que estaba al cargo del ejército de Italia, pero murió en la batalla de Novi frente a los austriacos. Otra opción era Napoleón Bonaparte, que acababa de regresar de Egipto y que aceptó ser el brazo armado de la conspiración.

AG
El golpe estaba bien pensado. Sieyès se encargaría de que los dos consejos se reuniesen el 18 de brumario (9 de noviembre) fuera de París, en el castillo de Saint-Cloud. Una vez allí se les pediría que, teniendo en cuenta las recientes derrotas militares en Italia, debían elegir a un equipo ejecutivo más compacto formado por tres cónsules. Antes de eso Sieyès, Ducos y Barras dimitieron, los otros dos directores se negaron y fueron apartados. Los consejos se trasladan a Saint-Cloud, pero no lo ven claro. Napoleón irrumpe en el pleno y trata de persuadirles, pero no lo consigue, incluso le abuchean.

Abatido abandona el edificio acompañado por su hermano Luciano, que en esos momentos es presidente del Consejo de los Quinientos. Le convence para que arengue a sus tropas. Se corre el rumor entre la soldadesca de que quieren liquidar a su general y todo se precipita. Los diputados salen por las ventanas y el Consejo de los Ancianos decide nombrar a un triunvirato formado por Napoleón Bonaparte, Enmanuel Sieyès y Roger Ducos en calidad de cónsules. Ese consulado sería temporal y su principal cometido habría de ser redactar una nueva constitución porque, tras lo sucedido en Saint-Cloud, la de 1795 quedaba reducida a cenizas.

FDV
El 18 de brumario es una de esas carambolas inexplicables que terminan dejando el poder en manos del tipo más insospechado. En ese momento Napoleón Bonaparte es un general muy joven, acaba de cumplir treinta años y solo es conocido por sus hechos de armas. A diferencia de otros de su generación, él no ha hecho la revolución, se ha limitado a verla pasar mientras se iba adaptando a los cambios. En Italia consigue hacerse un nombre y convertirse en uno de los mejores generales del Directorio. Cuando empieza la guerra de la Segunda Coalición se encuentran con un frente claro, el de Italia, al que envían a Joubert, y que se salda con una humillante derrota. Contra Gran Bretaña nada pueden hacer, ya que la isla está bien defendida por la marina real, pero sí pueden cortar su acceso a la India atacando Egipto. Los británicos, poco antes, han perdido las colonias de norteamérica, pero ya han reenfocado sus intereses en otras zonas del mundo. Su economía es dependiente de ciertas rutas marítimas que alimentan la incipiente industria. Esto será así durante los dos siglos siguientes. Tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial los alemanes tratan infructuosamente de hacerse con Egipto para cortar el acceso de los británicos a la India. Los estrategas del Directorio son los primeros en advertir la importancia de esa ruta para Gran Bretaña y encargan la campaña de Egipto a ese joven general que tan bien lo había hecho en Italia.

AG
Al principio no le sale mal. Consigue ocupar todo el valle del Nilo para

disgusto de los otomanos e incluso se atreve a internarse en el área de Palestina donde los británicos terminan parándole los pies. Pero era un frente demasiado lejano y difícil de abastecer. La marina real controlaba a placer el Mediterráneo, no había posibilidad de mantenerse allí mucho tiempo, ni siquiera de comunicarse en condiciones con Francia. Como aventura militar fue de lo más interesante, también desde el punto de vista arqueológica, puesto que en esta expedición se descubre la piedra Rosetta, un hallazgo que terminará siendo de capital importancia para que años más tarde Jean-François Champollion pueda descifrar los jeroglíficos egipcios. Napoleón embarca en Francia a un equipo de especialistas en antigüedades que traen a Europa muchas piezas que ponen de moda el antiguo Egipto. Pero como campaña militar tenía poco recorrido. Podía ocupar el país, cosa que hizo sin muchos problemas, incluso permanecer allí algo de tiempo, pero no podía ir más allá y, mucho menos, cortar el tráfico británico con la India, que era el objetivo de la operación.

FDV
Una vez Napoleón se ha apoderado del valle del Nilo se convierte en el amo del país, en una suerte de sultán. No deja de ser paradójico que el representante de la Revolución Francesa se transforme en un déspota oriental. El hecho es que esa época la recordará después como la más feliz de su vida. Tiene por primera vez contacto directo con el poder, no el poder militar, sino el poder político. En las campañas de Italia había llegado a acuerdos de paz por su cuenta, pero estaba demasiado cerca de Francia y requería aprobación. En Egipto nadie le controla, hace lo que le viene en gana y parece que le gusta. Decide regresar a Francia ya con una vocación política clara porque, antes de entrar en contacto con Sieyès, se reúne con otros grupos. El plan de Sieyès le parece convincente y se suma a él. No es una conspiración cualquiera, se le antoja algo seguro porque quien la está poniendo en marcha es uno de los directores.

AG
El plan parecía seguro, pero a punto estuvo de naufragar en el último momento. Ahí se da cuenta de que mientras tenga al ejército de su

lado nada habrá de temer. Le pone el punto final al Directorio, un sistema que ha durado cuatro años y catorce días. No parece mucho, pero fue más tiempo que el de la Convención y que la primera constitución. Los ritmos de la revolución se han ido ralentizando y en ello ha tenido mucho que ver este periodo del Directorio. Para solucionar los defectos de este sistema crean uno nuevo desde cero: el Consulado que, por el nombre, podemos ver que también está inspirado en la Antigua Roma. El principal problema del Directorio era que adoptar cualquier tipo de decisión se tornaba lento y farragoso. El legislativo tenía dos cámaras, ambas muy numerosas, y el ejecutivo cinco directores que se cambiaban continuamente porque su mandato era de solo un año. Los arquitectos del sistema querían evitar que se concentrase mucho poder en una sola persona, y lo habían conseguido, pero a un precio muy alto, el de la ingobernabilidad, porque si algo caracteriza al Directorio son las intrigas, las conspiraciones y los golpes de estado continuos.

FDV
No es que el sistema naciese muerto, pero tenía una fecha de vencimiento cercana porque los problemas que tenía que enfrentar la revolución tanto dentro como fuera de Francia eran muchos y se necesitaba concentrar el poder. No es casualidad que sean sus mismos directores quienes lo derriben desde dentro. La idea del Consulado parecía interesante y no muy disruptiva. Se pasaría de cinco directores a tres cónsules y habría que reorganizar el legislativo acorde a la nueva situación, pero no era mucho lo que aparentemente cambiaba. A unos se les podía vender como la defensa *in extremis* de la república, a los otros como un paso más hacia la normalización y la vuelta al pasado.

AG
Eso mismo fue lo que hicieron. No querían despertar sospechas y que la operación fracasase. De los tres cónsules dos eran viejos conocidos, Sieyès y Ducos, y el tercero un joven general acompañado de una fabulosa campaña de relaciones públicas. Los franceses le conocían por las campañas de Italia y Egipto. La primera había salido redonda, no así la segunda, pero no importó, se colgó la medalla igualmente, a

fin de cuentas, había conquistado Egipto él solo. Sieyès llevaba allí desde el principio. Había formado parte de los Estados Generales, de la Asamblea Nacional, de la Convención y del Directorio. Era un tipo incombustible y muy habilidoso. Sobrevivió a la radicalización de la Asamblea Nacional y, sobre todo, a la Convención interviniendo lo justo para pasar desapercibido y que nadie le señalase. Ducos era mucho más limitado, había llegado hasta arriba por pura casualidad. Era un simple diputado de la cámara de los Ancianos en cuya existencia nadie reparó hasta que, en junio de 1799, Barras y Sieyès apoyaron su candidatura para ser nombrado director. Estos tres hombres, uno joven y dos de mediana edad, son quienes se hacen con el poder el 18 de brumario.

FDV

Como había sucedido en 1794 con la reacción termidoriana, el Consulado se improvisa sobre la marcha durante unos meses hasta que se promulga y revisa la nueva constitución ya entrado el año 1800. Los tres cónsules no eran iguales. Uno de ellos era el primer cónsul, cargo que recayó en Napoleón, que no estaba dispuesto a ser una simple comparsa de Sieyès. El poder ejecutivo descansaba sobre sus hombros, los otros dos eran simples consejeros. De la parte legislativa se encargaba un complejo sistema de cuatro organismos: el Tribunado, el Cuerpo Legislativo, el Consejo de Estado y el Senado Conservador, cada uno de ellos con un cometido bien delimitado por la constitución que se aprobó a toda prisa en diciembre de 1799, la llamada constitución del año VIII, ideada por Sieyès para dar a Napoleón un papel subalterno, pero reelaborada por Napoleón y sometida a plebiscito dos meses más tarde. La constitución preservaba la apariencia de la república, pero, en realidad, establecía un régimen personalista y autoritario. Nada más entrar en vigor el nuevo sistema, Napoleón se quita de encima a Sieyès y a Ducos y los sustituye por Jean-Jacques-Régis de Cambacérès, un experto en derecho que había formado parte del Comité de Salvación Pública durante la Convención, y Charles-François Lebrun, especialista en finanzas y monárquico moderado a quien los jacobinos habían encerrado en un par de ocasiones. Buscaba, como vemos, equilibrar la balanza porque su intención manifiesta es poner fin al proceso revolucionario.

AG

Napoleón no se fía de nadie. Hasta el día de su consagración el 18 de brumario no ha protagonizado ningún episodio importante de la revolución, pero sabe bien lo que ha pasado en Francia durante esos diez años locos. Conoce los nombres de todos los que han caído, los bandazos que han ido dando los supervivientes y la cantidad infinita de intrigas y traiciones que han acabado con prometedoras carreras políticas. Solo confía realmente en su familia. Los Bonaparte eran varios hermanos y los fue ubicando de forma estratégica para tenerlo todo controlado. El mayor se llamaba José, que años después, tras las abdicaciones de Bayona, terminaría siendo rey de España. Los menores eran Luciano, Elisa, Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo. Todos, sumando a los cuñados, participarán de forma directa o indirecta del poder. Eso con el tiempo le dará un control muy directo de todos los resortes y le permitirá dominar Francia y su imperio de forma personal y cercana.

FDV

Unas circunstancias especialmente favorables también le ayudan. Entre 1800 y 1802 todo se va a alinear para llevarle en volandas hasta el poder absoluto, mucho más absoluto que el que había tenido cualquier otro hombre en la historia de Francia. Consigue en junio de ese año derrotar a los austriacos en la batalla de Marengo, lo que hace crecer aún más su popularidad. En diciembre se desarticula un complot monárquico en París que pretendía acabar con su vida. Aprovechó la ocasión y deportó a la Guayana no solo a los realistas, sino también a muchos republicanos. En febrero de 1801 llegó la paz con Austria en el tratado de Lunéville, que dejó la práctica totalidad de Italia en manos francesas. Seis meses más tarde firmó un concordato con la Santa Sede que ponía fin a la descristianización que comenzó con aquellos primeros decretos de 1789. El concordato, al que el papa Pío VII se avino sabiendo que cualquier cosa mejoraría la situación de la Iglesia en Francia, fue fundamental, ya que no obligaba al estado a revertir la desamortización y le permitía seguir controlando a los sacerdotes ya que, antes de ser ordenados, tenían que prestar solemne juramento de lealtad al estado. El papa, por su parte, conjuraba la amenaza de la persecución, recuperaba la

posibilidad de destituir obispos y los oficios dominicales, para lo que hubo que modificar el calendario republicano aún en vigor, y obtenía un trato preferente por parte de las autoridades. Fue una jugada maestra porque la mejor arma de los monárquicos era el maltrato que la revolución dispensaba a los católicos, que seguían siendo una mayoría en Francia. En marzo de 1802 llegó la paz con Gran Bretaña en Amiens. El gobierno de Jorge III, presidido desde mucho antes de que diese comienzo la Revolución Francesa por el implacable William Pitt, reconocía finalmente a la Francia revolucionaria a cambio de poder comerciar con el continente y de una serie de concesiones territoriales menores que ni siquiera abonó Francia, sino sus aliados españoles y bátavos.

AG
Es en ese momento tras la firma de la Paz de Amiens cuando Napoleón decide cruzar el Rubicón y sacarse de la manga otra constitución, la del año X, que le convierte en cónsul vitalicio y con capacidad para transmitir el cargo a sus descendientes como parte de la herencia. Se había convertido ya en lo más parecido a un monarca. Dos años más tarde resolvería ese trámite coronándose emperador en la catedral de Notre-Dame de París. Para que no hubiese dudas sobre su legitimidad, convocó un nuevo referéndum constitucional en el que el sí ganó con el 99,7 % de los votos, una mayoría un tanto sospechosa, pero era indiscutible que el joven cónsul estaba bendecido por una popularidad que no había acompañado a ningún otro gobernante revolucionario. Con ese plebiscito celebrado el 14 de termidor del año X (2 de agosto de 1802) se puede dar por concluida la Revolución Francesa. Eso siendo generosos ya que algunos historiadores colocan el final del proceso revolucionario en el 18 de brumario. Otros prefieren llevárselo al 2 de diciembre de 1804, fecha de su coronación imperial, por motivos simbólicos. En función de si escogemos la cuenta corta o la larga, estamos hablando de un proceso no especialmente extenso, de entre diez y quince años, pero con descomunales consecuencias para la historia universal.

FDV
Resumiendo, la revolución empieza con un rey absoluto y termina con

un emperador más absoluto todavía. Ese emperador se encargará, no obstante, de consolidar una parte nada despreciable del programa revolucionario y de expandirlo por toda Europa. El sistema de administración territorial, de justicia, de organización del ejército se desarrolla mucho más profundamente durante el gobierno de Bonaparte que en los años previos porque las numerosas vicisitudes políticas no lo habían permitido. Otra de las consecuencias de la toma de todo el poder por parte de Napoleón es que el enemigo interno desaparece. Desde los primeros días de la revolución sus líderes hubieron de enfrentar dos adversarios, ambos temibles y capaces de hacer descarrilar todo el proceso. En el exterior, las potencias europeas como Gran Bretaña, Austria, Prusia o España donde no se veía con buenos ojos lo que estaba pasando en Francia, ya que temían un contagio. Eso provocó dos grandes guerras contra sendas coaliciones internacionales. En el interior sobre la revolución aletea siempre el fantasma de la reacción. Dedican mucho tiempo a combatir a los emigrados y rebeliones internas como la de la Vandea o las federalistas. Con Napoleón ese enemigo desaparece. Consigue concentrar todo el poder y que nadie ose disputárselo. En el exterior los dos tratados que finalizaron la guerra de la Segunda Coalición le aseguraron las fronteras. Francia tenía por fin la paz que tan esquiva le había sido. Pero eso no le satisface, quiere más y multiplica las guerras. Las coaliciones contra la revolución pasan a ser coaliciones contra él.

AG

La paz interna la ha conseguido por descarte. Cuando Napoleón hace acto de presencia a finales de 1799 con el golpe del 18 de brumario, la revolución ha cumplido ya diez años. Todos los que le podían disputar el poder ya se han masacrado entre ellos. Los adversarios más peligrosos o están muertos o muy desgastados. Él llega en el último momento con la gloria militar como carta de presentación y se hace con todo en un par de golpes de mano. Se encuentra con la revolución hecha, ya le han dado la vuelta al calcetín. Les costó, por ejemplo, reorganizar la administración territorial, pero ya está rodada después de diez años. Con la constitución de 1802 sus poderes son esencialmente dictatoriales, no necesita soportar peroratas de las

cámaras, que seguir siguen allí, pero completamente desactivadas. Eso le permite crear inmensas redes clientelares por toda Francia que harán aún más sencillo su gobierno.

FDV
La inestabilidad la exporta. A esa gente joven movilizada se la lleva a combatir por todos los rincones del continente. Sigue buscando las fronteras naturales de Francia e incluso más allá. A partir de 1806 se plantea un proyecto muy ambicioso, el de rehacer Europa a la medida de la Francia que acaba de salir de la revolución. Invade a todos sus vecinos y, no contento con eso, va apoderándose de reinos en los que pone como soberanos a sus hermanos o a sus generales. Allá donde llegan los soldados franceses tratan de replicar la experiencia de su tierra. Algunas partes de Europa directamente las anexiona al imperio, otras las deja como estados títere enteramente a su servicio. Muchos de los oficiales de los ejércitos napoleónicos son convencidos revolucionarios que, a sabiendas de que en Francia poco más lejos se puede llegar, se toman como algo personal exportar la revolución cooptando a las élites locales.

AG
El caso de España es, una vez más, muy ilustrativo. En España son los afrancesados los que defenderán la invasión porque eso, según ellos, modernizará el país. La primera constitución española data de 1812, pero tres años antes, en 1809, Napoleón en persona ha concedido a los españoles un estatuto en Bayona que es asimilable en muchos puntos con una constitución. Lo mismo sucede en otras partes de Europa como Alemania o Italia. En España, que era uno de los reinos más importantes del continente, ya que disponía aún de un extenso imperio ultramarino, pone a su hermano José en el trono. José se exhibe ante los españoles como un rey revolucionario que trae un gran programa de reformas, casi todas copiadas de las que se habían hecho en Francia desde 1789, entre ellas la reorganización territorial con un sistema de departamentos cuyo nombre es de inspiración geográfica.

FDV
Nos encontramos aquí con una flagrante contradicción que los

monarcas europeos tardan en advertir: una monarquía absoluta en Francia que, al mismo tiempo, se encarga de difundir ideas revolucionarias fuera de Francia. Eso implica guerras continuas, fronteras que se mueven siempre en beneficio de Francia y dinastías que caen. La familia Borbón, que reinaba en España, Nápoles y Parma, se queda sin nada en muy poco tiempo. Las casas reales temen por ellas mismas como no lo habían hecho años antes cuando la Convención Nacional mandó guillotinar a Luis XVI.

AG
Para los franceses esa contradicción es evidente, pero les compensa ampliamente, por eso el apoyo a Napoleón es masivo dentro de Francia hasta sus últimos momentos, cuando ya ha sido derrotado en todos los frentes. Ese hombrecillo corso ha reinstaurado la monarquía, ha dejado los grandes avances revolucionarios reducidos a ceniza o, en el mejor de los casos, a papel mojado y gobierna de forma dictatorial, pero está difundiendo con notable éxito las ideas revolucionarias por toda Europa gracias a sus continuas victorias militares de las que toda Francia saca partido.

FDV
Podríamos decir, por lo tanto, que la era napoleónica es realmente un epílogo de la revolución hasta que Napoleón cae derrotado en Waterloo y se reúne el Congreso de Viena, que sí supone su punto final.

AG
Podríamos decirlo, sí. La revolución se exporta de forma muy exitosa. La Europa de 1815 es muy distinta a la de 1799 y han pasado poco más de quince años. Eso para muchos franceses es prueba más que sobrada de que la revolución ha triunfado y ha merecido la pena hacerla a pesar de sus muchos sinsabores.

FDV
Los delegados reunidos en Viena entre 1814 y 1815 son muy conscientes de que todo lo ocurrido en el cuarto de siglo anterior ha cambiado para siempre Europa y, aunque tratan de reinstaurar el

Antiguo Régimen, saben que, por más que se empeñen, lo que salga no se parecerá a lo que había antes, que ese es un mundo que ya ha desaparecido. En la propia Francia la familia Borbón vuelve al trono en la persona de Luis XVIII, el conde de Provenza que lleva fuera de Francia desde 1791. Recibe los mismos poderes que su hermano, pero decide compartir algunos con dos cámaras legislativas, la de los Diputados y la de los Pares, recogidas en la Carta de 1814. Luis no tenía intención de hacerlo, son las potencias europeas las que le piden que haga concesiones para evitar males mayores.

AG

Hay otro elemento que no tuvieron en cuenta en Viena. Puede parecer contradictorio, pero la Revolución Francesa fue un proceso de centralización del poder. Si ese poder, por cualquier circunstancia, cae en manos de una sola persona tenemos ante nosotros la monarquía más absoluta de la historia. Luis XVI fue un monarca menos absoluto que Robespierre que, a su vez, fue menos absoluto que Napoleón. Cuando el Congreso de Viena reclama volver a la monarquía absoluta previa a la revolución se están haciendo trampas en el solitario porque, aunque tengan sueños húmedos con la monarquía absoluta de los siglos XVI y XVII, este tipo de monarquía la ha encarnado mucho mejor Napoleón que Luis XVI. Cuando su hermano recupera el trono en mayo de 1814 se encuentra en las manos muchísimo poder y ningún contrapeso. Decide graciosamente otorgar esa Carta, pero, de no haberlo hecho, habría podido disfrutar de mucho más poder que Luis XVI. Eso se lo debía a la Revolución Francesa. Era ese proceso histórico el que había puesto en manos del rey de Francia mucho más poder del que cualquier otro que le precedió hubiese soñado. Esta es la lección que habitualmente suele pasar desapercibida para los estudiosos de la Revolución Francesa.

5

El legado de la Revolución Francesa

Fernando Díaz Villanueva (FDV)
Llegados al punto final de esta larguísima conversación convertida en libro, creo que deberíamos plantearnos cuál fue el legado de la Revolución Francesa, un proceso breve pero intenso y con consecuencias de alcance universal.

Alberto Garín (AG)
Hay uno fundamental, que no es ni positivo, ni negativo en su esencia, me refiero a la universalización de muchos principios. Te pongo un ejemplo fácil de entender, el del Sistema Internacional de Unidades que viene directamente del sistema métrico decimal implantado durante la revolución. Habrá quien considere que ese sistema métrico vino a acabar con formas de medición más intuitivas como la pulgada o el pie, sustituidas por metros y centímetros. Pero hay otras medidas mucho menos intuitivas como los celemines o las arrobas a las que sustituyen el kilo y el litro. Que un metro, un litro o un kilo midan lo mismo en cualquier parte del mundo es una ventaja indudable.

FDV
Esa universalización es la que llevó a establecer un listado genérico de derechos y libertades. Hoy cuando hablamos de un país libre nos referimos a aquel que reconoce y respeta ciertas libertades como la de expresión, reunión, asociación, conciencia, *etc.* En ese sentido, y en tanto que todos los seres humanos somos iguales, esa apuesta por la universalización de principios de la Revolución Francesa parece muy acertada.

AG

Como decía antes, no es positivo, ni negativo en su esencia, sino en su uso. Defender la libertad de expresión parece necesario. Pero pensemos en ese proceso que seguimos viviendo hoy en el que, cuando surge un problema, se establece una solución, esa solución se articula como derecho y, a continuación, se impone de forma universal. Tomemos el caso de los derechos de los animales. Hay desalmados que maltratan a sus animales. La solución es conceder derechos a esos animales y universalizar esos derechos hasta convertirse en auténticas obligaciones por parte de los seres humanos. El absurdo es que hemos partido de una idea interesante, universalizar un derecho, que es algo social y, por tanto, exclusivo de los derechos humanos, hasta convertirlo en algo ridículo: todo es derecho y hemos de aceptar hasta lo más disparatado si viene revestido de derecho.

FDV

Aquí entraríamos en un debate muy interesante, porque uno de esos principios universales que estableció la Revolución Francesa es que todos los territorios del mundo debían quedar englobados dentro de formas estatales. Hasta el punto de que hoy el estado es prácticamente la única forma de organización pública de las comunidades humanas.

AG

De nuevo, el punto de partida era interesante, más que positivo o negativo. Generar una estructura universal dentro de la que agrupar a las diferentes comunidades humanas, una estructura, el estado, que había de ser el garante de las libertades generalizadas por la Revolución Francesa, que no creadas por ella. Pero es indudable que hay estados que abusan de sus ciudadanos. Desde posturas totalmente totalitarias, donde cualquier acción inadecuada puede costarte la vida, hasta formas más sutiles, como una excesiva carga fiscal. Sin embargo, frente a esos estados abusivos, la mejor solución es poder buscar el amparo de otros estados más benignos. En ese sentido, al individuo le resulta más fácil salvar su vida huyendo de una dictadura a una democracia liberal que enfrentándose él solo (o con un grupo de aliados) a ese estado dictatorial. A los soviéticos en el siglo XX les atraía más la idea de fugarse a occidente y reiniciar su vida allí que la

de pelear *in situ* por la democracia en Rusia. Lo primero era difícil, pero una vez conseguido se acababa el problema. Lo segundo podía terminar en un campo de concentración de Siberia o ante un pelotón de fusilamiento. Como con la universalización, el estado es una solución interesante que corre el riesgo de convertirse en una herramienta que favorece a las personas o que las oprime. En realidad, el gran mal generado en la Revolución Francesa, hijo tanto de la universalización de principios como de esa omnipresencia de los estados, fueron los estados nación.

FDV
Cierto, porque aquí entramos en aquello que hemos visto en los primeros capítulos cuando surge un nuevo ente de legitimación política, que es la nación. La nación entendida inicialmente como el conjunto de habitantes de un territorio. A partir de ahí empiezan las limitaciones y las exclusiones. Al principio solo hombres mayores de edad que pagaban cierta cantidad de impuestos. Luego todos los hombres mayores de edad. Más tarde se le ha dado voz y voto a las mujeres. Pareciera que ese pueblo, esa nación, es una forma adecuada de organizar a una sociedad.

AG
Pero aquí el riesgo es muy evidente. Es cierto que hablar del pueblo o nación como fuente de legitimidad no es algo nuevo de la Revolución Francesa. En las formas pactistas medievales hispanas, el pueblo es quien permite reinar al soberano. Y, a su vez, el pueblo es quien puede deponer al rey si se comporta como un tirano. Es algo reconocido desde Isidoro de Sevilla en el siglo VI a Juan de Mariana en el siglo XVII. Ahora bien, ¿quién era ese pueblo? Pues no había unas reglas fijas. Había un cierto sentimiento de pertenencia a un lugar, una serie de tradiciones y costumbres compartidas y buena reputación entre los vecinos. El gran problema del estado nación forjado con la Revolución Francesa es que ahora sí se establecen reglas fijas. La primera, la de la exclusividad. Una persona solo puede pertenecer a una nación. Y para ello habrá no solo de residir, pagar impuestos o compartir costumbres con sus vecinos, sino también de acudir a la guerra si la nación lo exige. Recordemos que los ejércitos revolucionarios son los que hacen

de la conscripción, del reclutamiento obligatorio, su base. Pero como miembro de una nación has de hablar, además, una determinada lengua, profesar cierta religión, practicar determinadas fiestas. Es decir, asumir que la identidad individual —la única identidad real— queda supeditada a una supuesta identidad colectiva, que en realidad es el resultado que imponga la minoría que gobierna en cada momento en el estado nación.

Esto implica que a la obligación de solo poder pertenecer a una nación se une la posibilidad de ser excluido de la nación si dejas de cumplir algunos de esos principios impuestos. Los revolucionarios excluyeron de Francia a buena parte de los nobles, a los clérigos que no aceptaron la Constitución Civil del Clero y a todo aquel que no estuviese de acuerdo con el nuevo sistema. Hasta hoy, los ejercicios de exclusión de los estados nación son continuos. Los judíos no podían ser alemanes y fueron excluidos, paso previo, por cierto, de su exterminio. Los «maketos» no pueden ser vascos. Los «ñordos» no pueden ser catalanes. Los anglófilos no pueden ser españoles. Tú mismo lo has explicado numerosas veces. Cada individuo tiene varias naciones dentro de sí.

FDV

En efecto. Una nación es algo difuso, no es más que eso ciñéndome a la definición que da el diccionario de la Real Academia Española, un «conjunto de personas de un mismo origen y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común». Yo por cuestiones de afinidad cultural soy madrileño, castellano, español, hispano, occidental. Diferentes naciones que explican qué soy, y que a la vez me diferencian y me aproximan a mis semejantes. Como madrileño soy algo diferente de un segoviano. Pero los dos nos asemejamos en ser castellanos, por tanto, diferentes de un andaluz. Pero los tres nos asemejamos en ser españoles y así sucesivamente. No deja de ser chocante que, tal y como hemos visto en las páginas anteriores, la Revolución Francesa fue el adalid de la universalización de los principios, pero terminó estableciendo cuáles son los únicos principios válidos, muy especialmente el estado nación que excluye en base a una sola identidad tomada abajo, pero delimitada desde arriba.

AG

No olvidemos que la Revolución Francesa es la hija más notable de la Ilustración. Los ilustrados se asomaron al mundo de manera racional no para hacer que la razón fuera el útil principal con el que resolver los problemas sociales, sino para que la razón fuera la coartada con la que establecer un número limitado de principios que todos han de seguir, pues de no hacerlo serás declarado «irracional». Por eso Robespierre sacó en procesión a la diosa Razón. Qué puede haber más contradictorio que una Razón divinizada. Pero pensemos en lo que vino después. El socialismo científico de Marx, un Marx que consideró que había establecido los principios racionales válidos para analizar cualquier tipo de interacción humana en cualquier momento de la historia. O cuando en el siglo XXI ciertos asuntos científicos, pensemos en el clima, se resuelven no mediante la investigación, el debate y la contraposición de ideas, sino mediante el consenso elevado a la categoría de principio absoluto. Si millones de científicos defienden una teoría frente a unos pocos cientos, la teoría es válida porque la cantidad de cerebros de millones de científicos equivale a una cantidad de razones mayor.

FDV

Visto así tendremos que ser moderadamente pesimistas respecto al legado de la Revolución Francesa. Lejos de ver ese periodo como un momento de especial progreso para los hombres, ¿acaso haya que considerarlo como una etapa en la que nos colocamos las cadenas de forma voluntaria?

AG

Para nada. El problema es pensar que la historia es una realidad estática. Que una vez alcanzados ciertos estadios, no sé si decir metas, logros, progresos, estancamientos, malas prácticas o errores, ya no hay vuelta atrás. La Revolución Francesa es un periodo fascinante porque está muy bien documentado y eso nos permite no relatar de manera simplona lo que realmente ocurrió. Fue un canto a la libertad. Pero todo canto a la libertad tiene el riesgo de ser entonado por arribistas o demagogos. Y eso pasó en Francia durante aquellos años. Se puso fin a una pluralidad de sistemas jurídicos que aparentemente beneficiaban

a las clases privilegiadas frente a la plebe, cuando los sistemas jurídicos hijos de la revolución han terminado por favorecer a aquellos que tienen recursos económicos o contactos políticos frente al resto. La clave es entender que no se trata de que hay que elegir A, el Antiguo Régimen, o B, los sistemas jurídicos liberales, sino que en ambos modelos hay ventajas e inconvenientes. Pensemos en los sistemas de arbitraje que vuelven una y otra vez buscando descongestionar los juzgados. Esa era la forma habitual de resolver los litigios en el Antiguo Régimen. Pero hoy no puede ser la única forma. La idea, por tanto, no es asomarse a la Revolución Francesa para encumbrarla como el origen de todo el progreso o la fuente de todos nuestros males contemporáneos, sino, insisto, aprovechar lo bien documentado que está ese movimiento revolucionario para entender todas las causas que lo produjeron y todas las consecuencias que se derivaron del mismo. Si lo hacemos de forma honrada y bien informada tendremos los mejores argumentos para analizar cualquier otro proceso histórico, incluyendo nuestro presente.

Bibliografía seleccionada

DAVIES, Peter, 2014, *La Revolución Francesa. Una breve introducción*, Madrid, Alianza Editorial.

FRANCESCO, Antonino De, 2022, *La Revolución francesa. Doscientos años de combates por la historia*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.

MARTIN, Jean-Clement, 2022, *La Revolución Francesa. Una nueva historia*, Barcelona, Crítica.

RUDÉ, George, 2018, *La Europa revolucionaria: 1783-1815*, Madrid, Siglo XXI.

TOCQUEVILLE, Alexis de, 2016, *El Antiguo Régimen y la revolución*, Granada, Comares.

Agradecimientos

Este libro nace de una larga conversación que sostuvimos durante dos meses en sucesivas sesiones de varias horas cada una. Esa conversación, debidamente adaptada, es lo que tiene entre las manos. Ningún libro es obra de sus autores al cien por cien. En su elaboración influyen otras personas que aportan ideas, orientaciones y lecturas complementarias; que leen los primeros borradores y que, con paciencia de cartujo, corrigen las inevitables erratas. Por ello nos gustaría agradecer a Olga por la dedicación que puso en la corrección final antes de que lo entregásemos a imprenta. A Andrea y a Lorena por sus siempre valiosas sugerencias. A Javier por estar siempre ahí para lo que se le necesite y por ilustrar el libro con el mapa de París. Por último, queremos agradecer el apoyo continuo que nos presta la comunidad de *La ContraHistoria* y *Sierra de Historias*. Son ellos los responsables de que, semana tras semana, nos pongamos delante del micrófono, la cámara o el teclado.